LA

MUJER ESPAÑOLA

ESTUDIOS ACERCA DE SU EDUCACION

Y SUS FACULTADES INTELECTUALES

POR LA SEÑORITA

D.ª MARIA CONCEPCION GIMENO

precedidos de una carta-prólogo

DEL ACADÉMICO

EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

MADRID

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

calle de Preciados, número 5.

1877

D-2
436

LA

MUJER ESPAÑOLA.

B.P. de Soria
61116430
D-1 2080

D-2
2080
6430

LA

MUJER ESPAÑOLA

ESTUDIOS ACERCA DE SU EDUCACION

Y SUS FACULTADES INTELECTUALES

POR LA SEÑORITA

D.ª MARIA CONCEPCION GIMENO

precedidos de una carta-prólogo

DEL ACADÉMICO

EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

SOCIEDAD DE SOCORROS MÚTUOS
DE
OBREROS
DE
SORIA
BIBLIOTECA

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5.
1877

ES PROPIEDAD DE LA AUTORA.

Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII.

Señor:

Al ver al frente de nuestra nacion un Monarca tan ilustrado y de sentimientos tan caballerosos, imaginé que podria serle simpática la idea que anima mi libro, y se lo ofrecí alentada por la más risueña esperanza.

Cuando tuve el honor de leer á V. M. algunos capítulos de la obra inédita, en cuya lectura fuí galantemente interrumpida por los halagadores elogios que V. M. me tributó, la esperanza se convirtió en bellísima realidad, elevando mi entusiasmo al más alto grado.

No era mi alegría hija de la vanidad literaria satisfecha sentimiento más noble inundaba de gozo mi corazon. Miéntras V. M. saludaba con aplauso la bandera de progreso que ha de regenerar á la mujer, yo vislumbraba para ésta dilatados horizontes, y un porvenir más placentero, debido á la generosa proteccion de V. M.

Hoy, al tener la honra de entregar á V. M. el libro impreso, manifiesto á V. M. la más profunda gratitud, en nombre de mi sexo, por las bondadosas frases que éste ha merecido á la delicada cortesía de V. M.

Señor:

B. L. R. M. de V. M.,

María Concepcion Gimeno.

La mujer debe encender la antorcha de la civilizacion y enarbolar la bandera del progreso, junto á la cuna de sus hijos; pues léjos de éstos, la mujer es un sér incompleto.

. . . . . .

EXCMO. SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Querido amigo y compañero: Es antigua la manía de escribir prólogos, y tan antigua como ella es tambien la instintiva aversion que suelen inspirar á los lectores. Por regla general, el prólogo es un escrito insulso que nadie lee. ¿Y cómo no ha de ser antipático por naturaleza, si nadie acierta á comprender su objeto de un modo satisfactorio y favorable? Si explica, es demostracion de que el libro es confuso ó incompleto; si encomia, es lisonja de amigo ó astucia de librero; si censura, es contrasentido ó perfidia.

Un antiguo escritor castellano (1), decidido á escribir un prólogo á regañadientes, decia con donairoso desenfado: «Contra los autores de prólogos quisiera yo, en lugar de prólogo, componer una sátira». Y sin embargo escribió el prólogo;

(1) López: Prólogo á la traduccion de Virgilio.

y así han seguido las generaciones sucesivas, escribiendo prólogos; es decir, haciendo obstinadamente aquello mismo de que se burlan, y demostrando, en esto como en todo, que el hombre es, ha sido y será siempre esclavo de sus rutinarias tendencias y juguete de sus condiciones.

Una señorita (doña Concepcion Gimeno) dotada de todas las prendas intelectuales que dan vuelo, esplendor y gala á la fantasía, acaba de escribir un libro acerca de *La Mujer*, y desea darlo á la estampa, precedido de algunos renglones mios. No me explico el deseo; pero agradezco la honra inmerecida que se me dispensa, y me rindo gustosísimo á la obligacion que me imponen de consuno la cortesía y la admiracion.

No vaya usted á temer, amigo mio, que le moleste con una detallada descripcion del libro. No puedo hacerlo por várias concluyentes razones. Una de ellas es el no querer anticipar al lector las bellezas que el libro encierra, para que las saboree por sí mismo, y la más poderosa, porque no lo he leido. Me lo ha leido la autora, y usted sabe que estas pérfidas lectoras producen en el ánimo la hechicería y engañosa fascinacion que los poetas atribuyeron al canto de las sirenas.

Imagine usted una bella jóven de veinticuatro años, que con voz dulce y sonora sabe hacer vibrar en el alma todas las inflexiones de los afectos humanos, que expresa el sentido con propiedad y con calor, pero sin exuberante vehemencia, que lee, en fin, como el rey Alfonso XII ó como Ventura de la Vega, que son las dos personas que yo recuerdo haber oido leer con mayor perfeccion en España, y comprenderá usted fácilmente que la lectura de este libro ha sido para mí una cadenciosa melodía que no deja pensar, sino sentir el deleite estético, y que penetra más en el corazon que en la razon austera y fria.

Lo que aún vive en mi memoria de la impresion que me dejó la fascinadora lectura, es la espléndida abundancia que hay en el libro de poéticas imágenes, de brillantes pensamientos y de encumbrados sentimientos.

Resplandecen en él las galas del ingenio, la elegancia del estilo y las peregrinas cavilaciones del sentimiento.

La señorita Gimeno posee el dón de hermanar en su estilo cosas que suelen ir separadas como de índole divergente en los escritos de los demas. Discute como un polemista escolástico,

idealiza como un filósofo espiritualista, aconseja y dispone como un moralista cristiano; canta, siente y pinta como un poeta. Y todo simultánea y desembarazadamente, en una singular y sabrosa amalgama, en que andan juntas de un modo natural y ameno la dialéctica del razonador apremiante y el vuelo de una imaginacion soñadora y ambiciosa.

Este peculiar carácter de estilo resalta en la animada apología que hace la autora de la *madre* y de la *maestra*, en la bella pintura de las facultades estéticas de la mujer, y principalmente en el capítulo en que presenta al *tedio*, que sólo cabe en almas ociosas y descaminadas, como el *enemigo del hogar*, como enfermedad moral que envenena la vida y acaba con el sosiego, con la alegría, con la dignidad de la familia.

Da muestra insigne de cordura la señorita Gimeno, cuando declara á la mujer el elemento principal del progreso humano dentro de la familia, y con razon afirma *que fuera de ella es la mujer un sér incompleto*. En efecto, ese santo temor de Dios que entre dulces caricias infunde la madre á sus hijos, en los albores de la vida, es la mayor riqueza del alma; y tal y tan consistente,

que no hay corazon, por corrompido que parezca, que no sienta cierto inefable estremecimiento de ternura y respeto al recuerdo de aquellas puras palabras y oraciones, que como la voz de un ángel se oyeron en la infancia, de los labios de una madre amorosa y cristiana.

Fuera de la familia está la *mujer política*, y la mujer política es una de las cosas más anómalas, irrisorias é inadecuadas que ha creado la vanidad moderna. Ella no puede realizar para sí los sueños de ambicion personal que son en el hombre la fuerza y la disculpa de las pasiones públicas. Los perturbadores engreimientos de la política entibian el santo fervor de los afectos y de los deberes del hogar, y la mujer no entra en tales afanes sin salir de su natural esfera, la familia, donde están en realidad su hechizo, su ventura, su ascendiente moral, su civilizador imperio. Al hablar de esto, viene de suyo á la memoria lady Esther Stanhope, la famosa sobrina de William Pitt. Es el prototipo de las mujeres políticas de los tiempos modernos. De ella decia el anciano rey Jorge á su ministro: «Que era un hombre de Estado y que tenia todas las altas prendas de nuestro sexo y del suyo». Era en verdad lady

Stanhope, por su perspicacia y su talento, muy superior á las ambiciosas medianías de que se complacen en rodearse los políticos eminentes; pero le faltaba la cualidad esencial de la mujer: no sabía amar. Dotada de temple masculino, dejó á la ambicion avasallar por completo su alma, y cuando murió Pitt, que era en realidad la luz triunfante que reflejaba en ella, no pudo tener sufrimiento para la indiferencia y el desvío de los aduladores de Canning, y se retiró á un rincon escarpado del Líbano; prefiriendo á los apacibles y sanos deleites de la familia, ser *Reina de Tadmor*, esto es, soberana aparente de un puñado de aldeanos semisalvajes drusos y maronitas. Allí murió, soltera, arruinada, sola, infeliz, devorando con loca pertinacia las angustias de su desesperacion, de su inutilidad y de su aislamiento. Ni amó, ni fué amada: estas pocas palabras encierran la triste historia de tan brillante mujer política. Leccion amarga para aquellas que, ahogando sus instintos de mujer, truecan los dulces afectos y los sagrados afanes del hogar por los acres deleites de la vida pública, triste patrimonio del hombre, que no es en ella por lo comun sino juguete y mártir de la ambicion y de la soberbia.

La historia presenta ejemplos innumerables de mujeres ilustres que han conquistado gallardamente los laureles del hombre. El Padre Feijóo, en su *Defensa de las Mujeres,* recuerda muchos ejemplos de valerosas guerreras que han dejado memoria por su denuedo en los anales de todas las naciones antiguas y modernas. Allí hay várias *Juanas de Arco,* romanas, dinamarquesas, italianas, francesas y españolas, entre las cuales descuella la famosa heroína gallega *María Pita,* vencedora de los ingleses en tiempo de Felipe II. Hasta encuentra Feijóo una segunda *Monja Alférez* en *Ana de Baux,* gallarda flamenca que, en las guerras del siglo XVII, por su militar esfuerzo mereció ser nombrada teniente de una compañía, y escondió su sexo, viviendo entre soldados, con igual maravillosa fortuna y perseverancia que nuestra guipuzcoana doña Catalina de Erauso. Pero estas mujeres que manejan con tan varonil vigor la rodela y la espada, é impávidas derraman sangre en las batallas, desmienten su sexo: son más hombres que mujeres; son las *viragos* de los romanos, que causan asombro, pero no simpatía.

La señorita Gimeno, á pesar de ser tan jus-

tamente admirada por los hombres, les manifiesta cierta ojeriza. Los supone sin duda contagiados del paganismo griego, que envilecia á las mujeres y les cerraba las puertas de la inteligencia. No tiene razon. El hombre de nuestros dias no puede desear que la compañera de su vida sea incapaz de entrar en la atmósfera de luz intelectual donde él siente y respira. La comunicacion íntima de las ideas suele ser pábulo del entendimiento, y á veces despertador del genio. Sólo los estúpidos pueden preferir la mujer ignorante á la mujer ilustrada y modesta.

Es indudable que la sociedad trata á menudo á la mujer con visible injusticia y la censura por todo lo bueno que hace. Si cultiva las letras, es una marisabidilla pedante y engreida; si habla con interes de los infortunios ó de las venturas de la patria, es una mujer política, enfadosa é intrigante; si consagra noblemente su tiempo y su dinero á obras de caridad ó de enseñanza, es una taimada que busca por este camino triunfos de vanidad; si analiza, aunque sea con sobriedad y buen gusto, las telas de moda y los adornos del tocado, es una mujer insustancial; si explica el órden interior de su casa, es prosaica y vulgar;

si va á la iglesia en busca de las bendiciones del cielo, es una gazmoña que intenta echar un velo con su hipocresía sobre sus pecados secretos; si habla mucho, con viveza y gracia, es bachillera y maldiciente; si por modestia y timidez habla poco, es boba.

Pero no son responsables los hombres sólo de estos arbitrarios y errados juicios de la opinion vulgar. Las mujeres son las mayores enemigas de las mujeres, y ellas son las que principalmente suelen mirar con envidia y saña á todas aquellas que el talento ó la suerte coloca sobre un brillante pedestal. Esta injusticia para con las mujeres no puede achacarse exclusivamente á los hombres, sino á la sociedad entera, á la intolerancia de las gentes, á la incurable malevolencia humana.

Insignes escritores dicen: «El hombre es la fuerza, la mujer la belleza». La señorita Gimeno se rebela contra la manoseada clasificacion de *el sexo fuerte* y *el sexo débil*. Esta afirmacion dogmática de la *debilidad* de las mujeres le parece sin duda una sándia invencion, humillante para el sexo hechicero que ejerce en el mundo un poder soberano. La ingeniosa escritora tiene en este

punto razon completa. Trivial arrogancia y pobre impulso del ánimo ha sido en los hombres declararse *fuertes,* como haciendo alarde de superioridad y dominio. Si se refieren á la fuerza material, ¡pobre superioridad del hombre aquella en que los brutos le aventajan! Si se levanta la idea á la esfera filosófica de las fuerzas morales, entónces la cuestion es muy diferente: acaso el hombre no saliera bien librado en el análisis comparativo de las facultades poderosas que influyen con mayor eficacia en el desarrollo, en la direccion y en el equilibrio de los impulsos íntimos del alma, y por consiguiente en la marcha y en el acrecentamiento de la civilizacion verdadera.

Pensar que los hombres desdeñan y escarnecen el talento de las mujeres, sólo porque á ellas pertenece, es error insigne. Lo que el mundo mira con indiferencia y á veces con cansancio y desvío, y esto así en los hombres como en las mujeres, es la *medianía;* y no la medianía modesta, que ama y cultiva sin estrépito las artes y las letras por el deleite que proporcionan y por la elevacion y cultura que traen al alma, sino la medianía gárrula y ostentosa que más que con la inspiracion y con el genio, pretende conquistar la

gloria con la presuncion y con la audacia. Esto en la mujer es imperdonable, porque yerra su camino, desatiende las sagradas tareas de la vida íntima y malogra su ventura. Pero que la mujer pensadora, mística, artista, poetisa ó novelista, sienta su alma encendida con un rayo de la luz del cielo, y se llame Aspasia, Mme. de Staël, Santa Teresa, Angélica Káufmann, Mlle. Mars, Jorge Sand ó Fernan Caballero, y entónces no brotan en los labios de nadie sonrisas de burla y de desden, sino acentos de admiracion y aplauso, y la historia prodiga inmortales coronas á aquellas ilustres mujeres que lograron ser orgullo de su sexo y gloria de su patria.

El entendimiento sano y vigoroso, la inspiracion verdadera, el sentimiento estético, profundo y delicado, cobra siempre en el mundo su legítimo imperio, y triunfa de todos los obstáculos que suscitan á la mujer leyes, preocupaciones y costumbres. Véase, por ejemplo, la mujer de la Grecia antigua, cuya condicion social fué tan diversa segun los tiempos y las instituciones. La mujer de la Grecia heroica, esto es, la mujer homérica, buena ó mala, sublime ó perversa, es siempre grande y soberana en sus virtudes y en

sus crímenes. Como la mujer de la Biblia, de los Vedas, de los Niebelungen, de los poemas y cuentos caballerescos de la Edad Media, tiene accion, tiene espontaneidad, tiene influencia propia y directa en la vida social. En el período histórico de la democracia griega, la mujer se convierte en un sér sin alma, sin ascendiente moral, sin albedrío. La descripcion que hace Jenofonte de la mujer perfecta, demuestra que los griegos de entónces no veian en la esposa más que una despensera ó un ama de llaves. Esclava de su marido, esclava de sus hijos, vegetaba en un rincon del gineceo, vigilando los quehaceres domésticos, la cocina, el horno del pan, las telas fabricadas en casa, los vestidos, el aseo doméstico, la salud de los esclavos. En su tumba solian esculpir un freno, una mordaza y un buho, emblemas de economía, de silencio y de vigilancia.

Tucídides pone en boca de Platon estas palabras: «La verdadera gloria de la mujer consiste en que no haga hablar de ella ni en mal ni en bien».

«Detesto á las sábias,—dice el Hipólito de Eurípides:—léjos de mí y de mi casa la que levanta su entendimiento más alto de lo que cuadra á una mujer.»

Basta de ejemplos, que podrian multiplicarse al infinito. Esquilo y Sófocles, que se inspiran en la grandeza heroica de Homero, y Píndaro, apegado á las antiguas tradiciones nacionales y enemigo de la flamante democracia y de los aduladores del populacho, son los únicos que glorifican á la mujer y conservan en su frente la divina aureola del genio y de la gloria.

Pero no hay mordazas morales que basten á comprimir en ningun sér humano la expresion de las emociones internas del alma, cuando ésta sube á los nobles espacios de lo bello y de lo ideal. Entre aquellos mismos hombres del pueblo tirano, como llama á Aténas Aristófanes, que se reservan como un monopolio el derecho de pensar y sentir, y viven casi exclusivamente con la vida turbulenta del ágora, donde no cabe la mujer, la mujer se abre paso por la sola fuerza del talento, para brillar en el mundo de las artes y de las letras, y avasallar con el embeleso de su ingenio á los hombres de Estado, á los filósofos, á los artistas y á los poetas.

Al lado de la mujer honrada, comprimida y menospreciada, se levanta la *hetaira, (amiga, compañera),* la mujer de la elegancia, del inge-

nio, del placer y de la cultura: es música, cantora, filósofa, pintora, poetisa. No hay que confundirla con la *traviata* de nuestros dias, sér raquítico y repugnante, que, para prosperar, no necesita más que corrupcion, codicia, hermosura y descaro. El ascendiente de la *hetaira* fué y no podia ménos de ser inmenso en aquella extraña sociedad de Aténas, donde tan fácilmente se prescindia de la pureza moral para prodigar incienso y oro al deleite, al arte y al orgullo. El esplendoroso, bello é inconstante Alcibiádes, el Don Juan Tenorio de Aténas, rindió por completo su corazon á la famosa Timandra, que, aún más que por su hermosura, brillaba por su elegancia y por su peregrino y cultivado entendimiento. Perícles vivió á los piés de Aspasia, que, colocada al nivel intelectual del orgulloso dictador, le inspiraba grandes ideas, y le ayudaba en sus tareas oratorias (1). Sócrates la visitaba, y decia que aprendia de ella. El ideal Platon se dejó cautivar por el hechizo de la instruida y discreta Arqueanasa. Herpílis avasalló con su talento á Aristóteles; La-

(1) Platon: *Menexemo*, oracion fúnebre de los atenienses ilustres muertos por la patria.

gisca á Isócrates. Interminable es la lista de las *hetairas* que ejercieron poderoso ascendiente intelectual en el ánimo de los varones eminentes de la Grecia. Ellas reinaban en la opinion sobre la moda, sobre la poesía, sobre los *cuentos milesios* (las novelas de entónces), sobre el renombre de los escritores y de los artistas. Eran, si bien con diferente forma y medida, lo que son hoy dia las damas del gran mundo, cuando refleja en ellas la luz celestial del gusto y del ingenio. La *hetaira,* llevada del sentimiento artístico que en Aténas lo dominaba todo, comprendió que la mujer no puede ejercer sobre el hombre imperio grande y duradero, si se limita á la fascinacion de los hechizos exteriores; fascinacion efímera como todo cuanto se funda exclusivamente en la materia. Dejó á la matrona y á la doncella del hogar doméstico la rastrera existencia de la oscuridad y del olvido, y alcanzó la inmortalidad y el dominio, compartiendo con los hombres los deleites del alma. Nació esclava, la inteligencia la hizo reina.

¿Qué les faltaba?... El pudor, magia divina de la mujer, que llega hasta el fondo del corazon del hombre honrado; el sentimiento de los santos

deberes de la familia. Poner un abismo entre la virtud y la cultura intelectual de la mujer, fué uno de los grandes errores de aquella inquieta y corrompida Aténas.

El Cristianismo, con su idealidad mística, transforma á la mujer y, por decirlo así, la diviniza en la celestial figura de María. La mujer cristiana sabe hermanar el desarrollo de su entendimiento con los nobles y sagrados deberes del hogar, la modestia con la gloria; la discrecion, el talento y la gracia con la elevacion moral.

No queria yo, amigo mio, hablar de la *mujer*, asunto hábil y elegantemente tratado por la señorita Gimeno, y para el cual me siento incompetente, porque he mirado siempre á la mujer como un sér privilegiado, digno de admiracion y culto, sin haberla podido comprender jamás. Usted que, como yo, la admira, y mejor que yo la comprende, permítame que copie á continuacion su ingenioso y gallardo romance *Ellas y ellos*. La señorita Gimeno verá en él que, si hay hombres de tan menguado alcance que se atreven á comparar, como en un ridículo certámen, las excelencias del hombre y de la mujer, los escritores de sano y alto númen no titubean en dar la

palma al sexo hermoso, que junta á las prendas del hombre las muchas y delicadas perfecciones de corazon y de fantasía, que hacen á la mujer el enigma, la gloria y el embeleso del mundo entero.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,
marqués de Valmar.

ELLAS Y ELLOS.

ROMANCE.

Años há que hay en el mundo
reñidísima cuestion
sobre cuál, de hombre y mujer,
es en lo moral mejor.
Cada uno defiende el pleito,
pidiendo sentencia en pro;
y á falta de juez, que pueda
fallar sin apelacion,
uno y otro litigante
se proclama vencedor.
Satisfechos de este modo
entrambos con su opinion,
viven en tregua apacible
hombres y mujeres hoy,
y para el dia del juicio
se aplaza la decision,
que á *ellas* y *ellos* manifieste
quién acertaba y quién no.
Pero como á cada riña

que tienen hembra y varon,
la suspendida contienda
se renueva con calor,
y es en circunstancia tal
la salida de cajon
decirse ambos, al sacarse
todos los trapos al sol:
«ustedes son los peores,—
ustedes sí que lo son»;
yo, sin ánimo de hacerme
de ninguno defensor,
quiero agregar á los autos,
por vía de ilustracion,
unos apuntes históricos,
obra de ignorado autor,
que hallé por casualidad
en un viejo cronicon (1).
Cuando el Poder Infinito
la obra del mundo acabó,
al poner á hombre y mujer
en su plena posesion,
árbitro de su destino
hizo al hombre el Criador
Todos los vicios y males
encerrados se los dió

(1) Véase el *Criticon* de Lorenzo Gracian.

He repasado el *Criticon*, y no he hallado en él el cuento que se cita: debo haberle leido en otro libro que no recuerdo.—J. E. H.

en una caverna horrible,
segurísima prision,
de cuya puerta de acero
la llave al hombre fió.
Las virtudes y placeres,
en tanto, á su discrecion
dueños del orbe quedaron:
edad venturosa, ¡ay Dios!
y tanto más envidiable,
cuanto más breve pasó!
Tuvo una vez la mujer
el deseo tentador
de ver qué clase de gente
guardaba aquella mansion;
pues conociendo de trato
la paz, el gozo, el amor,
quiso conocer de vista
y oir un rato la voz
á la tristeza, la envidia,
la cólera y la ambicion.
Cogió por desgracia un dia
al hombre de buen humor;
cogióle luégo la llave,
y sin más meditacion
fué á la gruta, y para abrirla
la osada mano tendió.
Los firmes ejes del mundo
se estremecieron al són
que hizo la llave al girar

de su punto en derredor.
Abrió la puerta; los vicios
salieron en peloton,
y tropezando de golpe
con la mísera que abrió,
hicieron en ella presa
sin ninguna compasion.
El hombre, que estaba léjos,
mejor al pronto libró,
pues al fin pudieron sólo
entrar en su corazon
los vicios que, por salir
con ligereza menor,
no hallaron en la mujer
desocupado rincon.
Pero esta desigualdad
pronto desapareció;
pues llorando la curiosa,
aunque algo tarde, su error,
en busca de su consorte
guió la planta veloz:
abrió el esposo los brazos;
ella en ellos se arrojó;
y al seno del hombre entónces
pasaron sin dilacion
todas las calamidades
con que la mujer cargó;
heredando al abrazarla
cuanta humana imperfeccion

dejó á la naturaleza
la ley del Sumo Hacedor.
De esta secreta memoria
infiere el que la escribió
que, á vivir hombre y mujer
con total separacion,
quizá el hombre en ese caso
fuera de ambos el mejor;
mas como ella y él se tienen
invencible inclinacion;
como es, á pesar de todo,
ese sexo encantador
la maravilla que puso
término á la creacion;
busca el hombre á la mujer,
copia de ella lo peor,
y así junta en su persona
los vicios de ambos á dos.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

CAPITULO I.

Á LOS IMPUGNADORES DE LA MUJER.

> La mujer es una religion: es un sér sagrado.
>
> MICHELET.

Al hacer patrimonio del público nuestras ideas para demostrar la influencia de la mujer en la cultura de los pueblos y su fuerza moral sobre éstos, no podemos renunciar al deseo de dirigiros algunas líneas, en vista de lo mucho que se ha desarrollado en el mundo la injusticia.

Atacar ésta ahora y siempre, es y será el lema constante de nuestra vida: ardua es la mision que nos imponemos, teniendo en cuenta la inmensidad del terreno que ha recorrido y los adalides que la apoyan; mas no retrocedemos ante la idea de hacer brillar la verdad, que es nuestro firme propósito, la cual esperamos tenga buena acogida en las conciencias rectas, y de este modo no habrá sido estéril nuestro trabajo.

Severa es la clase que ha de juzgarnos; pero no nos intimida, esgrimiendo un arma tan poderosa como es la razon.

Decidnos: ¿por qué hay individuos que censuran á la mujer? Por la ignorante rutina, más que por la sólida conviccion del estudio. ¿Por qué la calumnian otros? Porque no tienen opinion fija, y se dejan arrastrar por las absurdas teorías de algunos insensatos. ¿Por qué varios la motejan, haciendo alarde de un escepticismo que no sienten? Porque son séres pedantes que, apénas han dado sus primeros pasos en la vida, empiezan por decir que la existencia les hastía, que es una carga odiosa é insoportable, lamentándose de tener el alma triturada y el corazon hecho trizas por la aguda y acerada punta del desengaño.

¿Y sabeis de quién proceden tan irrisorias lamentaciones? Precisamente de aquellos á quienes no ha habido mujer alguna que se haya querido tomar la molestia de engañarles.

¿Creeis que los que con tanta insensatez como falta de buen criterio nos injurian, merecen los laureles del heroísmo, cuando en último resultado vienen á atacar á un sér que ellos apellidan débil é indefenso?

¡Oh! Convendreis conmigo en que al lanzar tan injustas diatribas arrojais entre vosotros y nosotras el puñal de dos puntas, que hace resaltar más y más vuestra inferioridad, hasta ponernos de manifiesto que habeis perdido lo último que debe perder el hombre: la caballerosidad.

Los que de tal manera se conducen respecto á la mujer, son séres desgraciados que han llegado á la triste situacion de ser insensibles al sentimiento, como de ser monstruosamente ingratos por haber olvidado que deben su existencia á una mujer, á la madre, á ese sér todo ternura, amor y abnegacion, en cuyo pecho ha vibrado dolorosamente el primer gemido del que un dia será hombre, y sin temor á la inclemencia del tiempo le ha presentado el desnudo seno, dándole parte de su propia vida, y quedando sentenciada desde este dia á no dormir sin que su sueño sea interrumpido; molestia que sufre con la sonrisa en los labios. Pasados estos primeros meses de dulce martirio, empieza el penoso trabajo de formar el corazon del niño, dirigiéndole por el sentimiento y la ternura, arraigando en su alma una fe ardiente hácia el Todopoderoso, y dulcificándole sus instintos. En cambio, este mismo niño, apénas adquiere la facilidad de poder expresarse, gracias, repetimos, á la constancia y desvelos de la mujer, emplea ese dón en proferir mil injurias contra ella.

Y no sólo podemos presentaros este tipo. Decidnos: ¿será frívola, como vosotros apellidais á la mujer, la hija que, educada en la opulencia, se ve en la primavera de su vida arrancada de aquélla por la mano del infortunio, para descender á una vida de privaciones, hasta el punto de verse reducida á habitar una mísera buhardilla, prestando solícitos cuidados á una madre enferma, y soportando con heroica resignacion los más duros y hu-

mildes trabajos, bien en discordancia con su delicada contextura?

¿Desconoceis que tan sublimes esfuerzos son hijos de la caridad, madre de todas las virtudes, cualidad inherente á la mujer?

¿Negareis que en alas de la caridad la encopetada aristócrata vuela á la triste y recóndita mansion del indigente, nivelando de este modo la barrera que separa las diferentes clases sociales, y constituyéndose en el ángel bueno de aquél? ¿Y qué direis de esas señoras misericordiosas que, ungidas por el dulce bálsamo de tan piadosa virtud, se han consagrado al servicio de la humanidad doliente, ora llevando el consuelo al que sufre en los benéficos asilos hospitalarios, ora recorriendo los campos de batalla para curar á los heridos, sin que su valor vacile ante la muerte, exponiéndose al contagio de malignas epidemias, ora endulzando los últimos momentos del que agoniza, prodigándole cuidados maternales, y derramando sobre su frente, abrasada por los ardores de la fiebre, el rocío refrigerante de sus dulces lágrimas?

En estos tipos que someramente hemos bosquejado, encontrarán los detractores de la mujer la refutacion de su propaganda. Creednos, no hay nadie que aventaje á la mujer en todo lo que se refiere á la mayor intensidad del sentimiento. Y en resúmen, ¿qué sería el mundo sin la mujer? Un páramo, un desierto erial. Sin ella no se comprenderia el amor, esa pasion tan santa como sublime, esa especie de asimilacion de dos almas que se po-

nen en contacto, que se armonizan y producen sonoros concentos, esa pasion que tiene el poder de suavizar el yugo más fiero, de hacer brotar flores donde ántes hubo espinas, de darnos valor para acometer arduas empresas, transformando los hombres en héroes, impeliéndoles á patentizar hazañas, y de poetizar hasta la miseria.

Y no me negareis que esta pasion, cual todas las más bellas y nobles, tiene su morada en el corazon de la mujer, puesto que ella lo inspira, ya con una frase, con una sonrisa ó con una mirada. Si ha existido una Dalila, Catalina de Médicis y Mesalina, se alzan las virtudes de una Esther, Débora, Susana, Hortensia, Porcia, Sevia, Octavia, y otras muchas que sería difícil enumerar.

Los escritores de todas épocas han censurado horriblemente á la mujer: unos han hablado de todas, impresionados fuertemente por la ingratitud de alguna; otros, porque les han sido rechazadas sus locas pretensiones y han visto humillada la vanidad; los más, sacrificando sus opiniones á un epigrama gracioso ó una sátira de efecto.

El hombre pospone frecuentemente el corazon á un rasgo de ingenio. Sería muy curioso reunir en un libro cuanto se ha dicho en contra de la mujer: el volúmen resultaria interminable.

Ese mismo empeño de zaherir á la mujer manifiesta claramente su gran importancia; si la mujer valiese poco, no se ocuparian de ella personas notables.

Nada más injusto que las siguientes aprecia-

ciones acerca de la mujer, emitidas por hombres célebres:

La mujer es el órgano del diablo. (San Bernardo.)

Las mujeres hacen apostatar á los ángeles. (Salomon.)

El odio del diablo no es tan terrible como el de la mujer. (Tertuliano.)

La mujer posee el veneno de un áspid y la malicia de un dragon. (San Gregorio.)

Ningun animal puede faltar á su instinto; el de la mujer es engañar. (Beaumarchais.)

La mujer no es más que un varon imperfecto. (Philon.)

Bonitas ó no, las mujeres no valen gran cosa: feas, causan daño al corazon; hermosas, dañan la cabeza. (Bior.)

El corazon de la mujer encierra tantas artimañas y trapacerías como peces contiene el mar, como estrellas hay en el firmamento. (Codro.)

No podemos elegir entre las mujeres, no hay una siquiera que merezca nuestra atencion. (Plauto.)

La fealdad es lo único que puede garantizar la virtud en las mujeres. (Séneca.)

La mujer más cándida vende en el mercado público al hombre más experto, sin que éste lo conozca. (Brantome.)

Varium et mutabile semper femina. (Virgilio.)

Sería monotono prolongar más esta lista de improperios, suficiente ya á probar la ingratitud de los hombres.

La opinion del eminente escritor José Sélgas nos venga de todos los ultrajes que se nos han dirigido. Exclama así el eminente escritor:

«¡Mujeres! Sólo llegais á ser malas despues de haber tratado mucho á los hombres.»

Recordad tambien, hombres severos y egoistas, la magnífica octava de sor Ines de la Cruz, y moderareis un poco vuestra fraseología insultante.

Dice así la escritora mejicana:

«Hombres necios que acusais
á la mujer sin razon,
sin ver que sois la ocasion
de lo mismo que culpais,
¿pues para qué os espantais
de la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
ó hacedlas cual las buscais.»

Un escritor frances, hablando de los impugnadores de la mujer, entre mil ideas graciosísimas y brillantes que sostiene contra éstos, añade la siguiente: «Cuando oigo á los hombres vanagloriarse porque piensan muy mal de las mujeres; cuando los veo luchar entre sí por el empeño de apreciar á cual más severamente sus cualidades, paréceme hallarme en una antesala en que los criados esperan colocaciones, y, como es natural, se postran en seguida que el amo aparece».

Esto es exacto: el hombre lanza mil denuestos contra la mujer, ó porque ésta *no le ama ya*, ó porque *no le ama aún;* el hombre está sometido á la mujer por el atractivo de la belleza. El dia que la

mujer se ilustre, hará su imperio más duradero, porque los encantos del espíritu son superiores á la belleza física.

La mujer es superior al hombre por el corazon, mas le falta ser igual á él por la inteligencia. Apresúrese la mujer á cultivar ésta, y será glorioso su reinado.

Demostrar la necesidad que tiene la mujer española de ilustrarse, y sus brillantes facultades para adquirir esa ilustracion que tanta falta le hace, es lo que nos proponemos al publicar este libro. Grande, generosa, noble, titánica es nuestra empresa: derrocar el edificio de las falsas ideas, pulverizar el alcázar del error, rasgar la venda fatal de la supersticion, deshacer la densa bruma que envuelve el entendimiento de la mujer.

Sí, es preciso ilustrar á la mujer, es conveniente desarrollar su inteligencia, es necesario hacerle amar lo bello y lo sublime, es indispensable iluminar su alma, es muy útil hacerle conocer la verdad.

Pasaron aquellos tiempos crueles para la mujer, en que fué convertida en hembra ó *cosa;* han desaparecido aquellas épocas —vergüenza causa recordarlas— en que se discutió entre doscientos obispos y abades, sobre si podia ó no ser calificada de criatura humana la mujer; las frases que contra ella lanzó Francisco I, el canciller Mampeon y el duque de Wurtemberg, si se recuerdan, es con indignacion; los anatemas de Pitágoras, Tito Livio y Tucídides inspiran el desprecio que deben inspirar los injustos impugnadores que nos han di-

rigido injuriosas diatribas, mordaces cual las de Queremon, Diógenes y Menandro.

Olvidemos el pasado de la mujer, y desprendámonos un poco del presente; pues, como dice Chateaubriand, «lo pasado y lo presente son dos estatuas incompletas; la una ha sido salvada de entre las ruinas del tiempo, medio mutilada; la otra aún no ha recibido toda su perfeccion de lo venidero».

Lo antiguo se va, lo moderno nace y le sustituye brillantemente.

Hoy no avanza el progreso en línea espiral, como dijo tiempo há un autor muy ingenioso; hoy marca el progreso con vertiginosa rapidez todas las innovaciones. La civilizacion tiende el vuelo hácia su ideal, declarando caducas, perniciosas y retrógradas las ideas de ayer, y el oscurantismo no es más que un cadáver en estado de putrefaccion.

Tendamos sobre el oscurantismo el sudario del olvido.

Hemos apellidado titánica nuestra empresa, porque al regenerarse la mujer se regenera la sociedad.

Y no creais que estas ideas son vanas utopias ó estúpidos y orgullosos alardes, nada de eso; nuestro anhelo ferviente es el bien de la humanidad, y ese bien se conseguirá elevando más á la mujer; elevacion que puede conseguirse con firme perseverancia.

Conviene la emancipacion de la mujer (no os asusteis); su emancipacion ha de ser únicamente en las esferas de la inteligencia. La mujer debe ser cosmopolita de los mundos del arte y de la ciencia.

Reclamamos nuestros derechos; mas tranquilizaos, nosotras sabemos perfectamente que cada derecho nos exige el cumplimiento de un deber, y en aras del deber nos inmolamos siempre: al deber, palabra que tenemos grabada en el corazon, rindiéndole un culto respetuoso.

No queremos á la mujer libre del deber; no queremos para ella la libertad que adquirió en el segundo período de la ciudad de los Césares, licenciosa libertad que fué una fuente de corrupcion: queremos á la mujer libre de la ignorancia; de la ignorancia, que es la orfandad del entendimiento, la miseria de la inteligencia y el luto del espíritu.

Es preciso arrancarle á la mujer las cataratas del alma. Es preciso regenerarla, redimirla, alimentar su débil razon; y esto lo conseguirémos dándole el pan de la inteligencia, dándole mucha luz. Luz, luz es lo que necesita la mujer para que no se estrelle vagando á tientas y al azar.

¡Mujeres, es preciso que trabajeis sin desaliento! Probado está que teneis facultades para ilustraros. Los alemanes dicen que la mujer posee seis sentidos; despertad éstos, tal vez un poco narcotizados, y salid de la apatía en que estais sumidas, para alzaros enérgicas y valerosas, repitiendo mil veces que es un crímen social mutilar las facultades intelectuales de la mujer.

No espereis que el hombre os ayude á salir del marasmo, de la postracion en que yaceis: el hombre es muy eogista, y no abdica fácilmente de sus

títulos de soberanía, de su cetro de rey en el mundo de la inteligencia.

El hombre no quiere la cultura de nuestro espíritu, porque teme le disputemos una hoja de laurel para nuestras frentes.

¡Lamentable error! La mujer no quiere disputarle al hombre la rama de mirto ó el laurel de la inmortalidad; el pedestal de la mujer existe en el hogar, y en este santo templo encuentra la mujer su gloria.

Se hace muy necesaria una revolucion en el mundo de las ideas; mas no creais que intentamos hacerla tras las barricadas ó encendiendo la tea de la discordia; nuestra mision es mision de paz y de amor; nuestro destino, endulzar las amarguras de la vida, verter una gota de esencia en el cáliz del dolor, cuando el infortunio abruma al hombre.

Practicar el bien por placer y no por recompensa, es el deber que debemos imponernos.

La caridad debe ejercerse respetando todas las conciencias y predicando el amor á todos nuestros semejantes, sea cual fuere su patria, su hogar, su familia, sus costumbres y doctrinas. Lo contrario es empequeñecer, desprestigiar las sublimes máximas de Jesucristo. Hay que ejercer la caridad en todas sus ramificaciones.

La caridad no consiste únicamente en dar una moneda al necesitado; la caridad consiste en llevar el consuelo al espíritu atribulado, en perdonar á los enemigos, en ilustrar al ignorante, en vestir la inteligencia de quien la tiene desnuda, en secar las

lágrimas del afligido, en ofrecer la dicha y partir el dolor de las víctimas próximas á caer en la sima de la desesperacion.

¡Llene dignamente la mujer su mision, y vivirá tranquila con el aplauso de su conciencia, sin conmoverse ante las injurias de sus detractores!

No queremos ocultarle á la mujer que hay abrojos en la senda que se abre á su paso; mas ¿qué importa? Cuanto más encarnizada sea la lucha, mayor es la victoria.

Despreciemos los irrisorios epigramas, las sátiras, diatribas é impugnaciones de nuestros detractores, y pongamos en nuestra bandera el lema de Cárlos X: «¡Siempre adelante!»

Las ideas que sostenemos acerca de la necesidad de ilustrar á la mujer serán ensalzadas por algunos, pero anatematizadas por los más: el hombre español es indolente para el estudio, y se hace la siguiente reflexion: *Si la mujer estudia, á poco que se ilustre, sabrá más que yo.*

Que el hombre español es indolente para el estudio, es una verdad incontrovertible: obsérvese que las bibliotecas están desiertas y los cafés concurridísimos.

Toda idea nueva sufre mil ataques hasta que se hace comprender á los ignorantes la utilidad que reporta.

Uno de los escollos con que se tropieza, cuando se quiere hacer alguna innovacion en las costumbres, es el ridículo; pero las almas superiores son insensibles á él.

Dice con gran oportunidad una célebre escritora: «El ridículo es como los gases mefíticos de la cueva del perro; no matan sino á los que caminan á flor de tierra. Levantémonos frente al cielo, y le dejarémos muy por debajo, respirando en las regiones de la inteligencia».

CAPITULO II.

LA MISION DE LA MUJER.

La sociedad depende de las mujeres.

VOLTAIRE.

Todos creen conocer la mision de la mujer, todos quieren determinarla y circunscribirla, cual si les fuera dable poderlo hacer.

Los que quieren marcar á la mujer su mision, son egoistas que se complacen en encerrarla en el estrecho círculo de los deberes exclusivos.

Para la mujer no se encierran los deberes en un número prefijado; por el contrario, éstos tienen siempre una gran amplitud, segun las situaciones distintas, segun la atmósfera moral que se respira, las circunstancias que rodean á la criatura y las condiciones que la acompañan.

Todos los hombres que ponen diques y barreras al desarrollo del entendimiento de la mujer, bajo el pretexto de una mision especial, son egoistas disfrazados.

El hombre ha sido siempre rémora al completo desarrollo de la inteligencia de la mujer; el hombre, haciendo alarde de un principio de autoridad que él se adjudica, ha dicho á la mujer: *De aquí no pasarás.*

Un hombre estúpido, por mucho que lo sea, es considerado con derechos indisputables para guiar á la mujer, corregirla y aconsejarla, exigiendo de ésta una obediencia pasiva y ciega.

La justicia y la lógica, que son la moral del entendimiento, no suelen acompañar en las leyes que cada individuo se permite dictar á la compañera de su vida.

A la mujer no se le tolera su pasion al estudio, pues desde que la revela, desciende sobre ella el estigma del ridículo.

Hay serios temores acerca del peligro que corre una mujer entregada á las ciencias: la opinion pública, que es el eco de las apreciaciones del hombre, dice que el delicado organismo de la mujer padece, que se debilita su espíritu, que se oscurece su criterio y que se deseca su corazon.

La generalidad cree que la savia de la ciencia es para los sentimientos de la mujer un narcótico venenoso. ¡Qué insensatez!

El libar la ciencia nos debilita, el beberla en grandes dósis nos fortalece.

Observad con nosotras lo que dice Aime-Martin: «Querer reducir las mujeres al gobierno material de la casa y no instruirlas sino sólo para esto, es olvidar que de la casa de cada individuo es de

donde salen los errores y preocupaciones que rigen el mundo».

Se ha dicho que una madre que educa bien á sus hijos hace más en provecho de la moral que todos los libros del universo; pero nadie se ha detenido á pensar que esta educacion no puede darla la mujer, si no posee un caudal de conocimientos suficiente.

Que la mujer tiene el cerebro perfectamente organizado para pensar, es cosa que nadie puede poner en duda. Escuchad lo que afirma Mme. Coyci respecto á esto: «La anatomía más exacta no ha podido observar todavía ninguna diferencia entre la cabeza del hombre y la de la mujer. Sus cerebros son enteramente semejantes; ven y oyen por órganos que son enteramente idénticos; las impresiones que reciben se reunen y conservan de la misma manera; las facultades intelectuales parecen moverse por un mismo resorte en uno y otro: luego no hay diferencia moral é intelectual entre el hombre y la mujer».

Y si esta opinion no os parece bastante desinteresada por ser mujer quien la emite, recordad que dice Alfonso Karr: «Las mujeres están naturalmente dotadas mejor que nosotros, y saben desde los primeros años más que lo que llegamos á aprender los hombres en todo el curso de nuestra vida; lo único que deben hacer es dejarse guiar por sus instintos, que son seguros y generosos».

La mujer está muy bien organizada para aprender las ciencias experimentales y de observacion;

por su paciencia, exquisita sensibilidad y delicadeza de sus órganos, es más á propósito que el hombre para ciertos detalles de química, de botánica y de zoología.

La voluntad de la mujer es tan fuerte y tan perseverante como la del hombre; si en algunos momentos aparece vencida, pronto se reacciona y se muestra enérgica y altiva cuando más dominada se la creia.

La mujer y el hombre deben recibir la misma cultura intelectual y moral.

La educacion debe tener por fin el desenvolvimiento completo y normal del sér moral por la razon y la libertad.

La primera obligacion que deben conocer ambos sexos es la ley del trabajo: la ociosidad es un crímen.

Nada más triste y perjudicial que la educacion que reciben en nuestro país las jóvenes de alto rango: sólo les son permitidas las cosas fútiles que no molestan el entendimiento y que son un adorno para lucir en sociedad; les ocultan la verdad porque no les hiera su aridez, porque la verdad suele ser penosa y severa.

Como la vida de las mujeres opulentas está preparada para la ociosidad, vegetan anticipadamente en un hastío invencible, y jamás acude á sus debilitadas inteligencias ninguna idea nueva y provechosa, ningun pensamiento levantado y sublime.

¡Es indispensable que la mujer esté preparada

para las ciencias y las artes, con objeto de que sea útil á la sociedad!

A la mujer no podeis disputarle sus brillantes facultades para las artes, ni su aptitud para las ciencias: en todas las épocas han existido mujeres eminentes, siempre ha habido mujeres que han dado nombre á su siglo.

Doña Isabel la Católica, discípula aventajada de Beatriz de Galindo, hizo de la lengua de los sabios diplomáticos y escritores la lengua de los cortesanos.

Antonio de Lebrija dedicó en el año de 1492 su gramática castellana á las damas de la corte. La escuela compuesta de los vástagos de los principales caballeros, para la educacion del príncipe don Juan, establece una emulacion científica y literaria entre los gentileshombres; el palacio real se asemeja á una universidad.

Las damas sostienen con los caballeros disertaciones académicas y dirigen á los sabios epístolas cicerónicas. Las aulas reciben respetuosas maestras eruditas, así como habian recibido alborozadas á profesores cortesanos.

Francisca de Nebrija sustituye á su padre en la cátedra de retórica y poética; Lucía de Medrano explica los clásicos latinos en la universidad de Salamanca; Ana Cerbatin es maestra de lengua latina en Cataluña; Luisa Sigea habla los cinco idiomas más difíciles; Feliciana Morell es graduada de doctora en leyes en Aviñon despues de un exámen riguroso; Isabel de Rosales, colocada en el

número de los sutiles escolásticos, sostiene en Roma públicos certámenes; Cristobalina de Alarcon alcanza glorioso renombre en el estudio de letras humanas.

Nada más notable que Hipatia explicando metafísica en la renombrada escuela de Egipto, la hermana de Herscheld descubriendo nuevas constelaciones, y la hija del jurisconsulto Irnerio dando lecciones de derecho civil en la universidad de Bolonia.

La mision de la mujer es aquella hácia la cual se siente inclinada.

La criatura nace con facultades determinadas para una ciencia ó arte: coartar sus deseos es matarle la inspiracion, es apagar la luz de un genio que podria iluminar algunas generaciones.

Esto sucede lo mismo respecto á la mujer que respecto al hombre.

Para corroborar esta idea, relatarémos á grandes rasgos un episodio que hemos oido referir de la vida de un pintor ilustre nacido en humildísima cuna.

Al fin del florido sendero que conduce á Correggio, hermoso pueblo situado á algunas leguas de Módena, se encontraba una cabaña habitada por séres tan pobres como honrados.

Allegri, su esposa Marietta, Lorenzo, hermano de ésta, y Antonio, hijo de Allegri, se sustentaban con el mísero producto de la leña que cortaban en los bosques y vendian en el pueblo.

Marietta bordaba pañuelos para la marquesa Gámbara.

La familia del leñador se resignaba con su triste suerte; en los semblantes de todos brillaba la alegría, á excepcion del de Antonio, que tenia siempre un tinte melancólico y sombrío, una expresion de disgusto y contrariedad que causaba mucha lástima.

Uno de esos dias transparentes y embalsamados, á la hora del crepúsculo, esa hora tan bella en Italia, sostenia esta conversacion la familia del leñador:

—¿Qué te pasa, hermano? ¿Por qué esa tristeza? Pobres somos, es verdad, pero para tu consuelo tienes por mujer á mi hermana, es decir, á la mejor mujer de Correggio, y por hijo á mi sobrino Antonio, que es el chico más guapo y hábil, no digo de Correggio, sino de Módena, de Ferrara, de toda Italia, y no digo de las demas partes del mundo, porque no conozco los chicos que hay en ellas.

—Pues ese chico precisamente causa mis desvelos,—respondió Allegri.—A mi hijo no le gusta el trabajo, y ya cuenta quince años de edad.

—¡Que no le gusta el trabajo! Tú calumnias á mi ahijado. Mira este fajo de papeles, mayor que los mios de leña, y verás si trabaja tu hijo. Observa qué gracioso está el alcalde del pueblo en caricatura, observa con qué expresion tan maliciosa mira la alcaldesa á un mozo del lugar. ¡Cuánto entusiasmo y amor hay en el rostro de aquellos novios que se oprimen la mano! ¿Y qué me dices del señor del pueblo, dando una moneda de cobre á ese andrajoso y examinándola por si se vuelve de oro

al dársela? ¡Qué bien retratada está su avaricia!

—No consigues disculparle á mis ojos: su oficio es cortar leña y no es manchar papeles. Es un perezoso, un haragan, un vago, y yo no quiero tener un hijo vagabundo.

—No trates con tanta dureza á nuestro hijo,— exclamó Marietta, terciando en la conversacion.

—Pruébame, esposa mia, que al chico le gusta trabajar.

—Ahora mismo está haciendo un cielo ó una pantalla de chimenea que Lorenzo quiere regalar al señor cura; un cielo como nunca se ha visto, con unas nubes blancas sobre azul, y las nubes parece que andan como si el viento las empujase.

—Más valdria que trabajase en el bosque con los otros leñadores; tú te matas de bordar, y él no gana el pan que come.

—Ya le ganará.

—Tú eres muy buena y siempre le disculpas.

—Yo opino como mi hermano.

—Bien debias pensar que tus pintorreteos no te dan á tí nada, y sí la leña del bosque.

—Es que yo soy mal pintor: sólo tengo aficion, pero el chico tiene grandes disposiciones. Un chico de su edad que no ha aprendido dibujo, y á la primera ojeada que echa sobre mi cuadro exclama: «Tio, esa pierna es corta, ese brazo no está bastante alto, esa nariz está torcida». Y todo es cierto, hermano; el chico tiene razon, sabe más que yo con ménos años.

En este momento se presentó Antonio.

—¿De dónde vienes, muchacho?—preguntaron unánimemente.—Tres dias sin parecer por aquí, y tan poco pan que te llevaste.

—He estado en el bosque.

—Traerás mucha leña,—objetó el padre.

Marietta estaba alterada.

—Es que me ha sucedido una cosa muy rara, padre: yo iba decidido á cortar leña y traer mi jornal... pero... como dice tio Lorenzo, el hombre propone y Dios dispone.

—¿Y qué más?—preguntó Marietta.

—Madre, lo más difícil es decir el sucedido.

—Vamos, el caso es que no trabajaste, ¿eh?

—Sí, tio, trabajé.

—Entónces, has perdido el dinero que te dieron por la leña.

—No, madre, tampoco es eso.

—¡Acaba con cien mil de á caballo!—gritó Allegri.

—Pues señor, llego al bosque, cojo mi hacha y mi martillo y empiezo con tan buena voluntad, que los compañeros me gritaban: «Anda, chico, hoy sí que estará tu padre contento». Llega la hora de comer, me siento en el suelo, saco mi navaja y mi pan, mi queso y carne, y miéntras comia, veo una gran rama que se desprende de un árbol, limpia y hermosa; y sin saber lo que hacía, soñando tal vez, olvido que estaba comiendo, y distraido empiezo á hacer cortaduritas en la rama, y despues de tres dias he concluido hoy mi trabajo.

—¿Qué has concluido?—gritaron los oyentes.

—¡Mi paciencia!—exclamó Allegri.

—Esto,—dijo el chico, yendo á buscar de un rincon un objeto que presentó á los asombrados leñadores.

El objeto era una Madona con el niño Jesus en los brazos, groseramente tallado.

Allegri no vió más que un pedazo de madera. La madre, con ese instinto que les es peculiar, gritó alborozada, adivinando el genio en su hijo:

—¡Preciosa Madona! Algunas más perfectas hará mi Antonio con el tiempo: todavía no debe hacerlas mejores, es imposible.

—¡Yo digo que es un estúpido!—gritó el padre.

—Hijo mio, yo te protegeré,—decia Marietta llorando de entusiasmo.

—Yo tambien,—añadió el tio Lorenzo:—te entrego desde ahora mi paleta, mis pinceles, mis raspines y el cincel.

El padre gritaba:

—¡Todos estais locos! ¡Un haz de leña sería mejor!

—Mira, Allegri, con qué gracia inclina la Madona la frente hácia su hijo.

—No te fascine tu amor maternal; yo soy tan devoto como tú de la Madona, y sin embargo, no puedo aplaudir que gaste el tiempo en hacer muñecos de madera. Todos sois culpables por alimentar su pereza.

—Padre, no volverá usted á decirme que no gano el pan que cómo.

—Es muy bueno que tengas dignidad.

El muchacho se alejó un poco.

Marietta lloraba.

—¿Qué tienes, mujer?

—Debia adivinarlo tu amor de padre: Antonio nos deja, es su resolucion, lo leo en su frente.

—Si el chico tiene vocacion de artista,—añadió Lorenzo,—dejadle: él no se da mala maña para la pintura. El otro dia le ha hecho al frutero de enfrente una muestra que representa al mismo frutero comiéndose á dos carrillos su propia mercancía, y os aseguro que frutas y frutero parecia que se salian de la tabla. Pronto poseerá el talento de la plástica; su Madona lo indica. Hay en todas las líneas de su cara una expresion, un sello especial que delata su inspiracion.

Antonio marchó á Módena, dejando á sus padres afligidos, pero despues de haber obtenido la bendicion.

Solo, con su fe en Dios y su entusiasmo, entró por la vez primera en una gran ciudad.

Su madre le dió unas líneas para la marquesa Gámbara, á la cual bordaba pañuelos, y el muchacho se presentó á ella pidiendo proteccion.

A la marquesa le interesó el muchacho por la vehemencia que manifestaba para hablar de su vocacion, y se encaminó con él inmediatamente al estudio de Francisco Bianchi, para recomendarlo.

Admitido por el célebre maestro, Antonio no podia dominar su alegría y su notable gratitud hácia la marquesa.

—¡Creed,—gritaba ebrio de placer,—creed, se-

ñora, que yo haré buenos cuadros y que el primero será para vos!

En el estudio de Francisco Bianchi se hacian obras maestras.

La marquesa pagaba puntualmente las mensualidades del pequeño artista, y cada vez que iba á verle, recibia satisfactorias noticias acerca de los progresos de Antonio.

Su primer cuadro representó la Asuncion de la Santa Vírgen, como obsequio á su devota protectora, y en memoria de la Madona de madera groseramente tallada que determinó su gran vocacion.

Sus condiscípulos le denominaron Correggio, y ha pasado á la posteridad con este nombre.

Grandes obras hizo, de las cuales sólo recordamos las siguientes: un grupo para la iglesia de Santa Margarita en Módena; un San Antonio de la galería de Dresde que pintó en 1572 en Carpi; varios frescos para la familia Gámbara, algunos cuadros para el conventual de la misma ciudad, y más tarde pintó para países extranjeros. Segun dicen, nunca estuvo en Roma, y sin embargo, una de las cosas que más brillan en él es el gusto de lo antiguo. No sólo el Correggio era el pintor de las gracias, lo que hacía decir á Faillascan que el Correggio era en la gracia lo que Miguel Angel en lo terrible, sino que fué tambien el creador de la armonía del claroscuro y de los admirables escorzos, de tan gran efecto cuando no se abusa de ellos.

Los niños pintados por el Correggio tienen una

gracia divina y celeste que los iguala á los mismos ángeles.

La familia del humilde Allegri se vió rodeada de una aureola de gloria.

La prediccion de Marietta se cumplió.

Un mísero leñador ocupó puestos elevados, ganándose la admiracion de todo el mundo.

¡Dejad paso franco al talento y la aplicacion en cualquiera criatura que se manifieste!

¡No mutileis el entendimiento de la mujer con torpes diques á sus elevadas aspiraciones!

A despecho de los egoistas, la mujer que ha nacido para brillar, brillará, por más que intenten oscurecer su gloria.

Si el Cristianismo es la religion del alma, el arte es la religion del corazon.

Querer apagar la chispa del genio que ilumina la inteligencia de una mujer, es tan absurdo como pretender extinguir el fulgor de una estrella.

Violentar las nobles inclinaciones, es cometer un crímen moral.

¡No encerreis á la mujer en un estrecho círculo de hierro!

¡No le impongais su mision; que se la imponga ella espontáneamente!

Dice Sánchez del Real: «La mision de la mujer está en todas partes: desde el hogar hasta los salones, desde el arte hasta las más sublimes investigaciones de la ciencia».

«Aquel que ha dicho que la mujer tenia una fibra más que el hombre, no ha mentido: bien pue-

de decirse de ellas, no que tienen una fibra más que el hombre, sino muchas.»

«Para la conquista del porvenir nos hacen falta las mujeres.»

Dadles por brújula una buena educacion y no se extraviarán: si están civilizadas, les bastarán por guía sus tiernos y generosos instintos.

¡Dad á la mujer luz, mucha luz!

Ilustrar á la mujer, es arrancarle las cataratas de la inteligencia.

Ilustrada la mujer en la escuela de la razon y el sentimiento, no teneis nada que temer, se basta á sí misma.

CAPITULO III.

APTITUD DE LA MUJER PARA LAS ARTES.

El arte nos reconcilia con la vida.

. . . . . .

Las artes son el verdadero termómetro de la cultura de los pueblos.

Ellas revelan la civilizacion, el carácter físico, los hábitos morales, las creencias religiosas y hasta las riquezas de las naciones.

Sólo en un árido siglo de positivismo, cual el nuestro, se oye decir que las bellas artes son innecesarias.

¡Ah! El positivismo es la helada mano que petrifica cuanto toca.

La glacial atmósfera del positivismo roba el perfume á las flores nacidas en el jardin de la fantasía y desarrolladas bajo los fecundos rayos del sentimiento.

El positivismo entibia el fervor por el arte y mata toda idea noble, generosa y sublime, cortan-

do á la imaginacion sus alas para que no se alce á las esferas de la inmortalidad.

Nada más conveniente que inculcarle á la mujer el amor á las artes.

¿Qué será de la mujer en su pequeño círculo de accion, encadenada siempre á lo rutinario y lo vulgar, si no se le muestran mundos más elevados donde pueda esparcir su espíritu?

¡Languidecerá cual pálida azucena que muere por falta de rocío!

Siendo para las artes lo esencial el sentimiento, la mujer cuenta con brillantes facultades para cultivarlas; pues el sentimiento es el íris que la ilumina desde su aurora hasta su ocaso.

Nadie puede dudar que la mujer es eminentemente artista; su exuberante imaginacion modela, edifica, cincela, dibuja y pinta con pincel de fuego.

Observadla construyendo flotantes alcázares, aéreos palacios con muros de encaje y magníficos castillos que derrumba el huracan de la triste realidad; en la purísima adolescencia, miéntras vaga indecisa su mirada, sus nacaradas ilusiones crean el ideal que anhela su alma, y más tarde, cuando el destino la convierte en sacerdotisa del hogar, en amante y cariñosa esposa, por más que la adversidad cierna sus negras alas en torno de ella, crea mil placeres halagadores, mil dichas seductoras para encantar la existencia del compañero de su vida.

La mujer sueña cuando no puede crear, y sus sueños son creaciones: la prodigiosa fantasía de

la mujer no está jamás bastante alimentada, sus aspiraciones no encuentran nunca la meta, sus deseos no tienen límites, y aunque en este páramo no atraviese más que áridas sendas cubiertas de abrojos, siempre tiene en perspectiva bajo diáfano cendal ilusiones de múltiples colores, que flotan en sus espacios cual una nube de plumas desprendidas del colibrí.

El genio de la mujer reside en su corazon: todo lo resuelve con el criterio del sentimiento, y no dudeis que el sentimiento puede ser juez en materias de belleza, como lo es el compas en materias de verdad y completa exactitud.

La mujer es muy accesible al sentimiento de lo bello: procurad desarrollarlo en su alma.

El sentimiento de lo bello nos eleva sobre nosotros mismos y nos aproxima al ideal perfecto; pues todas las bellezas de la tierra no pueden ser más que el preludio de la belleza absoluta, bastante léjos del arquetipo que en ráfaga de luz ilumina un instante nuestras débiles facultades en los momentos de gran inspiracion.

Lo bello es lo bueno puesto en accion; y la mujer siente notable predisposicion á practicar lo bueno.

El sentimiento de lo bello es la luz del espíritu y la moral de la inteligencia.

El sentimiento de lo bello se abre clara senda en las tinieblas de nuestros sentidos: es una brecha abierta á la materia, cuyas perspectivas van de la tierra al cielo: es una escala por la cual as-

ciende nuestra alma á los mundos ignotos del infinito.

El sentimiento de lo bello es uño entre todos los hombres, en todos los países y en todas las edades; y digo en todas las edades, porque el sentimiento de lo bello tiene su cuna en el alma, y el alma es insenescente.

Los caprichos ridículos, los ídolos que se alzan á la falsa belleza, los gustos erróneos y la influencia de la moda pueden perturbar el sentimiento de lo bello, mas de un modo fugitivo, porque este sentimiento, que no se doblega á las preocupaciones, muestra su poder atravesando los siglos, sin perder nada de su carácter.

«Si no existe ninguna regla de lo bello,—decia Diderot,—¿de dónde vienen esas emociones deliciosas que se elevan tan súbitamente, tan involuntariamente y tan tumultuosamente en el fondo de nuestras almas, que las dilatan ó las contraen, y que arrancan de nuestros ojos lágrimas de júbilo, de dolor y de admiracion, sea á la vista de algun gran fenómeno de física, sea por la relacion de algun rasgo moral?»

Segun Máximo de Tiro, «la belleza, al descender de los cielos á la tierra, se oscurece por grados y concluye por desvanecerse; de manera que el conocedor vulgar en el arte de lo bello, apénas puede percibir sus vestigios á traves de los accesorios vagos y siniestros que lo rodean y que ofuscan su esencia».

La belleza en las artes no es la variedad, como

creen muchos: la belleza en las artes depende de la unidad y armonía.

Nada ha existido más bello que las cabezas de las Niobes, y éstas se distinguen por rasgos poco variados y sencillos.

No os hablamos de una simetría perfecta, que resultaria dura, fria y monotona, sino de una unidad de armonía, envuelta en el esplendor de sensibilidad, que irradian los destellos del verdadero genio.

Afirma Plinio que Apéles fué quien más se ocupó de restituir al arte su mayor sencillez.

La mujer tiene idoneidad para obras grandiosas: nos referimos á la grandiosidad estética que depende de las relaciones ópticas, que hieren los sentidos y el espíritu, pues la grandiosidad geométrica supone muy poco.

Neron hizo pintar su retrato en una tela de cuarenta codos, y sin embargo, aseguran personas competentes que esta pintura no se ejecutó en estilo grandioso.

¡No negueis á la mujer su aptitud para lo bello y lo sublime!

La mujer está organizada para sentir lo que el hombre necesita aprender.

La mujer ama lo bello, y no lo destruye, cual el hombre, con el cuchillo anatómico.

Es triste el análisis, porque nos muestra el esqueleto de lo que habia idealizado nuestra fantasía.

Recordad este tierno pensamiento de Alfonso

Karr: «La ciencia de amar las flores y las plantas no es tan cruel como la botánica, que nos enseña á disecarlas y á insultarlas en griego y en latin».

El alma de la mujer es un búcaro precioso, de cuyo fondo exhalan sus perfumes el amor y la admiracion hácia todo lo noble y delicado; su corazon una pira donde se quema constantemente el incienso del entusiasmo.

La mujer nace artista como nace artista el ruiseñor.

¡Nadie ha enseñado sus armónicos trinos al Homero de los bosques, al misterioso poeta nocturno, al melodioso Orfeo, al inimitable cantor!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Si no se han distinguido todas las mujeres dedicadas al arte de Murillo, es porque no se ha tratado de hacerles adquirir conocimientos, sino de enseñarles habilidades con objeto de hacer vano y ostentoso alarde.

La educacion pictórica de la mujer ha estado hasta hoy notablemente desatendida: limitada á empíricas instrucciones, difícilmente ha conseguido salir de copista, y muchas han visto morir sus ilusiones sin poder realizar el ideal de los sacerdotes del arte, ó sea la composicion.

El no haber alcanzado la mujer en general tan inmenso placer y gloria tanta, no ha sido por ineptitud, incuria é incompetencia suya; sí por el esta-

do rudimentario en que la han dejado permanecer sus maestros.

Han supuesto algunas que manejar el pincel es ser artista, y se han dormido arrulladas por tan errónea creencia.

¡Como si el arte de pintar consistiese únicamente en el empleo de los colores!

La brillantez del colorido no puede reemplazar las demas partes del arte cuando se hallan descuidadas.

Por eso se ha observado que las principiantes suelen pintar árboles que tienen muchas especies de cortezas y de hojas, y consiste en que acostumbradas á ver que el claroscuro no ofrece grandes dificultades en el dibujo, y poco preparadas para vencer las que ofrece en la pintura, descuidan lo más importante y trascendental.

El claroscuro, ciencia de las medias tintas y los reflejos, es, segun personas muy autorizadas, el arte de dar transparencia á la sombra, y de representar en la oscuridad el colorido que tendria el cuerpo allí escondido si estuviese expuesto á la luz.

Cuando la mujer reciba en toda su amplitud la ilustracion á que es acreedora, cuando se ocupen de facilitarle los conocimientos artísticos de que carece, podrá descollar en las nobles artes.

La mujer posee en su alma el sagrado fuego de la inspiracion, en su frente la divina chispa que todo lo anima, y en su inteligencia el númen creador é inagotable.

La imaginacion de la mujer, lozana siempre y

caprichosa, podrá dar á las figuras una gracia suficiente á cubrir las irregularidades del dibujo y de las proporciones, en el caso de que existan en sus obras esas irregularidades.

La gracia hace la belleza viva y picante, pues sin ella, la belleza sería insulsa, muerta y sin atractivos.

Se ha dicho que la gracia es una de las ramas del buen gusto, por la cual el arte viene á complacer el espíritu de la manera más dulce y agradable.

La gracia es la expresion, y la expresion es aquella parte de la pintura que representa los movimientos del alma, sus pasiones ó ideas, tanto las que excita la presencia de los objetos, cuanto las que se muestran en el semblante y en las actitudes del cuerpo.

Un escritor nos dice acerca de la expresion: «La union del cuerpo y del alma es de tal naturaleza que no puede haber movimiento en el uno que no excite su movimiento en el otro. Debiendo, pues, el pintor representar sus figuras en accion, debe expresar en sus semblantes y en todo lo demas, aquella situacion y aquellos movimientos que el alma produciria en los cuerpos si realmente se hallase en aquel estado; pero como entre estos movimientos hay su más y su ménos, esto es, que unos son forzados, otros fáciles, algunos ordinarios, otros distinguidos y de otras mil maneras, depende, por tanto, del gusto del pintor el saber escoger los que producen belleza».

La pintura puede expresar la alegría, la pena, la resignacion, la inquietud, la lucha y la amargura de un modo elocuente, lo mismo que la poesía, valiéndose del símbolo del emblema y la alegoría.

Teniendo la mujer una fantasía ardiente y soñadora, es muy accesible á la belleza ideal.

Sin poseer los talentos metafísicos de Malebranche, Aristóteles y Platon, puede explicarse en qué consiste la belleza ideal. La belleza ideal es el arquetipo ó modelo mental de perfeccion que resulta en el espíritu del hombre, despues de haber comparado y reunido las perfecciones de los individuos. Algunos estéticos la definen de este modo: Es belleza ideal el modelo mental de perfeccion, aplicada por el artífice á las producciones de las artes; entendiendo por perfeccion todo lo que, imitado por ellas, es capaz de excitar con la evidencia posible la imágen, idea ó efecto que cada uno se propone seguir en su fin.

Las artes imitativas no se limitan á la representacion exacta del natural, pues de no remontarse en alas del entusiasmo hasta las más elevadas regiones de la belleza, quedaria inactiva nuestra imaginacion.

Todo lo más sublime lo concibe la criatura sin verlo jamás.

El sentimiento de lo bello, que tanto enaltece á quien lo posee, puede rebajar al hombre, cuando este sentimiento se adultera, descendiendo á un grosero materialismo: hay belleza sensible ú ópti-

ca, y belleza inteligible ó para el espíritu, porque estamos compuestos de dos elementos, que son los sentidos y la inteligencia; y es preciso tener presente que lo bello no es un objeto ni sustancia, ni un sér existente por sí mismo; es un resultado colectivo, un efecto que con relacion á nuestros sentidos y á nuestra inteligencia produce, ya el sentimiento, ya la sensacion.

A pesar de que la lascivia y la crueldad se hermanaban para infamar el glorioso siglo de Períeles, nunca habian llegado las artes al esplendor de entónces: bien puede apellidarse á esta época la edad de oro del arte.

Hubo un afortunado período en que los griegos adoraban la belleza espiritual: sabidos son los entusiastas aplausos dados por todo un pueblo á la narracion de Herodoto y á las poesías de Corina y Píndaro.

Degollaban sin piedad los siracusanos á los atenienses prisioneros en la guerra de Sicilia; mas al oirles declamar versos de Eurípides, rompieron sus cadenas, diéronles hospitalidad, y por último, los enviaron libres á su patria. El odio y la envidia querian destruir á Aténas, con feroz é insultante propósito asistian los vencedores á la representacion de una tragedia de Eurípides; mas al volverse el coro hácia Electra diciéndole: «Hija de Agamenon, nosotros venimos á tu humilde y desolada cabaña», todos compararon tamañas miserias con las de Aténas, lloraron y la perdonaron.

En tan afortunada época se imponia como acto

de piedad la ejecucion de bellas obras; de manera que los templos, más que mansiones de oracion, eran monumentos artísticos y nacionales.

Tal pasion por el arte se hizo general: Plinio refiere que de un taller de los Radios salian anualmente mil quinientas estatuas.

Mas el arte tuvo su decadencia cuando se prostituyó hasta no representar más que la materia en distintas formas. El entusiasmo de la belleza corpórea fué fomentado por el gobierno, como si fuera un ramo de constitucion religiosa ó política.

La tradicion gentílica nos cuenta mil casos de hermosas deificadas por su título de belleza únicamente, y en Esparta, en Lésbos y entre los Parrasios se abrieron certámenes de belleza femenil, donde se premiaba la hermosura.

Las mujeres perdieron el decoro lastimosamente, pues hacian vergonzoso alarde de su belleza física, presentándose desnudas en los talleres de los grandes artistas, en los baños ó en la orilla del mar.

Frine, mujer de notable belleza, sirvió de modelo á Apéles para sus cuadros y á Praxitéles para sus estatuas, que excitaron el entusiasmo universal. En las fiestas de Neptuno y Vénus, se despojaba de sus vestiduras en las gradas del templo, y sin más adorno que su larga cabellera, se adelantaba hácia la playa, entrando en el agua para rendir homenaje á Neptuno, y se retiraba despues entre las aclamaciones de la muchedumbre.

Entias, no pudiendo obtener sus favores, la acusó de haber profanado los misterios de Eleusis; los jueces iban ya á pronunciar la sentencia de muerte, cuando el orador Hipérides, que la defendia, invocando los derechos de la belleza, la hizo presentar desnuda al tribunal, que inmediatamente la declaró absuelta.

Este desordenado amor á la belleza física corrompió las costumbres y mató por algun tiempo la inspiracion de los grandes genios.

Segun algunos historiadores, la pintura fué inventada por una mujer, por más que otros, en su indomable soberbia, afirmen lo contrario.

Dícese que una jóven, la tarde ántes del dia en que su amante debia emprender un largo viaje, entre las amarguras de la despedida, observó el perfil de su rostro trazado en la sombra de la pared, y cogiendo un carbon del hogar, fué siguiendo el contorno, y consiguió de este modo tener un vivo recuerdo del amado ausente. Así es que á una mujer debemos el orígen del dibujo natural, base de todos y el más importante.

A pesar de que la mujer jamás ha sido impulsada al estudio de las artes, pues en lugar de facilitarle el hombre las sendas escabrosas, no ha hecho más que ponerle trabas, diques y entorpecimientos en su camino, en todos los siglos y épocas han descollado mujeres que han llegado al pináculo de la gloria.

La mujer verdaderamente ilustrada merece una gran admiracion, pues los conocimientos que po-

see son autodidácticos, es decir, adquiridos sin maestro.

Ya que escribimos hoy acerca de la aptitud de la mujer para las artes, citarémos los nombres de las artistas más notables, pues no es posible nos ocupemos de todas, en atencion á que la nomenclatura sería interminable.

Lola de Cizigné floreció en Roma, cerca de ochenta años ántes de Jesucristo. Esta mujer era muy hábil para hacer los retratos de sus amigas, y ejecutó el suyo frente á un espejo. Plinio la apellida, no sabemos por qué, *vírgen perfecta*.

Marieta Babusti fué una célebre retratista. Esta se resistió á los ruegos que el emperador Maximiliano le hizo para atraerla á su corte; prefiriendo permanecer al lado de su anciano padre, del cual encantaba la existencia. A su talento de pintora reunia excelentes dotes para la música.

El siglo XVII en Italia fué muy fecundo en artistas del bello sexo. Elisabeta Sirani, que murió á los veintiseis años, envenenada por una criada, causó una desolacion muy grande por su inesperada muerte, y mereció el honor de ser enterrada en la tumba de Guido.

Como miniaturista francesa fué muy notable Matilde Herbelin. Susana Courtois esmaltaba admirablemente. Catalina Duchemint, mujer del célebre escultor Girardon, fué la primera que tuvo el honor de pertenecer á la Academia de Bellas Artes en Francia. Sofía Cherson fué artista muy distinguida, hizo cuadros bellísimos é innumerables,

y recibió de Luis XIV una pension de quinientas libras; fué excelente música y publicó várias poesías.

Magdalena Bomapaz pintó flores é insectos; y entre las mil figuras de eminentes mujeres que se alzan en la escuela francesa, sobresale Elisabeth Vigee Lebrun, que, dotada de los más precoces talentos, hizo á la edad de diez y seis años varios retratos para la corte.

No es ménos rica la escuela española: en ella han brillado Isabel Coello, Dorotea y Margarita, hijas de Juan de Juanes.

En la aristocracia española figuran como artistas la marquesa de Aveiro, la duquesa Teresa de Sarmiento y Béjar, la duquesa Mariana de Silva, y otras muchas que sería prolijo enumerar.

La escuela alemana nos ofrece múltiples mujeres cercadas de una aureola de gloria: Dorotea Wagner, notable paisajista. Mme. Thorbusch fué recibida en la Academia de Paris en 1767, y á su regreso á Berlin fué nombrada pintora del rey.

Ha sido muy celebrado por los poetas Klospstoch y Genner el talento artístico de Angelina Káufmann, bella jóven suiza.

Como pintoras inglesas de gran fama, recordamos á María Beale, Ana Killigrero, Elena Wiliams, María Comvay, Susana Harebant, Clara Keyser, Catalina Pepyn, Gertrúdis Velychi y miss Laurence.

Creemos que para demostrar que el alma de la mujer es eminentemente artista, para hacer ver que en su corazon se halla muy desarrollado el sen-

timiento de lo bello, y para afirmar que su mente es creadora, no hay que aducir pruebas más irrefutables que las citadas; pero si éstas no fuesen bastantes, no tendríamos que recurrir al pasado para buscar en los anales de la historia pictórica nombres gloriosos que pertenecen á otros pueblos y otras épocas; nos bastará limitarnos al círculo de nuestras relaciones, y encontrarémos distinguidas señoritas que son una esperanza del arte y la nacion, pues sus nombres pasarán á la posteridad.

¡Cuán sublime es encontrar en una sociedad tan frívola y aturdida, elegantes jóvenes que posponen al estudio, los paseos, teatros y carruajes, donde podrian encontrar mil aplausos á su belleza!

Mi bella amiga Cármen Pagés y Millan, que se halla todavía en la adolescencia, en el encantador crepúsculo de la vida, en ese corto período en que la existencia es una melodía, renuncia á todos los placeres que sus amantes padres le ofrecen, por consagrarse á los goces del pincel.

Carmeta, como familiarmente la llamamos, es un sér indefinible: á la frescura de su rostro se une cierta expresion grave y reflexiva; á la gracia de sus movimientos, la distincion de una dama de salon; á la flexibilidad de su talle virginal, un andar pausado y majestuoso; á su conversacion fácil y animada, un fondo filosófico y profundo.

Carmeta confunde al observador; á Carmeta no se le adivina la edad: es difícil resolver si Carmeta es ángel, niña ó mujer.

Existe en nuestra mejor sociedad una señorita

que descuella en los salones, sujetando la atencion universal con las dulces vibraciones que arranca á las cuerdas del arpa, entusiasmando á todos con su gentil figura, envuelta en blancos tules y guirnaldas de flores.

Pues todavía es más admirable cuando se la contempla ante un caballete, animados sus negros ojos por el fuego de la inspiracion.

¿Y qué direis de Petra Navarro?

Los dulces acordes que arranca al arpa, parecen melodías del cielo en un concierto de ángeles y querubes.

Petra Navarro ha rivalizado con Clotilde Cerdá, y Clotilde puede apellidarse la musa de la armonía.

Mis queridas amigas, la bella hija del duque de la Torre y la discreta Margarita Hévia, fascinan cuando pulsan el arpa.

Si habeis visitado nuestra Exposicion Nacional en estos últimos años, conocereis por sus notables obras los nombres de Leopolda Gassó y Antonia Sala.

Estas dos señoritas poseen una modestia á la altura de la gran inspiracion que las anima.

¡Hombres egoistas, dejad á la mujer que tienda las alas de su genio por las ilimitadas esferas del arte!

Las bellas artes tienen una mision muy bella y muy trascendental: segun San Agustin, han hecho mayores efectos en la conversion de algunas almas que la misma predicacion.

El entusiasmo por el arte ha hecho nacer en algunas almas el fervor religioso.

«La pintura—dice Bálmes—ilustra el entendimiento, templa el furor y dureza del ánimo y hace al hombre blando y comunicativo.»

Añade Fray Cristóbal de Torres: «Los lienzos, las tablas, los cristales, las pinturas en general, constituyen un arte verdaderamente ingeniosísimo y son escrituras para los ojos de la multitud, libros de las vidas heroicas, testamentos de las mejoras divinas, conocimientos de las verdades antiguas, informaciones de las hazañas pasadas, ejemplares de las vidas presentes, y pronósticos de las glorias venideras; siendo tambien hijas de la verdad enamorada y poderosa, testigos en abono del ausente, personajes de representacion natural, protestaciones de la inmortalidad y ajustados retratos de las costumbres del mundo».

Las artes son el lazo de fraternidad entre las criaturas, pues ellas nivelan á los hombres más separados por nacimiento, fortuna y distancias.

¡No aprisioneis la florida y fecunda fantasía de la mujer!

¡No mutileis sus facultades intelectuales!

¡Dad impulso á sus aspiraciones artísticas, levantad sus ideas, reservadle un lugar en los altares del santuario de Apolo!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Música y poesía
en una misma lira tocarémos.
IRIARTE.

La música es la emanacion más directa del alma, el efluvio de la sensibilidad, el vago acento de lo invisible, lo inexplicable y misterioso.

La música se adhiere á la poesía, como la poesía á la música: ambas expresan el entusiasmo del corazon y las aspiraciones del espíritu; ambas revelan la alegría, el quebranto, el placer y el heroísmo, retratando el ideal del modo más bello.

Los climas más fértiles y templados y los países más pintorescos, han sido los más poéticos, y por consiguiente los más músicos: la música y la poesía, hermanas inseparables, participan de la belleza del país, expresando en deliciosa armonía el conjunto sublime del espléndido cuadro que presenta la naturaleza en los diversos panoramas que ofrece á nuestra vista.

La música ennoblece, eleva el alma, desarrolla la sensibilidad, dulcifica los rudos instintos y suaviza las desbordadas pasiones.

La música es el idioma del corazon, la música es el lenguaje universal, el lazo que une á los hombres, el intérprete de los sentimientos.

La música prepara el alma de tal manera al fervor religioso, que en todo pueblo, apénas se vislumbra la existencia de un dios más ó ménos absurdo, vemos á la música representando un primer papel en las festividades más solemnes.

Solon y Licurgo, los grandes legisladores de Grecia, consideraban á la música parte muy esencial de la instruccion y la educacion, como un dique á las pasiones, pero dique muy necesario al sosten de la fuerza nacional.

La música es la madre universal de todas las ciencias, decia Platon; la música es el órden de todas las cosas, afirma Hermes.

La música es tan antigua como la sociedad: todos los pueblos han inventado instrumentos, aunque groseramente fabricados en los tiempos primitivos.

La mitología de los griegos atribuye á la música un orígen divino: suponen á Minerva inventora de la flauta, y afirman que Harmonia, hija de Marte y Vénus, deleitaba con sus cantos y con los dulces sonidos de su bien pulsada lira.

Cuenta la fábula que Mercurio inventó la lira, constituida por una concha de tortuga y nervios de animales, y que se la ofreció á Apolo.

Segun la historia, Terpandro suavizó al són de su lira las costumbres de los lacedemonios.

Orfeo y Anfion, segun la fábula, domesticaban á los tigres por medio de la música.

Es tan grande la influencia de la música en las almas delicadas, que, segun dice un verídico historiador, á Felipe V se le aliviaban sus dolencias con los dulces cantos de Farinelli.

La música, hija predilecta de la soledad, quiere ostentar sus galas léjos del bullicio del mundo; la música, que como arte es una imitacion de la

naturaleza, pugna por copiar el rumor apacible de las fuentes, los suspiros de la brisa, el susurro del viento, el murmullo de las hojas al chocarse en el frondoso bosque, el melancólico gemido de los árboles, la poderosa voz de la cascada, el trino de las aves, la doliente queja de la tórtola enamorada.

La mujer tiene notable aptitud para la música; su alma, dominada por el entusiasmo ó el dolor, es una lira que parece pulsada por arcángeles.

La mujer, cuando se propone llenar cumplidamente su angélico ministerio, encuentra en su voz notas tan armónicas, que tienen el poder de arrancar al hombre de los brazos de la desesperacion.

La mujer, dominada por una idea sublime, modula acentos tan dulces y sonoros que hacen vibrar las cuerdas del más empedernido corazon.

Existen tambien en la mirada de la mujer melodías dulcísimas que llegan al corazon, sin haber pasado por el órgano auditivo.

La mujer tiene en su voz, en su sonrisa, en su mirada, una fuerza magnética que atrae al hombre hácia la senda que ella quiere.

La influencia de la mujer dará siempre magníficos resultados, miéntras sepa encaminarla á levantados fines.

Por eso, á medida que la mujer se ilustre, su influencia será más benéfica.

Hasta hoy, la mujer educada únicamente para la vida de salon no ha tratado de instruirse, sino de disfrazar su ignorancia á impulsos de la vanidad.

Hasta hoy, la mujer ha quedado satisfecha con pintar una acuarela, tocar una serenata y cantar una romanza.

La mujer, al dedicarse al estudio de la música, no debe hacerlo con la ligereza que hasta hoy; debe estudiar de una manera profunda, para que sus conocimientos puedan serle útiles en las contrariedades del destino; lo contrario es perder un tiempo precioso, de cuya pérdida se hace culpable ante Dios y la sociedad.

En el cultivo de la música, como en el de las demas bellas artes, se han distinguido muchas mujeres, entre las cuales recordamos los siguientes nombres: Luisa Bertin escribió algunas óperas, que fueron recibidas con gran éxito; Cecilia Cherson, bellísimas melodías; Paulina Dalsan compuso una magnífica Salve; Dorotea Leirsen, várias piezas de baile; y gran número de mujeres cuyos nombres no recordamos se distinguieron por sus notables composiciones.

La inspiracion de la mujer brillará en todas las épocas, por más que intenten oscurecerla los detractores de nuestro sexo.

Sobre todo en la música, que es *el arte de la fusion de los corazones,* brillará siempre la mujer.

CAPITULO IV.

APTITUD DE LA MUJER PARA LAS CIENCIAS.

Nada más difícil que la mision de madre. Este sagrado ministerio impone á la mujer mil deberes, y le da el honroso título de educadora de la infancia.

Para ser digna de este título, al cual tiene indisputables derechos, necesita la mujer poseer gran caudal de conocimientos.

Los niños son curiosos: un niño hace mil preguntas, y quiere que las satisfaga su madre.

Si la mujer no tiene algunas nociones de las ciencias más comunes, llenará de errores el débil entendimiento del niño.

De la manera más sencilla puede una madre instruir á su hijo, sin fatigar su razon naciente.

Cuando el niño mira con asombro un espejo, que en su ignorancia le parece una cosa fantasmagórica, la madre podrá decirle que es un cristal azogado, y le hablará de las propiedades del azogue; si el niño se acerca al espejo y lo empaña con

el aliento, la madre podrá explicarle que nuestros pulmones despiden gas, y le hablará del oxígeno é hidrógeno. Cuando un niño arranca una flor y quiere analizarla, su madre será el mejor botanista; y las explicaciones que encontraria áridas ó tal vez ininteligibles, la madre se las hará suaves y amenas.

Hablar de astronomía al entendimiento de un niño es difícil, y sin embargo, para una madre será facilísimo; sus labios destilan gotas de esencia y de ternura.

Los niños sienten gran propension á destruir: si las madres les hacen conocer el daño que ocasionan al coger un nido ó matar un pájaro, los niños se harán reflexivos y sensibles.

Una madre está obligada á saber higiene, para preservar á su hijo de mil enfermedades.

Sobre todo, si la mujer fuera médico, se introduciria el pudor en la medicina.

¡Cuántas mujeres dotadas de un pudor excesivamente delicado, han muerto víctimas de él por no entregar la desnudez de su cuerpo á las miradas de un hombre!

Las mujeres debian estudiar todas las enfermedades de su sexo, para ser útiles á sí mismas.

No hay duda que la cirugía, ciencia positiva y material, es repulsiva á la mujer en general, porque exige un gran valor práctico, un gran pulso y fuerza de insensibilidad; pero en cambio, la medicina le es simpática. La medicina, como ciencia teórica, descansa en la observacion, y nadie puede dis-

putar á la mujer sus eminentes cualidades observadoras y un espíritu completamente analítico.

Las enfermedades nerviosas, sobre todo, esas enfermedades impalpables, para las cuales no hay en la farmacopea remedio consignado, enfermedades que se apoderan únicamente de la mujer, las mujeres podrán curarlas, porque las conocen. La mujer encuentra en su corazon mil recursos inesperados y salvadores.

Sabido es que la influencia de la palabra del médico obra de una manera consoladora en el enfermo. ¡Y qué frase más tierna, qué acento más angélico, qué mirada más dulce podrá encontrarse que la de la mujer!

Un reputado doctor, visitando los Estados Unidos, encontró una profesora de higiene al frente de un hospicio.

Despues de haber examinado el hospicio detenidamente, dijo: «En ningun país he visto una distribucion tan perfecta. Vastas salas, con un pequeño número de lechos anchamente espaciados; nada de cortinas, mucho aire, luz regular, mucho silencio, limpieza extremada; nada de esos olores nauseabundos que hacen de un hospital un objeto repugnante, y frecuentemente una estancia envenenada. Al llamamiento de la señora Hope acudió un escuadron de mujeres jóvenes, cuyos vestidos negros y gorros blancos les daban aspecto de hermanas de la Caridad. Eran las internas del hospicio, las futuras doctoras. Asistieron á mi clínica con la mayor atencion, y me admiraron con la senci-

llez y claridad de sus explicaciones cuando me referian el estado del enfermo. «Creo — me dijo la »directora — que llegarémos á una gran reforma. »Esas jóvenes han estado dos años en el hospicio »de la maternidad, y el año próximo pasarán á la »clínica de las mujeres».

Hoy cuentan los Estados Unidos en ejercicio quinientos veinticinco médicos del sexo femenino.

Madame Brees ha conseguido en Francia el grado de doctora, pero ejercerá en Constantinopla, donde le ha sido ofrecida la plaza de médico del serrallo con cuarenta mil francos anuales. Visita el serrallo, y queda libre de tener mayor clientela.

El gobierno de Dinamarca acaba de facultar á las mujeres para que puedan seguir los cursos universitarios, obtener grados académicos y diplomas de capacidad.

En un real decreto fechado en Copenhague se determina que en adelante las mujeres serán admitidas á matricularse en la universidad de aquella capital como los hombres, sufrirán los mismos exámenes que los estudiantes, y tendrán derecho á iguales censuras; sólo quedan exceptuadas de los estudios teológicos.

No podemos omitir el testimonio de aprecio que dió á favor de nuestro sexo el célebre pontífice Benedicto XIV, con motivo de haber elegido la universidad de Bolonia á la señora Cayetana Agnes para una cátedra de matemáticas.

Creyó esta insigne mujer que debia participárselo á Su Santidad y saber si era de su aprobacion,

y Su Santidad le respondió: «Con mucho gusto apruebo, y me alegro de que se os ponga en estado de lucir vuestro talento. Os exhorto á que formeis otras compañeras semejantes, á fin de acreditar que valeis por lo ménos tanto como nosotros, si quereis aplicaros».

Este mismo pontífice distinguió muchísimo á Mme. Bocage, que miéntras estuvo en Roma escribiendo sus admirables cartas, mereció el honor de ser acompañada frecuentemente por el cardenal Passionei, que contaba ochenta años de edad.

Numerosa es la pléyade de mujeres que han brillado por su capacidad para las ciencias. No podemos resistir al imperioso deber que nos impone la vindicacion del sexo, y nos es forzoso consignar los nombres de algunas mujeres ilustres.

Han sido asombro de Europa: Oliva Sabuco, de Nántes, autora de la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre,* que brilló en su juventud; Juana de Vaz; Pluvia Hortensia de Castro, que llevó su aficion al estudio hasta el extremo de disfrazarse de hombre para penetrar libremente en los ateneos; la marquesa de Alorna; Elena de Silva; Matilde Vasconcellos.

Abella, napolitana, nacida en Salerno, floreció en el siglo XIII: fué célebre por sus conocimientos en medicina, y dejó un tratado sobre la bílis negra.

Agalis, natural de la isla de Corfú, se distinguió por su ilustracion, y, segun refiere Meursio, dió lecciones de retórica y aritmética.

Agnodice, ateniense, mereció por sus conocimientos en medicina que los atenienses revocaran para ella la ley que prohibia á las mujeres el ejercicio del arte de curar.

María del Rosario de Cepeda peroró en griego, latin, italiano, inglés, frances y castellano, en un certámen que hubo en Cádiz.

Hortensia de Castro se distinguió en lógica, metafísica y latinidad.

Francisca de Nebrija sustituia á su padre en la cátedra de retórica.

Faviola, dama romana, fundó los primeros hospitales de Italia.

Creemos suficientes estos ilustres nombres citados para demostrar la aptitud de la mujer para las ciencias y las artes.

Todos los que hayan leido la historia recordarán á Débora, mujer de Lapidoth, que adquirió por su sabiduría gran influencia entre sus conciudadanos. Vivia en el monte llamado Efraym, entre las poblaciones de Rama y Bethel, y allí, sentada bajo una palmera, dirimia todos los litigios de los israelitas, los cuales acudian siempre á consultar á la afamada profetisa. Esta mujer era tan valerosa, que animó á Barac para que reuniera diez mil combatientes, y poniéndose al frente de ellos, tomó posiciones en el monte Tabor.

Puede decirse que la victoria sobre el general cananeo, el terrible Sisara, fué debida á Débora, que dió instrucciones á los hebreos, con las cuales derrotaron completamente al ejército de Sisara.

Débora fué consejera de su pueblo, á causa de hallarse favorecida con el dón profético.

No hay que dudarlo, la mujer se distinguirá siempre, porque, cual el hombre, está dotada de inteligencia y corazon.

Cuanto más se desarrollen las facultades intelectuales de la mujer, más ilustrado será el hombre.

En la antigua Roma, la madre de Gracco contribuyó á formar la grande elocuencia de sus hijos.

En la antigua Persia, la depositaria de todas las ciencias fué la madre de los Magos.

En estos momentos publican los periódicos el siguiente suelto, que transcribimos: «La hija del opulento banquero Oppenhen recibió hace pocos dias en Paris, despues de un detenido exámen, el diploma de institutriz. Lo mismo sucedió con la señorita Rothschild. ¡Qué ejemplo para ser imitado! Las opulentas señoritas de Oppenhen y de Rothschild, que pudieran bien á mansalva permitirse el lujo de la desidia, no retroceden ante el trabajo que puede adquirir una instruccion sólida, en tanto que una infinidad de doncellas, que no cuentan ni con la cienmillonésima parte de sus esperanzas, viven en la imprevision más completa de los azares que les pueden sobrevenir».

CAPITULO V.

EL ALMA DE LA HUMANIDAD.

> Debemos al imperio de las mujeres una direccion sublime: que el poder de que disponen reciba de nuestras propias manos un impulso saludable hácia lo grande y lo bello, y que en seguida nos guien ellas mismas hácia la mejora moral, que tan inútilmente andan buscando los sabios.
>
> RAYMOND.

Hoy que el sol de la civilizacion esparce sus vivísimos resplandores, desvaneciendo las sombras del error; hoy que toman tan alto vuelo las ideas; hoy que tan conocida es la influencia de la mujer en la marcha de las sociedades, no debiera existir controversia alguna con los sabios y los filósofos acerca de la necesidad de instruir á la mujer, y de su aptitud para adquirir esa ilustracion que tanta falta le hace.

Proclamada solemnemente la dignidad de la mujer por el Cristianismo, y en vista del augusto papel que le ha tocado desempeñar en la historia de la humanidad, no debiéramos tener necesidad

de hacer presente que la mujer tiene indisputables derechos para caminar con el hombre por la bella, rápida, clara y florida senda del progreso.

Nada más provechoso para la mujer que la instruccion: elevar su inteligencia, es armarla contra las pasiones corruptoras que usurpan el nombre de nobles sentimientos.

La mujer sin educar es un buque sin vela ni timon, entregado á todos los vientos.

Y no creais que la mujer es indolente para el estudio ó refractaria á la luz; si ha permanecido sin iniciativa y en ese deplorable mutismo, es porque los hombres la han doblegado ante la idea de su incompetencia.

Por eso hasta hoy ha sido la mujer ligera, superficial, frívola; y vosotros, que tan severamente habeis increpado su frivolidad sin observar la vuestra, no habeis tenido presente que al permitir la triste somnolencia de su espíritu y al no elevar su criterio, matando en ella su estímulo á las cosas grandes, se ha entregado á las pequeñas, siguiendo escabrosas sendas y sumiéndose en la más sombría oscuridad.

Habeis sido muy injustos para ese sér delicado que se constituye en vuestro ángel tutelar, para la mujer, que os sigue, cuando niños, con su abnegacion de madre, apartándoos de los abismos que os son desconocidos; cuando jóvenes, con la dulzura de sus frases, embelleciéndoos la existencia, y cuando hombres, con su ternura de esposa, suavizando vuestras amarguras.

Le habeis tolerado que os siguiera por todas partes, y al penetrar en el templo de la sabiduría, ¿qué habeis hecho? Cerrar herméticamente las puertas, dejándola fuera de él.

¡Egoistas! Para vosotros el progreso, la luz, la verdad; para ella el engaño, las tinieblas, la retrogradacion.

Bajo cualquier prisma que se vea la vida de la mujer, aparece la necesidad de su educacion.

Si está bien educada, será la mujer una grata compañera vuestra, con la cual podreis razonar; si está elevada á las regiones del pensamiento, admitirá las observaciones que le hagais, y las encontrará lógicas, si lo son; os ayudará más, os comprenderá mejor, y en vez de las disensiones y la amargura, reinarán en vuestros lares la tranquilidad, el amor y la paz.

Sheridans ha creido muy necesaria la ilustracion de la mujer, y dice en sus inmortales obras:

«Las mujeres nos gobiernan; procuremos hacerlas perfectas.

»Cuanto más instruidas estén, más lo serémos nosotros.

»De la cultura y el talento de la mujer depende la sabiduría de los hombres.»

Debeis tener presente que la mujer está llamada á ejercer el sagrado sacerdocio de la maternidad; y la mujer no llenará su gran mision dando á la criatura la vida física solamente.

Los catedráticos harán del niño un gran estadista, un buen letrado, un matemático, un químico

y un célebre Galeno; mas á la mujer pertenece cultivar el alma del niño, haciéndole probo, útil y virtuoso.

La riqueza de la inteligencia consiste en el número de las grandes ideas adquiridas; la del alma, en el número de los nobles sentimientos desarrollados.

Tened presente que la ciencia se enseña, la virtud se inspira.

Por la poca confianza que se tiene en la mujer española, se le arrebata de los brazos á su tierno hijo, para entregarlo á un maestro de semblante austero, de mirada severa y de brusco acento, que inspira al niño temor, antipatía, repulsion.

El profesor es frio, dogmático; la madre, expresiva, cariñosa.

El niño ve reemplazadas las dulces caricias por el rigor, y no puede soportar tan doloroso cambio.

¡Cuán fatales pueden ser las consecuencias de lo que con tanta indiferencia se mira!

El niño necesita que graben en su alma el nombre de Dios; y para esto, ¿puede encontrarse buril mejor que el de una madre? Imposible.

La madre lo graba de una manera indeleble; nadie puede hacerlo cual ella.

Para escribir en el alma de un niño se necesita estudiar un especial alfabeto al pié de su cuna.

La educacion moral de la criatura corresponde á la mujer.

¡Madres, tened presente que no podreis ceder este derecho sin faltar á un sagrado deber!

¡Madres, observad que la sociedad se forma sobre vuestras rodillas, y no olvideis que de vosotras depende la moralidad, el órden, la dicha de los pueblos!

Escuchad al tiernísimo poeta Aime-Martin cuando os dice que no sereis madres, segun la ley moral de la naturaleza, hasta que trabajeis en el desarrollo del alma de vuestros hijos; que vuestra mision no se reduce á procrear un bípedo inteligente; que el mundo os pide un hombre completo, un hombre que sepa elegir su compañera, inspirar á sus hijos, y si necesario fuese, morir por la virtud.

¡Madres, teneis dos deberes que cumplir, así como el hombre tiene dos nacimientos!

Conservar al niño la vida física, no es gran cosa; darle la vida moral, sí que lo es.

¡La ciencia del alma no debe fiarse á los metafísicos, deben enseñarla las madres!

¡Haced ver al mundo que el resto de verdadera religion, de esa religion sin fanatismo que existe en los corazones, se debe más á las buenas madres que á los sabios teólogos!

La mujer que educa religiosamente á sus hijos hace más bien á la sociedad que los más notables libros de moral.

Las ideas adquiridas en la infancia no se pierden jamás; son el norte de nuestras acciones.

¡La primera oracion que el niño aprende, es lo último que el hombre olvida!

Las oraciones que enseña un sacerdote se dirigen á la inteligencia, al débil criterio del niño; las

que enseña una madre van directamente al corazon, al sentimiento.

La oracion que balbucea el niño, pura como el ósculo de las brisas al capullo de la flor, es más tarde para él su faro, su tabla salvadora, su auxilio, su consuelo, su mentor.

Las lecciones que se reciben en la cuna son para el hombre la imágen de la buena madre que se las dió: ellas le recuerdan su dulce sonrisa, su inmaculada frente, su amorosa mirada y el eco de su voz.

¡Feliz el hombre que guarda durante su vida este santo eco!

¡Jamás caerá en los antros del mal!

¡Qué inspirada, qué sublime nos parece la madre de Lamartine, diciéndole: «Hijo mio, no procures ser grande, sino bueno; no quieras ser célebre, sino útil!»

¡Madres, la mujer no debe abdicar su cualidad inteligente para convertirse en autómata, en maniquí!

Hoy debe ser la mujer activa, tener voluntad propia y resolucion: el sér pasivo, la hembra mecánica, pertenece á otra época.

Hoy debe responder la mujer á las exigencias de una era culta y eminentemente civilizadora.

Nada más bello que una mujer hermosa y de elevado entendimiento; reune el mérito de los dos sexos. Por eso ha dicho Bonnin: «Una mujer que tiene criterio, es la razon que nos habla y el corazon que nos guia».

¡No olvideis, tiernas madres, que el porvenir de las naciones está en vuestras manos!

La madre es el alma de la humanidad.

Y vosotros, hombres eminentes, poned cada uno una piedra para edificar el alcázar de la ílustracion de la mujer, y brotará de nuestros corazones un himno de eterna gratitud hácia vosotros.

Emprended esa grande obra, y sereis apellidados por la posteridad sublimes arquitectos, útiles ciudadanos y grandes regeneradores.

La mujer merece vuestra atencion siempre: no la supongais como la pintan sus detractores; estudiadla detenidamente, y os convencereis de la injusticia con que es calificada.

CAPITULO VI.

LA MUJER HERMOSA.

> El tiempo destruye todas las cosas; con el tiempo Vénus se vuelve fea, y al Amor se le caen las plumas.
>
> . . . . . .

Nada más exacto que este aserto de un notable escritor.

La hermosura de la mujer es una flor que troncha el huracan de la adversidad, el simoun del infortunio, el aquilon de la desdicha, sin que recobre su lozanía y color al ser acariciada por blanda brisa ó suaves auras.

La hermosura física es cual un brillante meteoro: deslumbra, pero es tan fugaz como ese fenómeno atmosférico.

El esplendor de la belleza tiene breve duracion.

Recordad lo que dice Lavillemeneuc en los versos siguientes:

> Cual la flor que al nacer de la aurora
> fresca brilla en mitad del verjel,
> la hermosura, á quien tanto se adora,
> brilla un dia y se acaba con él.

Siendo la hermosura una esencia que tan fácil-

mente se evapora, no debeis darle importancia alguna, simpáticas lectoras.

Hay mujeres hermosas cuya vanidad las pone en ridículo constantemente; mujeres que quieren les rinda párias el mundo entero; mujeres que exigen homenaje, aplausos, adoracion.

Estas mujeres se hacen egoistas, y posponen tôdas las cosas á sus triunfos pasajeros, á sus efímeros lauros.

La vanidad, esa hidropesía moral de las cabezas humanas, con nada se satisface, y es una enfermedad que, al hacerse crónica, rara vez se suele curar.

La mujer vanidosa queda á merced del primer adulador que quiere divertirse con ella, mareándola con el humo de la lisonja, en el cual se embriaga sin advertirlo.

La mujer dominada por tan reprensible vicio no debe dejarle conocer á su adulador la satisfaccion que le causa quemen incienso en sus altares, pues sobre las ruinas y miserias de tan punible vanidad se alzaria soberbio, considerándola en su excesiva petulancia muy inferior á él.

La mujer que pone gran atencion á su belleza, indica que no tiene otro mérito mayor.

A una mujer de elevado entendimiento no puede halagarle el que rindan un culto exagerado á su belleza física, pues al conceder alto entusiasmo á ésta, le niegan admiracion á sus encantos morales, quedando colocada en mérito al nivel de sus retratos.

Madama de Lambert, queriendo expresar lo poco que para ella valian los encantos del rostro, decia: «La belleza es como los perfumes, cuyo efecto tiene poca duracion: en acostumbrándose, ya no se sienten más».

¿Qué puede importarle á una mujer ser encantadora cual una estatua de Praxitéles, Fídias, Dédalo ó Lisipo, si cual la estatua no atesora más cualidad que una belleza sorprendente?

Complacerá el gusto artístico, llenará cumplidamente el sentimiento de lo bello, interesará á la volcánica fantasía, pero no hablará al alma, y el corazon permanecerá dormido.

Una mujer hermosa que no esté adornada de relevantes cualidades morales, podrá inspirar un amor sensual, pero nunca un amor espiritual, puro, respetuoso, un amor cual ambicionan los séres delicados.

El amor sensual degrada al que lo siente y al que lo inspira.

El amor inspirado por las bellezas del alma es eterno, porque el alma no envejece jamás.

Se necesita, para reparar la belleza física, el blanco de Páros, la velutina, la nata de Vénus, el agua nacarada y otros simples; pero la belleza moral no necesita los auxilios del arte.

La virtud solidifica todos los grandes sentimientos; las virtudes atraen los más nobles afectos; la mujer que las posee inspira tanto respeto como amor, y ésta debe ser la aspiracion de la mujer digna, de la mujer que atraviesa el impuro lo-

dazal que se llama mundo, sin mancharse las níveas alas.

La mujer hermosa, en lugar de consagrarse á contemplar su belleza, debe consagrarse á cultivar su inteligencia, á elevar su criterio, á formar su razon, con objeto de ser simpática y agradable á cuantos la rodeen, en la época en que el dedo del tiempo imprima profundos pliegues en su semblante.

El tiempo es un gran demoledor que nada respeta: armado de la segur, la hoz y la piqueta, todo lo siega, lo destruye y pulveriza.

El tiempo es el encargado de castigar á esas deidades vanidosas, mostrando severamente el esqueleto de la hermosura, pompas, placeres, vanidades y glorias mundanales.

El tiempo es el implacable, el formidable enemigo de las que cifran su orgullo en los áureos cabellos, en los carmíneos labios, en la ebúrnea frente y en los fúlgidos ojos.

Estas mujeres anhelan detener la rueda de Saturno, echar anclas en la isla del tiempo.

Gustosas robarian á Hebe el secreto de la insenescencia; envidian á la afortunada y privilegiada Clori, porque Céfiro, mensajero de Vénus, al enlazarse á ella, le dió en dote eterna juventud, concediéndola el imperio de las flores y la primavera, y haciéndola llamar Flora.

No creais que las dotes físicas son un privilegio para que las mujeres hermosas se coloquen sobre las demas; no siempre las hermosas son las fa-

vorecidas. Ana Sorel, la duquesa de Valentinois y Gabriela de Estrees eran deslumbradoras, y á pesar de esto no fueron las más ensalzadas de su época. Catalina de Rohan, más tarde duquesa de Deux-Pons, fué muy respetada por sus virtudes. Enrique IV de Francia consideró muchísimo á la austera Antonieta de Pons, precisamente por su inflexible severidad.

La señorita de Hautefort conquistó la admiracion y simpatía de Luis XIII con una conducta irreprochable.

No lo dudeis, la mujer más perfecta, la más superior, será siempre la más virtuosa.

Por libertino que un hombre sea, no entrega su nombre á una mujer degradada; quiere una mujer religiosa para madre de sus hijos.

La hermosura sin la virtud no es más que un precioso manto ocultando repugnantes miserias.

La belleza física no cautiva más que á los hombres frívolos que se pagan de apariencias y exterioridades; los hombres sensatos se enamoran de la mujer que posee sentimientos elevados, cultura de inteligencia y trato distinguido; es muy justo que se desee agradar á esta clase de hombres.

El amor de un hombre de mérito es un triunfo, un brillante éxito, un gran elogio para la que lo inspira; el amor de un necio perjudica notablemente.

Consuélese la que no ha sido dotada de gran hermosura, reflexionando que se puede despertar unagran afeccion sin poseer encantos en el rostro.

No existe ninguna mujer completamente fea; todas poseen alguna gracia, y la gracia es más bella que la belleza misma.

Lo que más encanta en la mujer, lo que más la enaltece, es la bondad, la sensibilidad, la abnegacion y la dulzura.

Una mujer adornada de estas cualidades, que posea un talento claro, brillante ingenio, finura y elegancia de modales, puede ponerse en parangon con la diosa de la hermosura y disputarle el imperio de los corazones.

La mujer hasta hoy no se ha cuidado más que de ser bella para agradar al hombre, alimentando de este modo su frivolidad, más censurable que la frivolidad de la mujer.

La mujer vale mucho, pero valdrá muchísimo más el dia que ella se estime en lo que vale. Debiera haber despertado el amor propio de la mujer al verse considerada como un objeto bello únicamente; algunos todavía la han rebajado más, pues la han apellidado *cosa*.

¿Qué predominio puede tener la mujer en el corazon de un hombre, miéntras sea admirada solamente por su belleza física?

El dia que termine ésta, que realmente es muy pasajera, habrá terminado la influencia de la mujer.

Por eso la mujer debe esforzarse para adquirir méritos más positivos; méritos que resistan á la accion del tiempo, y que floten sobre todas las adversidades y miserias de la vida.

Una mujer estúpida no puede inspirar respeto

jamás, y la mujer debe fijar particularmente su atencion en buscar los medios de ser respetada.

La hermosura física por sí sola es pequeño atractivo, y sobre todo muy fugaz. Dice Berville: «Belleza, dón encantador del cielo, á justo título nos prosternamos ante tí y te adoramos, no solamente por la perfeccion material, sino por la expresion encantadora de una perfeccion moral. Sin este feliz acuerdo, la belleza no es la belleza, es la rosa por su perfume, pero la rosa sin colores».

Escuchad á Augusto Martin: «La mujer adornada de belleza es como el heredero de un nombre ilustre, obligado á muchas virtudes; es un depósito sagrado, del cual ella debe dar cuenta al mundo que la observa. La belleza de la mujer no es una vana semejanza de los colores suaves y los contornos graciosos, es el espejo de una bella alma; sólo así es belleza la belleza».

El tiernísimo Bernardin de Saint-Pierre añade: «Las mujeres tienen un medio seguro de ser bellas, siendo buenas: cuando la mujer es dulce, complaciente, sensible y piadosa. Estas cualidades nobles de un alma virtuosa imprimen en los rasgos de la fisonomía una expresion célica que es encantadora hasta en la vejez».

Nada hay tan real como los encantos morales, nada tan de tan larga vida. La hermosura de la mujer fascina la mirada, el talento seduce la inteligencia, la ternura cautiva el corazon; pero nada como la virtud conmueve hasta la última fibra del alma, y nada como ella inspira sentimientos tan

elevados é inmortales. El sér bello por excelencia es aquel que reune en todas sus cualidades una armonía perfecta, aquel que cuenta con aptitud bastante para llenar en la tierra la mision que Dios le ha confiado.

¡Desgraciadas las mujeres que no son más que bellas!

La virtud es la defensa de las hermosas; y es tan bella por sí sola la virtud, que inspira más que la hermosura, el respeto, la consideracion y el amor.

Teofastro apellida á la belleza «engaño mudo», y una de las mujeres más célebres de su época le decia: «La belleza es un ídolo de barro, cubierto algun tiempo de barniz; un fantasma en su momento de esplendor, y luégo un esqueleto. Jamás querria yo ser amada por dón tan frágil como peligroso; yo quiero que el amor tenga por base algo más firme, más sólido, más inmortal».

La virtud inspira los grandes sentimientos y crea las buenas reputaciones.

Cuando Diógenes veia una mujer mala dotada de belleza, exclamaba: « ¡Qué magnífica casa para tan mal huésped!»

¡Mujeres hermosas, no descuideis vuestra inteligencia por cuidar demasiado vuestros encantos físicos!

Gran asombro inspira la seductora Anfítrite saliendo de su cuna de espumas, muy grande la clásica Vénus de Milo; pero las sacerdotisas de Minerva son admiradas mucho más, porque las perfecciones del espíritu prevalecen sobre todo.

¡Mujeres bellas, no os envanezcais con vuestro rostro y descuideis vuestra alma!

¡Embelleced vuestro espíritu!

¡Haced encantador vuestro trato, y vuestro imperio durará más!

¡No tolereis que se queme el incienso de la lisonja en vuestros altares!

Para una mujer estúpida, la adulacion es una fineza que agradece; para una mujer de elevado entendimiento, es una grosera ironía que desprecia con altivez.

CAPITULO VII.

LA MUJER Y EL POETA.

La mujer tiene puntos de contacto con el ángel, el poeta con la mujer.

Grande, sublime es la mision de estos dos séres en el mundo.

Dios ha mandado la mujer á la tierra para que muestre al hombre el camino del cielo; Dios ha concedido al poeta su genio privilegiado para que cante á los mortales las bellezas de lo inmortal.

El genio del poeta es la revelacion de uno de los misterios del Eterno, es una armoniosa nota desprendida de las melodías célicas, es un eco de los arpados acentos de los querubes, un acento del mundo infinito desterrado á este mundo fugaz.

El poeta y la mujer se asimilan en su fisonomía moral.

Los dos abren sus corazones á las delicias del idealismo, dejan vagar el espíritu libre de toda traba por el Elíseo de sus sueños, y se crean un universo, más seductor para ellos que los jardines de Hiram para los musulmanes.

El poeta y la mujer aman las artes, la gloria, la belleza, lo fantástico, lo misterioso, lo difícil de obtener.

Son dos almas que se adhieren como el murmullo á la ola, el rayo del sol á la superficie del manso lago, el susurro al viento, y la lágrima de la aurora al cáliz de la flor.

El alma de la mujer es un himno constante.

El alma del poeta es la música vaporosa escapada á las áureas cuerdas de la ebúrnea guzla de la sultana, el hálito de las auras al mecerse en las ramas frondosas del bosque.

¡Oh! ¡Si las almas tuvieran sexo, el alma del poeta sería alma de mujer!

Tan inagotable es el raudal de su ternura, tan copioso el límpido manantial de sus elevados afectos, tan impetuoso el torrente de su sensibilidad.

El poeta y la mujer se comprenden: comprenderse, es casi amarse; el poeta y la mujer se aman.

Sus miradas, sus pensamientos, se encuentran sin buscarse, como se encuentran el águila y el condor en los espacios.

El poeta y la mujer cruzan este inmundo lodazal con las alas inmaculadas; semejantes al armiño, moririan ántes que perder su blancura.

Cual las náyades del arroyo, no se manchan en la arena; cual las driadas, atraviesan las cimas de los montes sin hollarlas; cual las napeas, viven en la floresta sin pisar el césped.

Los poetas han sido siempre calumniados. El vulgo les ha apellidado utopistas, ilusos, locos, del

mismo modo que ha denominado romántica á la mujer que ha fluctuado sobre la generalidad por su espíritu levantado.

Para el estúpido asombro del vulgo, es romántica la mujer que sobresale, ya por su inteligencia, ya por su carácter original.

El vulgo habla, mas no piensa; y al encontrar poco comun á una mujer, no se detiene á juzgarla, porque es impotente para ello, mas cree haberlo dicho todo dándole el dictado de romántica, que de fijo está bien léjos de merecer.

Perdonemos á ese vulgo que tiene la sindéresis enferma y míope la inteligencia.

¡Sólo así se concibe que calumnie al poeta y la mujer!

¿Qué sería el mundo sin flores, jilgueros, ruiseñores, mujeres y poetas? Un árido desierto.

El poeta nos da fuerzas para soportar la vida real, embelleciéndola notablemente; nos inspira las grandes acciones, y nos conduce por medio del ideal á las regiones celestiales.

El poeta es el hijo de la naturaleza: la canta porque la siente.

El poeta, mariposa con alas refulgentes, peregrino errante, ángel caido en este suelo, es siempre desgraciado; el poeta siente la nostalgia de un mundo mejor; el poeta padece la enfermedad de lo real, porque lo real le hiere como una punzante espina, porque la idea soñada es siempre muy superior á la idea realizada, y la idea realizada es para el poeta, el desencanto.

Castelar, el eminente orador, el Demóstenes moderno, el artista de la palabra, define al poeta en estos términos: «El poeta es un sér misterioso que se escapa al análisis como el dogma, y que se pierde de vista como el ave de la montaña, la alondra, cuando deja su nido de barro y se va por las alturas etéreas en busca de la luz que aún no despunta, miéntras todos los demas séres duermen profundamente en las sombras, sin presentir el nuevo dia. Los poetas son liras que suenan á todos los vientos, lagos que cambian los matices al paso de cada nube; son algo de incomprensible, como las profecías, como los presentimientos, como los sueños; criaturas que desde el barro de la tierra se elevan tanto y tanto, que llegan á convertirse en séres transparentes como los ángeles, en séres luminosos como las estrellas, para desde el escollo de sus naufragios tender su luz sobre generaciones de generaciones, habiendo tenido que alimentar ese resplandor divino que se alza en la milagrosa lámpara de su cerebro, habiendo tenido que alimentarlo con lágrimas de sus ojos y sangre de sus corazones».

La inconstancia de los poetas, tan censurada siempre, es muy natural. El poeta no quiere dos veces el mismo espectáculo, porque el poeta huye de lo monotono, vulgar y rutinario. El poeta no puede soportar un cielo siempre diáfano y azulado: necesita contemplar al lado de una cima nevada un negro abismo; junto á un manso lago, un torrente desbordado; entre los encajes rosados de las nubes, oscuros crespones; al lado de una plaza árida, un

bosque de flores; tras un dia de sol, un eclipse; tras la calma apacible, el trueno y el relámpago; tras una noche de luna, una aurora de sombras; con el néctar del placer, el ajenjo del dolor; sobre una flor muerta, una gota de rocío; sobre un lirio tronchado, una alegre mariposa; sobre una tumba, una siempreviva.

El poeta sufre siempre tristeza, aunque su rostro esté animado por alegre expresion, pero no es la tristeza vulgar, fiebre del cerebro que abrasa como ardiente lava; no es la tristeza, ajenjo de la vida, que todo lo satura de amargura; no es la tristeza que corroe el alma como el moho al hierro, que degenera en desesperacion, hasta arrojarnos por el vértigo que produce en la negra sima de la amargura; no: esta tristeza jamás se apodera del espíritu del poeta.

La tristeza que embarga al poeta es la que sufren las almas de fuego al contacto de la fria realidad de este mundo, es la que sufre el artista ante el desencanto de lo terreno, despues de haber bajado del mundo hermoso de los sueños; pero esta tristeza, poesía del dolor, esta tristeza, vaga, indefinible, suave, blanda y tierna, que radica en el alma, y que es ráfaga del sentimiento, evita al poeta la monotonía del placer, es el claroscuro de la dicha, y llega á convertirse en deleite lúgubre de un alma valetudinaria.

Esta tristeza es para el poeta la lágrima que refresca constantemente la flor de los recuerdos y la esperanza, haciéndola inmarcesible.

El poeta es una sensitiva: la más leve brisa agita sus emociones, el aura más tenue conmueve su alma, tabernáculo de sentimientos inmaculados. Porque el poeta siente de un modo santo; el que prostituye sus afectos, el que se arrastra por el barro de la vida, no tiene alma de poeta. El poeta ama lo bello, y lo bello es la virtud. El poeta debe ser un sublime poema, es decir, un modelo de todo lo más elevado.

No creais que damos el título de poetas á esos histriones del entendimiento que pululan por doquier armados con su caja de consonantes, más funesta á la literatura que la caja de Pandora al linaje humano.

Los que pasan su vida limando y bruñendo con ímprobo trabajo pensamientos vacíos de sentido, que la métrica divide en líneas desiguales, no son poetas.

Son poetas aquellos séres á quienes Dios ha puesto el estro en el alma, el númen en la inteligencia, la lira y el plectro en la mano.

La poesía no estriba en la vana sonoridad de los versos, ni en la cadencia de la rima; la poesía es la idea alimentada por la savia de la sensibilidad.

¿Qué es poesía? pregunto; y me dan los retóricos la siguiente definicion:

«Poesía es la bella imitacion de la naturaleza por medio de la palabra sujeta á una forma artística.»

¿Qué es poesía? repito; y me contesta el sentimiento:

«La poesía es el idioma del corazon, como la música es el místico lenguaje del alma.»

Investigo más, y el sentimiento me presenta cuadros que yo querria perfilar como un escenógrafo, y de los cuales no puedo hacer más que una somera descripcion; tal es la impericia mia.

Observadlos: una madre está velando la cuna de su hijo, en una de esas noches que la luna envuelve en cendal de plata; sus fatigados ojos espian con incansable anhelo el más leve movimiento del niño; sus párpados, que no cierra el insomnio, se fijan en la frente del inocente con el júbilo que deben sentir los ángeles al vislumbrar la imágen de María.

¿Qué es la expresion reflejada en el semblante de esta madre? ¿Qué su acariciadora mirada?

Una balada de amor.

Pálida y triste una adolescente se aproxima al lecho de su moribundo padre: éste fija la vista en el rostro de su hija para contar en él los momentos de vida que le restan; y al comprender la desolada que esto sucede, ensaya un aspecto tranquilo, una sonrisa ficticia más dolorosa que la agonía del paciente, para hacerle creer que hay esperanza de salvacion.

¿Qué es esta lúgubre sonrisa?

El antifaz de la pena, la brillante epopeya de un alma amante, un canto épico digno de la pluma de un bardo inmortal.

¡Oh! No lo dudeis; la poesía existe en el hogar, aunque la nieguen los misántropos y pesimistas.

Hay en la vida, al lado de la prosaica realidad matemática, una poesía innegable que reside en el alma dotada de inmortalidad. Esta poesía del alma se siente revelada por medio de transportes y aspiraciones que no se encierran en la tierra, que se alzan hasta el infinito.

Los verdaderos poetas, los intérpretes del corazon, los apóstoles del sentimiento, cantan como el pájaro, inconscientemente.

No desoigais á esos séres que traducen el trino de las aves, las armonías del bosque, el misterioso silencio nocturno, los suspiros de la brisa y la melancolía de un crepúsculo.

Atended á los que cantan los sueños de la vírgen, el ¡ay! del triste, la tímida queja del afligido, el santo perfume de una plegaria y la belleza de la virtud.

Amad al poeta: miéntras el filósofo levanta una punta del velo que cubre las miserias de la vida, el poeta tiende sobre ellas una capa de flores; porque es preciso confesar que la realidad suele ser muy fea, muy repugnante, y que es criminal el estoicismo del filósofo al arrancarle á la estatua de la verdad su crespon.

El escultor y el poeta crean; el filósofo y el escéptico destruyen.

Las ideas del escéptico, al hacer estúpido alarde de su pirronismo, son la mano de hielo que petrifica, que marchita cuanto toca.

La filosofía del escéptico os dice *duda;* la doctrina del poeta, *espera:* esto es más consolador.

Si, como dice Píndaro, «la vida es el sueño de una sombra», ¿qué importa vivir de sueños é ilusiones seductoras?

Arrebatar al alma las ilusiones, es más cruel que cortar las alas á una banda de golondrinas.

¿Por qué someter las cosas bellas á un frio análisis que nos desencanta, que nos hiela?

El botánico destruye la rosa al examinarla.

El poeta no le pide á la rosa más que el perfume; la contempla dominado por el sentimiento estético, goza de ella sin destrozarla, le tributa admiracion, amor, entusiasmo, y la respeta cual el egipcio á la flor del loto.

El astrónomo, fijo en su observatorio, quiere averiguar el número de las constelaciones y seguir la rotacion de los astros, ayudado de su telescopio; el poeta no tiene tal soberbia: se humilla ante los cuerpos celestes, y no les pide más que luz en sus lóbregas noches.

El naturalista con su escalpelo anatómico descompone el cuerpo de la luciérnaga, y reduce la preciosa mariposa á mísero esqueleto; el poeta sigue con las alas de la fantasía á la mariposa, canta sus bellos colores, su inconstante giro, y nos la presenta en el esplendor de la belleza.

El poeta es el fotógrafo de la creacion, el misionero enviado por la Providencia.

Un poeta y una mujer ateos me parecen tan imposible como la luz en el alma del réprobo.

No, mil veces no. El ateo puede ser gran versificador, mas no poeta.

El poeta ve á Dios con los inmateriales ojos del alma, la mujer con la fe de su entusiasta corazon.

El poeta, cual la mujer, cree, ama y espera; por eso canta la virtud.

La mujer es poeta, frecuentemente sin apercibirse de que lo es.

¿Por qué cuando brotan de sus labios tiernos acentos y suaves armonías, que vierte inconscientemente sin presuncion de ninguna especie, ha de ser censurada con tanto rigor?

¿Acaso es responsable el ruiseñor de sus trinos?

La mujer poeta es un ruiseñor sin alas, el ruiseñor del jardin de la vida.

Al poeta y la mujer les está fiado el secreto de embellecer la existencia.

La mujer y el poeta deben cumplir tan alta mision.

¡Gloria inmortal al poeta que canta la virtud!

¡Loor á la mujer que le inspira fe para cantarla!

CAPITULO VIII.

¡PLAZA Á LA MUJER!

El hombre, siempre egoista, en lugar de proteger al sexo que apellida débil, ha conspirado infamemente contra él.

No sólo le ha anatematizado cruelmente, sino que le ha usurpado las pocas ocupaciones que le quedaban para atender á las necesidades de su existencia.

El hombre ha despojado gradualmente á la mujer de los pocos medios con que contaba para defenderse de la miseria.

Es vergonzoso, criminal y humillante ver á un hombre en un almacen de modas, ocupándose en hacer apologías de las últimas, plegando y desplegando telas delicadísimas, que ofrecen en sus manos el terrible contraste que presenta á nuestra vista el raso y la estameña.

¿No es doloroso que el hombre, dotado de robusta naturaleza, de gran musculatura y de fuerza atlética, se apodere de pequeños trabajos, únicos

que puede desempeñar la mujer por su delicada contextura y su pobre organizacion física?

Es deplorable que un hombre gaste el vigor de su juventud en trenzar cabello, en peinar bucles y rizar sortijillas y tirabuzones.

Los peluqueros no debian existir.

¿Dónde está el sentido comun y la lógica del hombre?

A la mujer del pueblo le pide virtud y honradez, miéntras él la condena al hambre robándole descaradamente los medios de subsistencia.

Los modistos tampoco debieran existir: la aguja y el dedal son patrimonio de la mujer, como la espada es patrimonio del soldado.

Abusos tan incalificables no deben permitir los hombres de sana conciencia.

Estos y otros males podrian remediarlos las personas á quienes corresponde hacerlo, si no tuviesen el sistema de arrojar un manto sobre las llagas sociales, por no tomarse la pena de aplicar un bálsamo cicatrizador.

El hombre, en lugar de poner barreras al borde del abismo y puentes sobre los precipicios, hace que resbale la mujer por tortuosos caminos que conducen á la sima del mal, la lleva á lugares de corrupcion, alza ante su paso lazos infames, abre abismos y cloacas inmundas, y luégo, en vez de tenderle una mano cuando ella implora caridad, le arroja despiadadamente guijarros al rostro.

Cuando la mujer ve sobre sí el desprecio universal y la miseria más espantosa por haber come-

tido la primera culpa, cree que su completa degradacion es inevitable, que nada puede esperar de la sociedad, se arroja en brazos de la desesperacion, y ésta, que suele ser mala consejera, la dirige á su capricho, sepultándola en una cenagosa laguna, de la cual no puede salir jamás.

No rechaceis á la mujer que habeis hecho delinquir: protegedla, rehabilitadla, elevadla hasta vosotros, pues teneis sagrados deberes que cumplir con ella.

Si le habeis robado la honra, justo es que se la restituyais entregándole vuestro nombre.

Y vosotros, filósofos, moralistas, legisladores y gobernantes, cread plazas para la mujer, academias donde pueda instruirse, á fin de que desempeñe dignamente cargos que le proporcionen un honroso bienestar.

¡Que encuentre la mujer asilos donde pueda refugiarse, defendiéndose del hambre y salvando su honra!

Sólo así habreis contribuido al mejoramiento de la sociedad.

Por cada alma que salveis del naufragio social, Dios os colmará de infinitos dones.

Los dos sexos son iguales ante Dios, porque á los dos sexos los ha dotado de inteligencia: siendo iguales, contraen la misma responsabilidad ante Él; pero es preciso para esto que reciban los mismos grados de cultura.

¡Hombres, no querais por compañera de vuestra vida una esclava, porque tendrá todos los vi-

cios, todas las ignorancias y debilidades de su mísera condicion!

La esclavitud es humillante y envilece.

Si os empeñais en tratar á la mujer como criatura inferior á vosotros, ó se degradará aceptando ese trato, ó se provocará la rebelion al rechazarlo.

La planta nace, crece y se desarrolla con toda la libertad de su fuerza nativa, el irracional se mueve con todo el vigor de su sér, todo en la creacion tiende á la libertad, y no es justo que la mujer sea el único sér cuyo pensamiento se paralice, cuya voluntad se aniquile, y cuya inteligencia se eclipse porque el hombre la quiera doblegar.

La subordinacion completa de la mujer es un mal para vosotros, porque al perder la mujer la energía de carácter, su iniciativa y toda su fuerza moral, se convierte en un instrumento ciego que cualquiera puede manejar á su antojo.

Con tan bajo servilismo degradais á la mujer hasta lo último, pues pierde la conciencia de su propio valor y no se estima en nada.

Como un mentís á vuestras aseveraciones respecto á la inferioridod moral de la mujer, se alzan á cada paso mujeres superiores que nada os deben á vosotros, y que todo lo han conseguido por su inteligencia y aplicacion.

Si careciendo de medios para instruirse existen tantas mujeres notables por su ilustracion, ¿qué sería si poseyesen, cual vosotros, alcázares de la ciencia, templos de la sabiduría?

No cabe vacilacion alguna cuando se trate de afirmar que la mujer tiene derecho á las profesiones industriales y á las profesiones liberales: la mujer tiene conquistado un puesto en el mundo de la inteligencia, en las regiones del arte, en las esferas del pensamiento, en el banquete universal.

En otras naciones las mujeres desempeñan cargos distintos, que les permiten bastarse á sí mismas sin el apoyo del hombre.

La mujer española, especialmente en la clase media, que es la más triste condicion de la mujer, se ve obligada á unirse eternamente á un hombre que no ama, por temor al mísero porvenir que le ofrece el celibato.

Nada más inmoral que esos lazos formados por el cálculo; y es tan fuerte, sin embargo, el poder de la costumbre, que todos exclamamos con la firmeza de la conviccion: «La carrera de la mujer es el matrimonio».

¡Qué aberracion!

El matrimonio es un sacerdocio, para el cual se necesita verdadera vocacion, muchísima más que para pronunciar los votos religiosos.

¡Cuántas mujeres se casan sin que el corazon haya tomado la menor parte al formar tan séria resolucion!

Si nuestras mujeres en su mayor número son virtuosas, se debe á la altivez indomable que caracteriza á la mujer española, á ese sentimiento de dignidad que le hace avergonzarse ante sí misma por la más leve falta, á ese orgullo que no le per-

mite bajarse una línea del pedestal de su honra, á esa severidad de conciencia que es su inflexible fiscal.

Pero ¡cuántas que no tienen abrigada el alma por un sentimiento tierno, y que han doblado la cerviz al himeneo por *conveniencia,* vegetan moralmente en una atmósfera helada y son víctimas del aburrimiento!

¡Cuántas fomentan su vanidad ó dan paso á pequeños caprichos por defenderse de alguna pasion, por ocupar en algo su incierto pensamiento, por dar vida á la fantasía, ya que el corazon está dormido en un letárgico sueño!

¡Cuántas arruinan á sus maridos para entregarse vorazmente al lujo, por no tener otro placer, y quedan satisfechas creyendo que su único deber consiste en guardar una fidelidad material!

Hay mujeres que unidas á un hombre, que no les es simpático, se escudan en su virtud y se permiten lucir todos los defectos de una mala educacion y los vicios de un carácter irascible con un sinnúmero de inconveniencias y groserías, creyendo todavía que el marido debe guardarles gratitud porque le conservan la honra.

¡Qué fidelidad tan poco delicada!

¡Cuán poco debe satisfacer á un hombre de sentimientos elevados!

Miéntras la mujer soltera no pueda crearse una posicion, rara vez sabrá el hombre, al conducir á su novia al altar, si la guia el amor ó el cálculo.

Por esta consideracion el hombre debe estar in-

teresado en que la mujer adquiera abundantes medios para defenderse de la miseria.

Un frances conocido como gran escritor manifiesta claramente la parte activa que las mujeres de su país toman en la vida pública, desempeñando varios destinos, poniéndose al frente de grandes establecimientos, y compartiendo con el hombre las tareas intelectuales. Despues añade: «Al nacer un príncipe en el Brasil y al casarse una rica heredera en los Estados Unidos, se pide á la Francia el *trousseau* y la canastilla: el mundo entero es nuestro tributario. Y este tributo ¿quién lo ha impuesto al mundo? Las mujeres. Paris las encierra á millares, oscuras ó célebres, ricas ó pobres, que dotadas de esa inexplicable cualidad, metamorfosean bajo sus dedos de hadas el oro, la seda y las flores, atrayendo cada una de ellas muchísimos millones á nuestras ciudades. Más de cuatro, árbitras de la moda de hoy, y verdaderas artistas por su gracia é invencion, empezaron su carrera en una parada, y han terminado por crearse una fortuna».

Analícense las causas que conducen á la mujer al abismo de la corrupcion. Dos son realmente: el hambre ó la perversidad del hombre.

Protéjase á la mujer, proporciónensele medios de atender á su subsistencia, y se remediarán muchas miserias sociales.

La mujer no se arrastra por el lodo sin sostener una fuerte lucha consigo misma, y hasta haber sido vencida por el desaliento.

La mujer, que en general tiene instintos deli-

cados y muy desarrollado el sentimiento de lo bello, no se envilece por el placer de envilecerse: se degrada, víctima de la desesperacion, cuando la humanidad no le ofrece un faro salvador.

En la mujer es innato el pudor: cuando éste le falta, está muerta moralmente; su vida es una vida artificial, la vida que presta el galvanismo á un cadáver.

CAPITULO IX.

EL ENEMIGO DEL HOGAR.

¡Padres y maridos, á vosotros nos dirigimos! Queremos haceros conocer al enemigo de la dicha conyugal, al enemigo de la paz doméstica, al asesino de la alegría de la familia, al verdugo de la tranquilidad de vuestras hijas, al ladron de la honra de vuestras mujeres.

No son las *soirées,* los bailes, paseos y teatros los enemigos que teneis que combatir; hay otro más formidable, más peligroso que éstos todavía, pero mucho más peligroso, no os quepa duda alguna.

Más peligroso, porque no le conoceis, porque se introduce en vuestro hogar, ligero cual una sombra y aéreo cual un vapor, porque es intangible, incorpóreo é invisible.

¿Sabeis cuál es el formidable enemigo del hogar, el terrible adversario y el espantoso antagonista que trastorna el órden y las buenas costumbres de las compañeras de vuestra existencia?

El tedio.

El tedio envenena la vida de la mujer, el tedio le hace insoportable la existencia, el tedio le hace acre el carácter, convirtiéndole la poca miel de la vida en hiel.

El tedio roe el alma como el moho roe al hierro.

El tedio marchita las bellas ideas, mata los buenos sentimientos, apaga el entusiasmo y la generosidad, y pone á la esperanza una lápida sepulcral.

El tedio puede compararse á una espada candente destrozando el corazon, al buitre de Prometeo, á una fiebre maligna, para la cual no hay remedios en la farmacopea.

El tedio es hermano del aburrimiento, hijo del hastío y padre de la desesperacion.

Cuando la mujer no tiene ocupaciones que la ocupen y trabajos que hagan trabajar su inteligencia; cuando su vida está encadenada á la rutina, á lo vulgar y lo pequeño, se exalta su fantasía (bien sabeis que es volcánica la fantasía de la mujer), y entónces se alimenta de excentricidades, de caprichos ridículos, de ideas vanas, de imposibles y hasta de sueños peligrosos.

El tedio conduce al abismo de la corrupcion más fácilmente que las novelas inmorales.

Hombres, evitad el ocio de la mujer; por más que os parezca una paradoja, os afirmo que el ocio de la mujer es muy creador; nunca se mueve tanto una mujer como cuando está parada; la vida sedentaria le hace desplegar una actividad tal vez nociva: *il far niente é causa del far tutto.*

Os repetirémos un aforismo muy antiguo, que no pierde nunca su valor por ser muy verídico: «La ociosidad es madre de todos los vicios».

La ociosidad de la mujer es muy perjudicial á todos, especialmente á los maridos: por romper una mujer ociosa la monotonía de su vida, se suele postrar en altares que ella alza para ofrecer holocaustos á la frivolidad y las míseras vanidades sociales, con detrimento de los intereses de la familia.

No os asombre lo que dejamos manifestado: podemos probar á la faz del mundo que el Cristianismo, lumbrera religiosa, antorcha divina, aurora refulgente que ha esparcido sus vívidos resplandores doquiera ha penetrado, sumiendo el error en la oscura noche de los tiempos, para derramar la verdad por los ámbitos de los espacios que domina, no ha sepultado todos los falsos dioses en el olvido.

Hoy existe una caprichosa deidad, á la que se rinde un culto respetuoso: su secta cuenta con innumerables prosélitos, con secuaces infinitos.

Mucho os sorprenderá nuestro aserto, mas esperamos demostraros en breve la veracidad de él.

Es innegable que han caido para no levantarse jamás aquellos ídolos informes á quienes por tanto tiempo sacrificaron víctimas humanas; es cierto que hasta la cronología intenta borrar de sus páginas, por no verlas manchadas, aquella época de politeismo en que los vicios y las pasiones fueron divinizados; es exacto que Leda, Céres, Diana y Proserpina han perdido su imperio, pero no lo es ménos

que existe actualmente una diosa, cuya poderosa influencia se deja sentir por todas partes donde mora la civilizacion.

¿Sabeis quién es la despótica innovadora que avasalla gustos y opiniones?

La Moda.

Su sacerdotisa, la mujer.

A ésta subyuga principalmente, á ésta impone tiránicas leyes que la esclavizan física y moralmente.

Hay una clase de mujeres (las ociosas) para las cuales la moda es el oráculo que en los tiempos gentílicos leia la jóven Pitia sobre el trípode en el templo de Délfos. Todo lo sacrifican á la moda, porque si no obedecen sus mandatos ciegamente, sin dilucidacion de ninguna especie, la moda les impone un castigo severo; terrible castigo que no pueden soportar en su frivolidad, y que como su sombra las persigue: el ridículo.

Entre mujeres de esta especie, la denigracion mayor es no vestir segun las prescripciones del último figurin, y la que no se presenta con arreglo á éste en las frívolas reuniones que ellas componen, es la befa, el escarnio, el ludibrio de esa sociedad que tiene por Dios, por lema y por altar, la moda.

Es triste que rindan un culto idólatra á quien tan poco vale, á quien no le merece; es doloroso que, arrastradas por su impetuosa corriente, olviden lo *más* por entregarse á lo *ménos;* es verdaderamente deplorable haber dejado adivinar que su ilusion más bella es un traje, que sus anhelos constan-

tes son obtener el que no poseen, que sus sueños de oro son un aderezo de esmeraldas, y que cifran su dicha en despertar admiracion con el deslumbrador atavío en que se envuelven.

Esa admiracion que quieren conquistar por tan malos medios, es humo fugaz, fuego fatuo, ráfaga pasajera que nada deja tras sí.

Es más grande la mujer que posee el secreto de embellecer el hogar, constituyendo éste en su primer deber, que la que conoce el arte de encantar un salon, despertando hácia sí la envidia. Esta mujer brilla cual el diamante con sus soberbias facetas, á la par que la otra no irradia más que el tenue resplandor de la perla; pero la belleza de la primera es eterna, y la de la segunda efímera.

Son tan fútiles las mujeres que posponen todo al ídolo moda, que en sus conversaciones sólo saben ocuparse de una falda de encaje, de un sombrero de tul ó un albornoz de raso.

Por eso causa hastío conversar con ellas, y sus maridos, no encontrando amena conversacion en el hogar, la buscan fuera de él.

De esas mujeres frívolas se ha dicho que viven prendidas á la vida como un adorno.

Las apellidan perchas donde el lujo cuelga sus fugitivas innovaciones, aparadores donde el comerciante exhibe sus telas, joyeros de barro en los cuales exponen oropeles, y jarrones donde se ofrecen al público finas rosas de linon y alambre.

Los trajes de esas mujeres dividen su existencia en eras y egiras, y por eso es muy comun oir-

les decir: «Sucedió tal acontecimiento el dia que estrené el vestido terciopelo gris; tuvo lugar tal extraño suceso el dia que compré la mantilla de encaje; me fué presentado Fulano la noche que recibí vestida de blanco; fué á visitarme Zutano la tarde que estrené mi bata azul de raso».

Afirma un escritor frances que la *toilette* de una dama cual la que presentamos en estas líneas, exige una paleta bien surtida y abundantes pinceles para pintarse las cejas y las pestañas, para prolongar los ojos por medio de una línea negra, y para dar al rostro una interesante palidez.

Añade el mismo escritor que la susodicha dama es á un mismo tiempo *retratista, original* y *retrato*.

Se verificó un baile, al cual tuvimos que asistir por compromiso, y sucedió lo que vamos á referiros: hallábase á nuestro lado una jóven, cuyo nombre no recordamos, y le presentaron un caballero de aspecto distinguido y noble apostura; éste habló largo rato con la elegante jóven, y al separarse de ella, le preguntó un amigo nuestro:

—¿Qué le ha parecido á usted la hermosa señorita que acaba de conocer?

—No puedo dar á usted mi opinion,—contestó irónicamente el interpelado:—cuando vea su cara desnuda podré saber si es fea ó bella; hoy no sé si es un mal cuadro de la naturaleza, retocado, corregido ó restaurado por un hábil pintor.

Si estas mujeres supiesen pensar, no se embadurnarian el rostro, y calcularian que en medio de

un brillante círculo de mujeres que ostentan ricas piedras y costosos trajes, la que aparece sencilla y modesta cautiva la atencion general y se lleva las simpatías de todos.

Si estas mujeres leyesen, es fácil se hubieran corregido al observar lo que dice Alfonso Karr respecto á sus peinados: «Al llegar á un salon una mujer, todas las baterías femeninas se dirigen á las cabezas de sus rivales; se asemejan á los combatientes que procuran descubrir de antemano el flaco de las armaduras de sus adversarios. Cada pieza del peinado es, en efecto, un arma ofensiva y defensiva, ofensiva contra los hombres, defensiva contra las mujeres».

Es triste inspiren tales frases; es una desgracia ser marido de una mujer dominada por un inconmensurable amor á las galas, por una inmoderada aficion al lujo, que revela alma vulgar, fria y pequeña, corazon seco y entendimiento limitado.

Si el hombre, léjos de alejar á la mujer de la instruccion, se la hiciese amar, algunos maridos no hubiesen visto arruinados sus capitales.

La época de corrupcion del imperio romano se debió á las desordenadas costumbres de la mujer, á su desmesurada ambicion de riquezas, al ardiente anhelo de ser proclamada reina de la hermosura en las fiestas del circo ó de los paseantes de la vía Appia, lugar donde se exhibia la elegancia romana.

Era humillante para ellas mismas la importancia que daban al tocador las damas romanas en la

época á que nos referimos, lo que prueba que siempre han existido mujeres frívolas, porque el hombre ha descuidado cultivarles la inteligencia.

Cuando se hallaban las romanas confeccionándose la *toilette* (como hoy decimos), no permitian ser interrumpidas ni para los asuntos más delicados é importantes; las esclavas destinadas al peinado debatian grandemente acerca de la manera de ordenar y distribuir los cabellos.

Hoy nuestras damas disertan sobre el modo de llevar la cabellera más enmarañada, y ostentarla prendida á la *negligé,* como ellas dicen.

Hoy los peinados sencillos ofrecen más confusion que la torre de Babel.

Parece increible que las señoras de la capital del mundo antiguo se colocasen ante un espejo de bruñida plata y permaneciesen dos ó tres horas en la misma actitud, miéntras les sujetaban los rizos con alfileres de oro, cintas de púrpura y sartas de perlas.

Despues se ponian la túnica con botones y clavos de diamantes, llamada *laticlave,* se colocaban la toga talar, cuya cola se cogia coquetamente con el brazo izquierdo, formando graciosos y artísticos pliegues, que descubrian el pié encerrado en un ligero calzado llamado sicionio.

Añádanse los ricos perfumes, caras drogas y costosos aderezos, y se formará una idea acerca de los millones de sextercios que se consumian en el lujo del bello sexo.

Por eso no nos extraña que Tertuliano anate-

matizara severamente las costumbres de su tiempo, y que San Gregorio de Niza atacara fuertemente la volubilidad de la mujer para el fastuoso atavío.

¡Cuánto más encantadora será la mujer el dia que abandone ese lujo dispendioso, y no se permita otro que el del ingenio y la frase!

Esto, al hombre toca hacérselo comprender.

Por las mujeres frívolas es insultado el sexo, pues los dicterios y sátiras que se les han dirigido han caido sobre todas.

Un grande hombre, haciendo brillar su claro ingenio, ha dicho: «Rara es la mujer que se pierde, que no se la pueda encontrar bajo los pliegues fastuosos de un traje de última moda».

¡Horrible anatema! ¡Padron ignominioso!

Si la mujer emplease el tiempo que gasta en estudiar el arte de agradar, en aprender el arte de pensar con cordura, sería más dichosa.

La coqueta, y muchas que no lo son, creen que su única mision en la tierra es agradar; éste es un absurdo que debe destruirse.

No hay error que pueda ser útil, ni verdad que pueda dañar.

La mision de la mujer es fortalecer las almas debilitadas, cicatrizar las heridas del corazon, verter una gota de esencia en el cáliz del dolor cuando el infortunio abruma al hombre; volar adonde more el infortunio, olvidándose de sí misma para consagrarse al desvalido y al indigente; ofrecer la vida cuando la caridad lo ordena, arrostrar la muer-

ta cuando lo exige el deber, sin retroceder ante el peligro, los cataclismos y epidemias.

Esta es la mision de la mujer; para cumplirla bien, necesita ser ilustrada.

¿Qué será del inmenso páramo llamado mundo, cubierto siempre de abrojos y espinas, si la mujer no hace brotar una flor, si no perfuma el ambiente que en él se respira?

Siendo la vida un paréntesis entre dos lágrimas, la mujer debe ser el paño que las enjugue. Nuestro destino es hacer dulces y serenas las amargas horas de la existencia.

Los que no busquen en la mujer sentimientos puros, levantadas afecciones, resignacion ante la desgracia, olvido ante la injuria, tierna solicitud con el enfermo y abnegacion ilimitada, pidiendo solamente esbeltez en el talle y ardor en la mirada; son séres mezquinos que todo lo conceden á la grosera materia, que es lo que adoran.

No se pregunte á tales séres si tienen religion, si tienen familia, si han amado santamente alguna vez.

No condenamos cual rígidas censoras el que se atavíe la mujer segun las reglas del buen gusto, no la excitamos á que vista tosco sayo de estameña; nuestro objeto es hacerle presente que domine su pasion al lujo, que ajuste prudentemente sus gastos á su fortuna, que no rinda un culto tan ciego á ese ídolo llamado moda, porque la moda con sus ridículos caprichos desfigura á la mujer, arrebatándole algunos encantos.

A la mujer que consagra algun tiempo al estudio, se le desarrolla en el alma el sentimiento de lo bello, comprende el arte y se presenta sin copiar á nadie con una sencillez elegante hija de la distincion.

¡Cuán bello es que despues de haber llenado una mujer cumplidamente sus deberes domésticos, consagre los ratos de solaz al cultivo de las nobles artes!

La ilustracion eleva y ennoblece.

Hay tres clases de ignorancia: no saber nada, saber mal lo que se sabe, y saber lo contrario de lo que debiera saberse; todas tres son muy perjudiciales y conviene destruirlas.

Una mujer ignorante es frívola y crédula; tiene la ligereza y frivolidad que caracteriza á la infancia, con la independencia de un sér á quien se atribuye bastante criterio para suprimirle toda tutela en atencion á sus años.

Hay todavía quien cree que la ignorancia, que tan graves consecuencias acarrea, es una salvaguardia de la mujer.

La mujer ignorante está sentenciada á tropezar frecuentemente, porque no conoce los escollos del mundo.

La mujer ignorante no tiene más guía que el instinto, no sabe ejercer la autoridad necesaria en circunstancias de la vida.

La mujer ignorante es un sér débil é indefenso; sin ideas, sin carácter, sin resolucion y sin iniciativa.

Una gran escritora francesa (1) dice:

«La mujer ignorante se abandonará á sus inclinaciones, que si son malas pudieran haber sido combatidas por las luces del espíritu: sus acciones estarán sometidas á la influencia de sus pasiones, que no encontrarán contrapeso alguno en su inteligencia por no haberse cultivado ésta, y en tal estado será vanidosa, ridícula, envidiosa é insoportable sin remordimientos; pues su inteligencia limitada, ó por mejor decir atrofiada, no le permitirá darse cuenta de sus actos.»

¡No desalenteis á la mujer que quiera ilustrarse; facilitadle los medios necesarios!

Rebajar á la mujer es rebajaros: al despreciarla os envileceis.

Si algunos insensatos se oponen á que la mujer se instruya y la declaran inepta para adquirir la ilustracion que le falta, otros hombres sabios y generosos han dicho que por la educacion de las mujeres debe empezar la de los hombres; que educar un hombre es formar un individuo que nada deja tras sí, miéntras que educar una mujer es formar las generaciones futuras.

Un hombre de sentimientos muy mezquinos (quiero tener la generosidad de ocultar su nombre) ha dicho, manifestando el más grosero de los egoísmos:

«Creo con Molière que no es prudente instruir

(1) Mlle. Emmeline Raymond, dans ses «Lettres d'une Marraine à sa filleule».

mucho á ese sexo malicioso é inquieto. Manteniendo á la mujer en la ignorancia le damos todos los vicios, pero tambien toda la debilidad de la esclava, y nuestro imperio queda asegurado. Si educamos esas almas ardientes, si las inflamamos en el amor de la verdad, ¿quién sabe si pronto se avergonzarán de la estupidez y brutalidad de sus señores?

»¡Guardemos el saber para nosotros solos; esto es lo que nos diviniza!»

Observad en cambio qué delicadeza se encuentra en estas líneas de Víctor Cousin. Dice este gran escritor:

«El hombre y la mujer tienen la misma alma, el mismo destino moral; la misma cuenta se les pedirá de sus facultades, y es una barbarie en el hombre y un oprobio en la mujer, degradar los dones que Dios les ha dado.

»Las mujeres deben conocer la religion que siguen, para que obren como séres inteligentes y libres.

»Siendo la mujer compañera del hombre, es una iniquidad prohibirle los conocimientos que le permiten entrar en relacion espiritual con el que debe partir su destino y amortiguar los sufrimientos de la vida. Dejemos á la mujer cultivar su alma por toda clase de bellos conocimientos y nobles estudios, miéntras sea inviolablemente guardada la ley suprema de su sexo, el pudor.»

Padres y maridos, instruid á vuestras mujeres: creedlo, cuanto más se ocupe la mujer de las cosas

grandes y elevadas, más abominará las pequeñas é indignas.

Os preguntamos con la inspirada poetisa catalana Josefa Masanés:

¿Es acaso incompatible
coser y raciocinar?

Seguramente que no: los trabajos de la mujer son generalmente mecánicos, materiales y rutinarios; dejan al pensamiento libre, y éste, si no está bien encauzado, suele penetrar en sendas tortuosas, en el inmenso piélago de los sueños, donde seguramente naufraga por carecer de faro, brújula y timon.

Cuando la imaginacion no está guiada por la razon, suele extraviarse en un dédalo de falsas ideas.

Tened presente ante todo que en un corazon calcinado por el tedio no pueden brotar delicadas flores de bellos matices y perfume seductor.

¡Evitad el tedio de la mujer; si no lo haceis, sereis responsables de su conducta!

Dejadla estudiar y meditar; no coarteis sus buenas inspiraciones.

A la mujer le perdonais los devaneos, el lujo inmoderado, las futilidades, todo, ménos la cultura del espíritu.

Triste, tristísimo es que permitais á la mujer caminar por todas partes, y que le priveis únicamente penetrar en el templo de Minerva.

Los Hipócrates modernos se ocupan en combatir la tísis pulmonar, la tísis laríngea, la tísis galopante y otras várias; mas ¿quién se ocupa de la tísis del alma, llamada tedio?

Un remedio existe para esta tísis moral: el trabajo de la inteligencia.

El tedio es una tísis moral, que puede curarse con la actividad, la variedad de las ocupaciones del espíritu, y el movimiento de las ideas.

¡Padres y maridos, ya conoceis los eficaces remedios para curar la enfermedad innata, endémica, en el corazon de la mujer ociosa!

Aplicad oportunamente los remedios indicados para sofocar tan contagiosa y terrible enfermedad, y el ángel de la felicidad batirá sus sonrosadas alas sobre vuestras frentes.

CAPITULO X.

NO HAY SEXO DÉBIL.

Acepta nuestro sexo el renombre de tierno y piadoso, pero no puede aceptar el que le apellideis *débil*.

El error ha sido siempre la onerosa carga que ha gravitado sobre la pobre humanidad, y el hombre continúa siendo víctima del error, al juzgar á la mujer; á la mujer, que es la parte más considerable de la sociedad y la ménos considerada.

Denominar débil á la mujer en nuestra nueva era es un anacronismo: pudiérase admitir este injurioso dictado en aquellas épocas en que la fuerza bruta era el todo; en aquellas épocas de piedra, en aquel siglo de hierro, en que se concedia el imperio de la razon al que ostentaba colosales fuerzas; mas hoy quedan abolidos los derechos del fuerte, para dar paso á los derechos del que tiene razon. Guiadas por la clara antorcha de la razon, nos alistamos en las filas de la justicia, enarbolando la bandera de la verdad, para pedir lo que legítimamente nos pertenece, no tolerando ser clasificadas á vuestro

antojo, que obedece al egoísmo, móvil siempre de vuestras acciones.

El hombre ha demostrado constantemente una tendencia ruin: el deseo mezquino de rebajar á la mujer, convirtiéndola en sér pasivo, en maniquí, en criatura nula y ciega, incapaz de caminar al lado suyo por los mundos elevados de la ilustracion y la inteligencia.

El hombre ha querido ciega á su compañera, para que no le viese caminar por sendas cubiertas de fango vil: la ha querido sin criterio para que no le pidiera cuenta de su conducta ligera y para subyugarla sin razonamiento de ninguna especie ante las despóticas leyes de su caprichosa fantasía: ha comprendido el hombre que, al suavizarse las costumbres, el cetro del mundo pertenece á los reyes de la inteligencia, y para doblegar á su compañera, sometiéndola á un ominoso yugo y á una postracion moral muy lamentable, ha mutilado sus facultades intelectuales y la ha sepultado en las tinieblas, sumiéndola en la más oscura ignorancia, para que se estrellara indefensa y sola en los escollos de la vida. Sola, repito; la ha dejado sola, porque la ignorancia es la orfandad del alma, y la orfandad del alma es una soledad moral muy desconsoladora.

El hombre quiere débil á la mujer para ejercer en su hogar un predominio tiránico que le permita calmar, ya que no extinguir, la ardiente sed que siente de una dominacion más vasta sobre el Universo.

El hombre quiere débil á la mujer para hacerla su juguete, para explotar su debilidad, permítasenos esta frase que se escapa á nuestra indignacion y que repugna á nuestra delicadeza, frase que no borramos por no encontrar otra más gráfica para lo que queremos expresar.

Hay hombres que desean débil á la mujer, y otros que afirman no existe la mujer fuerte: éstos son pedantes y aturdidos; aquéllos, insensatos y poco delicados.

Decidnos los primeros: aunque triunfaran vuestras groseras pasiones de la debilidad de la mujer, despues de satisfechas éstas, ¿puede conveniros un sér que no tenga resolucion, ideas fijas, decision y constancia?

No, no es conveniente un sér así: la sana razon, la cordura lo dicta, y hasta el positivismo, que es vuestro dios, lo publica á grandes voces.

¿Cómo ha de dirigir la educacion de sus hijos y el órden doméstico una mujer sin carácter?

Es absurdo que deseeis débil á la mujer: vuestra tenaz obcecacion os hace conspirar contra vuestros propios intereses.

A los que no conoceis la mujer fuerte podemos contestaros con poderosos argumentos que derrocarán el edificio de vuestras falsas ideas.

Decidnos: si tan débil es la mujer, si todas lo son, ¿por qué les entregais vuestro nombre sin mancha? ¿Por qué les fiais el cuidado de guardar vuestra honra?

Si no hay mujeres difíciles, si no hay mujeres

dignas, os estimais en muy poco al uniros á ellas en eternos lazos. Los hombres casados están en mayoría; por consiguiente, no habiendo mujeres virtuosas, sois más miserables que ellas, al hacerlas compañeras de vuestra vida.

¡Hombres aturdidos, cuando negais la virtud de la mujer, pensad en vuestra madre y en vuestra hermana!

Los que denominais fácil á la mujer, es porque habeis tratado mujeres que valian muy poco; no conoceis del sexo más que la *escoria*. No conoceis á las mujeres fuertes, porque ocultan las luchas del alma bajo un velo de indiferencia y frialdad.

La mujer, á pesar de tener corazon de fuego, ardiente fantasía y volcánica imaginacion, se doblega ante el frio sentimiento del deber y le rinde respetuoso culto.

Hay mujeres que, abrasadas en una pasion ilícita y con el corazon hecho trizas, se defienden cual el guerrero envuelto en su propia sangre. ¿Creeis que estas mujeres son ménos fuertes? Estais en un error: cuanto mayor es la lucha, más gloriosa es la victoria.

Si la mujer abrasada por la fiebre del alma muere sin haberse rendido, no la apellideis *débil;* sus fuerzas físicas habrán sucumbido, pero sin sufrir derrota alguna sus fuerzas morales.

La mujer lo pospone todo ante su dignidad.

En el raro caso de que no hubiese mujeres honradas por virtud, las habria por altivez, esto es exacto: observad que lo asegura una mujer.

La mujer no es débil; si alguna os dice que lo es, no la creais: hay mujeres que quieren cubrir sus extravíos con la capa de la debilidad, mujeres que se dejan arrastrar al abismo de la perdicion, porque el vicio las atrae, porque necesitan vivir en una atmósfera de corrupcion muy en armonía con sus costumbres depravadas.

Afortunadamente, éstas son rarísimas excepciones que no existirian si el hombre fuese bueno.

La mujer virtuosa es fuerte, está protegida por el escudo de su virtud, se halla envuelta en el arnes de su decoro, y á esta mujer honrada y digna no alcanzan las tentativas de los libertinos.

Hay mujeres que se imponen con la pureza de la mirada: ante su angelical mirada caen los pensamientos impuros, cual murallas de hielo deshechas por sacro fuego.

Algunos hombres impugnan á la mujer, no por conviccion, mas sí por lucir frases brillantes que lisonjean el amor propio del que las concibe.

Un poeta inglés, haciendo alarde de ingenio á expensas de la verdad, exclamó:

«Fragilidad, tu nombre es femenino.»

Y sátiras semejantes han dirigido muchos filósofos al sexo que debieran respetar.

Considerad á la mujer bajo cualquier aspecto, y la encontrareis fuerte y valerosa.

La mujer es igual al hombre en fuerza moral.

Abrid las páginas de la historia y encontrareis mujeres enérgicas, espíritus viriles, cuyas hazañas os harán comprender que el talento de los gran-

des generales no es patrimonio exclusivo del sexo dominador: observad que el heroísmo es comun á los dos sexos, porque el heroísmo es hijo del entusiasmo, cual lo son todas las grandes acciones, y el entusiasmo tiene su cuna en el alma. El heroísmo, el genio y el alma, no tienen edad ni sexo.

El entusiasmo es como el amor, lo más divino del corazon del hombre; el entusiasmo es la elevacion del alma, el placer de exponerse á la muerte por abnegacion, cuando nuestra naturaleza nos llama á la vida; el entusiasmo por la patria conduce al hombre con el rostro sereno al peligro; el entusiasmo alienta en los momentos de dolor; el entusiasmo guia el pincel del artista y la pluma del poeta; el entusiasmo embriaga el corazon de dicha, y aunque la felicidad haya huido, deja una brillante estela que nos ilumina constantemente.

Las mujeres han tenido su epopeya cual los hombres: si existió un Pelayo, Temístocles, Alejandro, Scévola, Bayardo, un Cid y otros muchos, contamos con una Semíramis, Artemisa, Juana de Monford, María la Valiente, Agustina de Aragon, María Pacheco, Carlota Corday, Juana de Flándes, hija del conde de Nevers, la interesante é inspirada Juana de Arco, que fué víctima de la más cruel ingratitud.

Hombres, tened presente que no os disputamos la fuerza física, pero nos declaramos en fuerza moral iguales á vosotros.

Si habeis gobernado naciones, podemos citaros muchísimas mujeres que han regido pueblos con

admirable acierto. Alisia de Champaña, reina de Francia, esposa de Luis VII y madre de Felipe Augusto, gobernó la nacion durante la expedicion de su hijo á Tierra Santa. La hija de Jacobo II, rey de Inglaterra, reinó á la muerte del rey Guillermo, y su reinado fué muy glorioso. Ana Fernández se señaló con heroicas acciones en el cerco que los turcos pusieron á Diu, fortaleza que los portugueses poseian en el reino de Cambaya. Saliendo un dia á visitar el baluarte por donde los enemigos intentaban abrir la brecha, halló muerto á su hijo de diez y ocho años de edad, le cogió en sus brazos, y despues de besarle tiernamente, volvió al combate con el más extraordinario denuedo. Berenguela, hija de Fernando IV, conde de Barcelona, casada con Alfonso VII de Leon en 1128, fué célebre por el valor con que sostuvo el cerco de Toledo contra los moros. Viéndose estrechada, subió sobre la muralla y dijo con energía á los enemigos: «Mala fazaña faceis con una mujer; id á defender á Orega, que asedia mi marido con numeroso ejército». Los moros, no ménos galantes que bravos, admiraron su fria impavidez y levantaron el sitio. A Isabel la Católica se debe la conquista de Granada, como á Sancha de Valenzuela la defensa de Baeza.

Es muy célebre Catalina de Rusia por su talento gubernativo y firmeza de carácter.

Ninguna reina mereció tan en alto grado las simpatías de su pueblo como María Teresa de Austria. Su fama se extendió por todo el mundo, se

hizo completamente popular, pues lo mismo la adoraban los magnates que los campesinos.

No es preciso remontarnos á tan lejanas épocas, para admirar notables mujeres que han tenido en sus delicadas manos las riendas del gobierno.

Nuestra querida reina Isabel II ha gobernado la nacion española en épocas de gran efervescencia política, y ha dejado un recuerdo indeleble de su grandeza de alma y generosos sentimientos, de su valor y patriotismo. El dolor encontraba siempre eco en su noble corazon; de sus labios brotaban siempre frases de ternura y de perdon.

Quereis despojar á la mujer de su energía, mas vuestro intento es vano: la época del fervor religioso nos presenta tipos tan notables como Prisca alentando á su hija Valeria á sufrir la muerte, ántes que entregar su mano á un gentil. No es ménos admirable Athia, exhortando á su hijo Eleuterio á que buscase el martirio, por la predicacion de la fe, y acompañándole en su apostólica mision hasta sufrir ambos la muerte.

Flaccila, dirigiendo el corazon de su marido el gran Teodosio, aparece simpática y conmovedora. El triunfo definitivo del Cristianismo se debió á la piadosa Elena, madre de Constantino, y á otras piadosas mujeres que se distinguieron en los fastos del Cristianismo.

Lo repetimos mil veces: el alma no tiene sexo.

Entre las mujeres célebres de hoy podemos citar algunos nombres que todos respetan.

Leed detenidamente los eruditos escritos de

Concepcion Arenal, y convendreis conmigo en que la Arenal es nuestro Pascal español, un nuevo Caton, un gran pensador, con el cual puede honrarse el siglo XIX.

Pocas personas desconocen el glorioso nombre de Fernan Caballero, la gran cantora de las costumbres populares, y el ilustre nombre de Patrocinio de Biedma, que escribe tan admirablemente un poema épico, como una novela filosófica.

No há mucho tiempo contábamos en el Parnaso español, ocupando un primer puesto, á la inmortal Avellaneda, á la célebre mujer apellidada eminente poeta por Ferrer del Rio, título que mereció dicha señora, pues la Avellaneda era un Hércules de la inteligencia.

Admirad con nosotros á la bella Leopolda Gassó, saludad en ella á la inspiracion que la ilumina cuando toma la pluma y el pincel, pues descuella en las letras y en la pintura.

Y si todavía quereis dirigir una mirada rápida en torno de nuestras mujeres célebres, trasladad vuestro pensamiento á las Antillas, y encontrareis á Matilde Troncoso estudiando las pasiones que agitan el corazon humano, y revelando sus aprovechados estudios en magníficas novelas de enseñanza moral. Escuchad en alas de la brisa los tiernos cantos de nuestra dulce cubana; si la eminente Carolina Coronado heredó la lira de Saffo, Matilde Troncoso está llamada á heredar la lira de Carolina.

Supongo no dudareis ya que la mujer es fuerte por la virtud, poeta y artista por el sentimiento.

Nadie puede negarle sus títulos de soberanía en la esfera de la sensibilidad; nadie puede apellidarla débil á pesar de su ternura.

Vale mucho la ternura de la mujer, pero muchísimo más el que sepa defenderse á tiempo de un acceso de ella, cual sabe hacerlo.

Deseamos comprendais el espíritu que nos anima al escribir este libro: queremos revelaros que moralmente se halla la mujer á vuestra altura; queremos nuestra emancipacion, pero únicamente en las esferas de la inteligencia; queremos á la mujer elevada á los mundos de la ilustracion; la queremos ante todo madre, y no lo dudeis, será buena esposa y buena madre, si recibe una ilustracion que le rasgue la venda fatal de la ignorancia, el error y la supersticion.

La mujer será todo lo que quiera ser si la animais vosotros; ya sabeis que es fuerte á pesar de su débil contextura: seguidla en los campos de batalla, desafiando los elementos, curando malignas epidemias sin temor al contagio, y disputándole á la parca cuantas víctimas puede, sin conmoverse al silbido de las balas y al estridente estampido del cañon; seguidla donde os decimos, y la declarareis fuerte cual la declaramos.

Poco vale que algunos hayan dicho: «La mujer está rendida desde que oye con paciencia una declaracion de amor».

Nada suponen las sutilezas y sofismas de los que han exclamado: «Las mujeres no caen porque son débiles, sino porque se consideran fuertes».

¿No os parece bastante fuerte la mujer que domina sus pasiones, sin poseer un helado criterio cual vosotros?

La mujer es héroe por el corazon.

¡No apellideis débil á la mujer, si no quereis que patentice vuestra debilidad!

¿Quién conoce vuestras debilidades mejor que la mujer?

¡Hombres, no lo dudeis, en ambos sexos será siempre el más fuerte aquel que sea más virtuoso!

CAPITULO XI.

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO.

El ateísmo es la ceguera del corazon; el fanatismo la ceguera de la inteligencia.

Felizmente el escepticismo rara vez se alberga en el corazon de la mujer, y muchísimo ménos en el corazon de la mujer española.

La incredulidad es una atmósfera helada, bajo la cual no podria respirar el corazon de la mujer.

El alma de la mujer se halla fortalecida por la fe y la esperanza: la fe y la esperanza son el faro que ilumina sus oscuras noches de amargura; la fe y la esperanza son la tabla salvadora que en las tempestades de la vida le permite llegar á la playa.

Sin la fe y la esperanza, sin estas dos columnas que sostienen todos los edificios que la imaginacion de la mujer crea, su vida no tendria el menor encanto, moriria lentamente por el desaliento y languidez.

Al calor de la fe se desarrollan en la mujer los sentimientos más nobles, las ideas más puras y las aspiraciones más levantadas.

Una mujer que no esté ilustrada, si no posee una gran fe religiosa, dique á todas las pasiones, se desbordará sin freno alguno; sus instintos, faltos de educacion, le harán conspirar contra sí misma.

La fe es la cultura del alma de la mujer, como el estudio es la cultura del entendimiento del hombre.

Una mujer sin fe religiosa tiene algo de salvajismo y de barbarie en sus ideas y en su carácter.

Felizmente la mujer se ha distinguido siempre por su fervor religioso: leyendo las historias de los tiempos primitivos del Cristianismo, se observa que es muy superior el número de *las* mártires al número de *los* mártires.

La mujer ha inspirado al hombre la fe religiosa, y le ha transformado, por este sentimiento, en héroe ó en mártir.

La mujer, que generalmente es muy piadosa, ha practicado grandes acciones en pro de la humanidad.

Sabido es el bien que hizo la filantrópica miss Nightingale: faltando en Crimea un cuerpo de enfermeras hábiles, miss Nightingale se ofreció á representarle, y admitida su propuesta, partió de Lóndres con treinta y siete enfermeras.

Esta piadosa comitiva llegó á Scutari, precisamente en el momento en que se comenzaba á transportar los heridos á Balaklava.

A los pocos meses de haber llegado esta gran mujer á Crimea, decia Mr. Macdonald: «Donde

quiera que la enfermedad aparece, por repugnantes y temibles que sus síntomas sean, allí acude seguramente esa incomparable mujer, calmando con su tierno aspecto el dolor de los agonizantes, en las ánsias de la postrera lucha entre la naturaleza y la muerte. Su presencia sola á la cabecera del mortuorio lecho, basta para que en el rostro del espirante brille una sonrisa de consuelo y de esperanza».

Permaneció impávida en medio de las enfermedades contagiosas, y su pupila no tembló al presenciar las operaciones quirúrgicas.

El sultan le regaló un magnífico brazalete de brillantes, la reina Victoria una cruz de San Jorge en campo blanco, esmaltada de rubíes, y en torno de ella, una banda negra, color de la caridad en la Gran Bretaña, con una inscripcion en letras de oro que decia: «Blessedare the mercifue». (Bienaventurados los misericordiosos.)

Al fundar Vicente de Paul la santa cofradía de la Caridad, donde primero halló eco su voz fué en el corazon de las mujeres.

Desde entónces la mujer, con el título de hermana de la Caridad, se convirtió en ángel de consuelo.

La hermana de la Caridad, dotada de un alma inmensa y sublime, que cual nadie posee, es la heroína que jamás vacila en su santa empresa, cumpliendo valerosamente su importantísima mision.

La hermana de la Caridad es la gran figura de la humanidad, en lo poco que tiene de mujer, por-

que la hermana de la Caridad es superior á su sexo; la hermana de la Caridad es el ángel de la tierra.

Sér admirable que sólo habita donde mora la desgracia; sér que no se pertenece, que sólo vive para el que sufre; criatura celestial que se alimenta de lágrimas, ayes y suspiros.

La hermana de la Caridad abdica de todas las comodidades, renuncia al bienestar, y vuela donde hay penas, amargura, indigencia y desconsuelo.

Esta mujer, que es el ángel puro y el genio tutelar de los afligidos, no tiene patria, ni hogar, ni familia, ni afecciones. Para ella lo mismo es el pagano que el católico; su gigante corazon está lleno de un inmenso amor á la humanidad.

Sus protegidos son la huérfana y el mendigo; su sociedad está formada por el triste, el desgraciado, el menesteroso, el desolado.

Esa delicada criatura, nacida para embellecer los salones, se alberga en las cabañas; ese débil sér, nacido para la vida tranquila y los trabajos suaves, arrastra una existencia árida y fatigosa; en sus tristes sendas no hay más que abrojos, miseria y luto.

Ella, nacida para aspirar las más exquisitas esencias, aspira constantemente los gases mefíticos y nauseabundos de las salas de un hospital.

En medio del fragor de los combates, entre el humo de la pólvora, los gritos del vencedor, los ayes del moribundo y las blasfemias de los desesperados, aparece la tranquila y serena, dulce y majestuosa figura de la hermana de la Caridad.

Ella es el bello ideal de la mujer cristiana, encarnado en una criatura humilde y virtuosa hasta la abnegacion.

Tanto como admiramos á la mujer eminentemente religiosa, censuramos á la mojigata.

La mojigata ó falsa devota es un tipo ridículo y repulsivo.

La mojigata es nociva á la sociedad; con el rosario en la mano y un crucifijo en el pecho, practica lo contrario á las doctrinas del Crucificado.

La mojigata siembra la zizaña, la calumnia y desórden por todas partes, y nadie queda libre de su lengua viperina, cortante cual una espada de dos filos.

Para la tranquilidad de su conciencia, le es suficiente postrarse ante el confesor y pedirle la absolucion: ya absuelta, vuelve á cometer al siguiente dia las mismas culpas.

La beata es un ente estúpido y repugnante.

Elige la iglesia para disfrazar su ociosidad, y cree que cumple ante Dios intercalando las oraciones entre sus bostezos, rumiando plegarias ininteligibles.

Las beatas con sus falsas ideas crean un Dios artificial.

Las beatas pasan la vida confesándose y criticando á las que no lo hacen semanalmente.

La beata es un tipo inútil en sociedad: se hace perezosa, indolente, oscura y egoista.

La razon de muchas beatas se ha perturbado por la *teomanía* (manía religiosa).

La astrología, la magia, los inspirados, las sibilas, los oráculos y los augurios, han trastornado muchos cerebros.

Los misterios de los persas, las distintas religiones de los indios, egipcios, galos y escandinavos, produjeron muchos enajenamientos mentales.

Por eso la melancolía religiosa de las beatas, el misticismo, los éxtasis, y muchas veces la demonomanía, han producido en ellas terribles enfermedades físicas y morales.

Procure ser siempre la mujer religiosa, pero nunca mojigata.

Por la falta de ilustracion, la mujer española es víctima mil veces de errores alimentados por la supersticion y el fanatismo.

Los fanáticos desprestigian la religion, empequeñecen la idea de Dios.

Repetirémos lo que dijimos al principio de este capítulo: el fanatismo es la ceguera de la inteligencia.

Muchas personas que no practican las doctrinas de Jesucristo, se creen salvadas por entregarse á los cultos externos, en los cuales exageran lo que ellas llaman devocion.

¡Vanas apariencias! ¡Pequeñas exterioridades!

Hay mujeres que abandonan sus deberes domésticos, por dedicar algunas horas á la iglesia; mujeres que posponen sus hijos y obligaciones á su devocion, y quedan muy satisfechas al hacerlo así.

Hé aquí una de las manifestaciones del fanatismo.

El hogar es el templo de la mujer; no lo olvide jamás ésta: la mujer no cumplirá su mision miéntras lo abandone por la iglesia.

En el hogar, santuario bendito y santo, puede elevar la mujer su pensamiento á Dios y ponerse en comunicacion directa con Él.

El ilustre Víctor Hugo ha dicho: «Hay momentos en los cuales, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas».

Es rendir á Dios un culto respetuoso, es adorarle, ofrecerle por religion la moral de nuestras acciones, por plegaria el cumplimiento de nuestros deberes.

Es más grande ante Dios la que fortalece un alma debilitada por el frio de la duda, la que consuela al desgraciado y la que protege la indigencia, que la que pasa el dia prosternada en la iglesia.

Lo más sublime que la mujer puede ofrecer á Dios, es la resignacion en sus infortunios y la caridad para sus semejantes.

Conocemos mujeres que pasan su vida en novenas y jubileos, y á la menor contrariedad del destino se ensoberbecen y se exasperan; otras que tienen por tema obligado de sus conversaciones la crítica de sus semejantes, pero una crítica infame y ruin.

¿Cómo entienden estas mujeres la religion?

La verdadera religion nos hace tender un manto de benevolencia sobre los defectos del prójimo, la verdadera religion nos hace soportar con dulzura las agitaciones y luchas de la vida.

La mujer que no hace esto no es verdaderamente religiosa, por más que viva entregada á la penitencia.

El pecado más horrible es la calumnia: la mujer española, sensible nos es manifestarlo, se halla muy propensa á la murmuracion.

Como no tiene su inteligencia alimentada por el estudio, se entrega á lo fútil y á lo trivial: para llenar el vacío de sus largas horas, se ocupa del traje de la amiga B..., del peinado de la amiga L..., del carruaje de la vecina X...

Y lo más deplorable es que de esto pasa á ocuparse de cosas más sérias y trascendentales, descendiendo, sin darse cuenta, por la pendiente de la calumnia.

Frecuentemente, la mujer es el mayor enemigo de la mujer.

¡Cuán desconsolador es esto!

La mujer, léjos de ensañarse cuando atacan á alguna de su sexo, debe defenderla.

¿No tenemos bastante con el hombre, constante detractor de la mujer, que hasta ella ha de conspirar contra sí misma, conspirando contra el sexo?

La burla, la ironía, la mordacidad, sientan muy mal en los labios de la mujer, que sólo deben destilar frases de amor, palabras de consuelo, acentos tiernos y dulces.

Una mujer burlona denota poseer un alma seca, vulgar y pequeña.

La mujer burlona es poco respetada: si tiene ingenio, su frase graciosa é incisiva es celebrada en

los primeros momentos; pero cuando llega la reflexion, los aduladores se convierten en severos censores de su conducta.

Conocíamos las hijas de un general, señoritas muy mal educadas, aunque frecuentaban la mejor sociedad: dichas señoritas eran satíricas y mordaces hasta la desvergüenza.

Ni casada, ni soltera, ni las reputaciones más acrisoladas, se libraban de las viperinas lenguas de aquéllas.

Una noche, en una tertulia de confianza, se habló incidentalmente de las hijas del general: dió la casualidad que todos los circunstantes se hallaban lastimados por éstas; así es que al lamentarse cada uno á su vez, se formó un coro de improperios contra ellas, muy ruidoso, oyéndose en medio de la mayor confusion las siguientes voces:

—Son tres víboras.

—Son tres pecados capitales.

—Servirian á un pintor para retratar la envidia, la malevolencia y la calumnia.

—Sus lenguas son espadas que no dejan enmohecer.

—Parecen tres furias infernales.

—Son esqueletos que se pasean con permiso del enterrador.

—Podrian enriquecer el Museo anatómico.

—Llevan sobre ellas una anaquelería.

—Son escaparates de un bazar.

—Son tres ídolos chinos.

—Parecen fragatas en dia de gala.

Estas y otras frases que sería molesto referir, oimos en aquella noche.

Sólo una señorita, dotada de un alma delicadísima, tomó la defensa de aquellas desdichadas.

En seguida que la oyeron, exclamaron todos unánimemente:

—Señorita, tampoco usted se ha librado de la ponzoñosa baba de la calumnia, que arrojan constantemente sobre las reputaciones inmaculadas.

—Dios las perdone como yo,—exclamó la ofendida.

Pero el hermano de ésta, que habia permanecido indiferente y callado, hojeando un álbum de acuarelas, no encontrando dique en su indignacion, al ver profanado el buen nombre de su hermana, soltó una lluvia de injurias contra aquéllas, y se desbordó, atribuyéndoles los episodios más inmorales, los lances más ridículos y las escenas más repugnantes, terminando por decir:

—Llevan en su semblante el sello del cinismo.

Aquel muchacho vengó á la sociedad de las injurias recibidas por aquellas lenguas blasfemas é impuras.

Desde entónces, cualquier anónimo indecoroso, cualquier broma poco delicada y toda frase grosera, como toda accion baja, se les atribuyó á las hijas del general; porque en la opinion de todos, carecian de pudor en la frase, en el pensamiento y en la mirada.

Todos los hombres huian de ellas, y no podian conseguir un novio, porque eran tan feas como in-

fames. La fealdad desaparece cuando se atesoran grandes virtudes; la maldad no se perdona jamás.

Eduvígis, Sinforosa y Pancracia, que así se llamaban, si no han moderado su rastrera crítica, serán el ludibrio, el escarnio de la sociedad.

¡Sed buenas y sereis bellas, queridas lectoras!

¡Sed religiosas, no seais beatas!

La verdadera cristiana perdona las injurias recibidas, olvida ofensas, soporta con resignacion la voluntad de Dios, jamás se rebela contra sus inescrutables designios, es dulce, caritativa, pudorosa, modesta, benévola con el prójimo, y humilde.

CAPITULO XII.

LA MUJER MODESTA.

La modestia es una bellísima cualidad que enaltece á quien la posee.

La mujer modesta exhala un perfume que penetra suavemente en el corazon: semejante á la violeta, que oculta siempre su corola entre el follaje, no deslumbra cual la arrogante dalia, pero atrae dulcemente, y su reinado es más duradero.

La mujer modesta tiene gran similitud con la clemátida, que cierra su cáliz por no recibir los besos de las brisas y las caricias del céfiro.

La modestia es ideal, bella y dulce cual los acentos de los espíritus celestiales, cual el hálito de las auras, cual los himnos de la naturaleza al Creador.

El filósofo inglés Young comprendió perfectamente la necesidad de la modestia en la mujer, y exclamaba de continuo: «Las mujeres no deben tener nada desnudo: hasta los encantos del espíritu deben ser ocultados por el velo de la modestia».

La mujer modesta, cual la luciérnaga, brilla

más en la oscuridad; cual la luna, irradia tenue y grato resplandor que ilumina, sin herir, sin deslumbrar, con la fulgidez del astro rey.

La modestia es hija del candor y la inocencia, y la inocencia es tan simpática que fué muy respetada por los paganos; miraban á la vírgen inocente cual á un sér sobrenatural, sagrado y de esencia divina.

También es hermano de la modestia el pudor, y el pudor es la belleza moral de la mujer, el pudor es el arrebol que mejor la engalana.

La mujer que pierde el pudor no tiene sexo: ninguna mujer se desprende del pudor hasta que cae en los abismos de la más inmunda corrupcion.

El pudor hace más bello el amor, y debe ser compañero inseparable de este sentimiento.

El pudor reprime la voluptuosidad, y un hombre delicado, léjos de encontrarlo importuno, lo admira en la mujer.

El pudor es la poesía del amor, como el amor es la poesía de la vida.

El velo del pudor causa más ilusion, mayor encanto, y seduce fácilmente, porque lo misterioso fascina la fantasía.

Una vez perdido el pudor en el bello sexo,—pregunta Rousseau,—¿qué queda para retenerlas, y de qué honor harán caso las que han renunciado al que les es propio?

El pudor es la pureza del alma, la castidad del corazon y la delicadeza de los pensamientos.

El amor de las criaturas civilizadas no se dife-

renciaria del amor de los salvajes, si no fuera por el pudor.

Se ha dicho que el pudor es la cuarta gracia: las mujeres deben conservarle por interes propio, como Armida conservaba la cintura encantada, cuyo poder oculto é irresistible le aseguraba su dominio sobre Reinaldo.

La estatua del pudor construida por los griegos era encantadora: su tez fresca y brillante complacia la vista y deleitaba el corazon, la humildad y dulzura de sus miradas conmovian el alma, y la rosa encarnada que le ponian en la mano por atributo, lo caracterizaba perfectamente.

Ademas, la estatua se hallaba envuelta en un blanco velo.

En épocas de romanticismo no está en boga el sonrosado de las mejillas, pero el bermellon de la virtud, que es el pudor, se hallará siempre en su apogeo, por más que atravesemos tiempos de escéptico y frio materialismo.

¡Sed modestas, queridas lectoras!

Una mujer modesta se libra del ridículo, que siempre persigue al orgullo.

San Pablo decia: «Conviene que las mujeres se vistan de un modo sencillo y decente, y que sus mejores adornos sean el pudor y la modestia».

La modestia es una azucena inmaculada, un lirio inocente, un puro jazmin.

La mujer no debe ostentar sus méritos, porque al hacerlo así, los pierde.

La vanidad empequeñece notablemente.

Mme. de Deffand decia: «La vanidad pierde más mujeres que el amor».

Una mujer ilustrada no debe hacer alarde de sus conocimientos, porque se hace antipática.

Con el pincel, con la pluma, puede lucir una mujer los tesoros de inspiracion que el cielo le dió, y no necesita los círculos sociales para hacerse admirar por medio de conversaciones cargadas de erudicion, que le valdrian el renombre de *pedante*.

Santa Gertrúdis, Santa Brígida, Hilda, Santa Ildegarda, Santa Catalina de Sena, Santa Catalina de Balogne y Santa Teresa de Jesus, fueron tan sábias como modestas.

Santa Paula, Santa Marcela, Santa Eustoquia, Santa Rodegunda y Santa Perpetua, brillaron por su talento y humildad.

Tan absurdo es hacer alarde de hermosura y talento, como hacerlo de elevada cuna.

Cada uno es hijo de sus obras.

Muchas veces es superior, al de cuna de oro, el de cuna de barro.

¿De qué le sirven á un aristócrata cargado de blasones sus timbres y pergaminos, si es un estúpido?

La verdadera aristocracia es la de la virtud y la del genio.

Eurípides, insigne poeta griego, nació de una verdulera; Epitecto fué esclavo, Rousseau hijo de un relojero, Shakspeare hijo de un carnicero, Molière fué sastre, Demóstenes hijo de un herrero, Virgilio hijo de un posadero, y Viriato fué pastor.

Todos estos nombres son inmortales, y el Universo los venera.

La reina Cristina de Suecia protegia á los artistas.

Alejandro cubrió con su manto á Ulpiano, Francisco I estrechó en sus brazos á Leonardo de Vinci, Cárlos V levantaba del suelo los pinceles á Tiziano, y solia exclamar: «A los nobles los hago yo, pero á los artistas sólo Dios».

Felipe IV premiaba con la cruz de Santiago á Diego Velázquez.

Y estos reyes jamás preguntaron á los artistas si eran plebeyos ó magnates.

Actualmente figura en nuestra sociedad una ilustre dama, que ha cambiado en el mundo de las letras su aristocrático nombre por el de María de la Peña.

Ella ha hecho de este nombre vulgar un nombre célebre: tal es la magia de su talento. Acaba de traducir el magnífico folleto de monseñor Dupanloup, de una manera admirable.

Transcribimos unos párrafos para que los lectores que desconocen el folleto, aprecien el elegante y castizo estilo de la traductora:

«Se quiere conservar en las mujeres una modestia que se califica de su más bello adorno, y en efecto, la modestia es no solamente una virtud, sino un gran encanto. Pero no veo muy claro que la ignorancia sea la mejor salvaguardia de la modestia. Diré más: diré que mirada por cierto prisma, es una virtud pagana, esto es, falsa ó muy imper-

fecta. Dad á una mujer toda la ciencia, todo el genio, todo el desarrollo intelectual de que es susceptible; dadle al mismo tiempo la humildad cristiana, y la vereis revestida de una sencillez y de una modestia bastante positiva y bastante más agradable que la de la pobre india, que se juzga un animal de especie algo superior á los monos del corral, pero muy inferior á su marido. La humildad ilustrada es una virtud, madre de otras muchas, é inspiracion de más altos deseos de perfeccion; porque la humildad no impide conocer los progresos que se logran, como no ciega acerca del mérito ajeno; nos hace conocer lo que nos falta, y áun cuando llegáramos á la cumbre del saber, alentaria en nosotros mayores miras, sin llevar consigo el orgullo ni el abatimiento.»

Esto es exactísimo. Una mujer convenientemente ilustrada no será vanidosa, porque sabrá perfectamente que al huir de la vanidad huye del ridículo.

Una mujer discreta no se impone á los que la rodean; por medio de su sabiduría, se hace sencilla y desciende de su elevada altura, para nivelarse con los que están en otra esfera más inferior.

Haga constantemente este sacrificio la mujer dotada de superioridad, y despertará simpatías por todas partes.

La abnegacion debe ser compañera del verdadero mérito.

CAPITULO XIII.

LA MAESTRA.

Existe una mujer heroica que es á la vez madre, mentor, hermana de la Caridad, misionero, médico, sacerdotisa del arte, peregrina de la ciencia y tierna amiga en las horas de dolor: esta figura tan santa, tan gigante y sublime, es la maestra.

Parece imposible que fijemos tan poco la atencion en una figura tan colosal, en una figura que debia aparecer siempre en primera línea en el gran cuadro de la humanidad.

La maestra es madre, porque nos guia cariñosamente por la senda del bien, separando de nuestro camino los abrojos que podrian lastimar nuestra débil y vacilante planta, y porque nos da la vida moral.

Es mentor, porque nos conduce de la mano al alcázar de la ciencia, para iluminar nuestra mente, rasgando las densas brumas que la oscurecian.

Hermana de la Caridad, porque con abnegacion admirable se olvida de sí misma para atendernos, nos protege, nos alienta, nos consuela y nos ampara.

Misionero, porque constantemente nos predica los sublimes preceptos del Evangelio, abriéndonos los ojos á la verdad, purificándonos y sanando nuestras almas, perdonando nuestras culpas y regenerándonos por el bautismo del arrepentimiento.

Médico, porque nos cura las heridas del corazon y nos arranca las cataratas del entendimiento, porque nos fortalece y nos da los remedios eficaces contra mil enfermedades peligrosas para el alma; y tierna amiga, porque, llena de solicitud sincera y franca, procura suavizar nuestros pesares, mitigar nuestros dolores, dulcificar nuestras amarguras y secar nuestro llanto.

Nada más noble y elevado que la mision de la maestra: si es jóven, renuncia á su juventud para adquirir la gravedad que exige su alto cargo; si es madre, renuncia frecuentemente á los puros goces del hogar para cuidar de sus hijas adoptivas, que son para ella su gran familia.

Para la maestra no hay más mundo que su escuela y sus educandas; fuera de este terreno no la encontrareis, porque la escuela es la órbita alrededor de la cual gira constantemente.

La maestra es más heroína que la mujer-ángel, que atraviesa los campos de batalla, sin más arnes que su sayal ni más escudo que su sencilla toca: sí, no os asombre, es más heroína que el ángel del consuelo llamado hermana de la Caridad.

Porque la maestra sostiene una guerra sin tregua ni descanso, una guerra feroz contra la ignorancia, una guerra sorda y sin brillo contra las ma-

las inclinaciones, los duros impulsos, y á veces los malos sentimientos de sus educandas.

Si la maestra sale triunfante en esta lid, para ella no hay coronas, para ella no hay gloria; sus generosos esfuerzos no inspiran la más leve gratitud, porque las familias, al recibir á sus hijas ilustradas, creen que esto no se debe á la maestra, que esto lo ha hecho por sí sola la inteligencia de la discípula. ¡Sin comprender que en cada inteligencia infantil encuentra la maestra un erial, que ella, labrador infatigable, convierte más tarde en florido verjel!...

La maestra, por premio de sus desvelos, por recompensa á sus afanes, recibe ingratitud, nada más que ingratitud.

La jóven, cuando brilla en un círculo de personas eminentes, por la elegancia de su frase, por la correccion de su estilo, por sus encantos intelectuales, jamás dedica un recuerdo á su segunda madre, á la que debe la vida del espíritu.

Una mujer de salon guarda más elogios para la modista que le hace el talle ceñido y esbelto, que para la maestra que le formó el corazon.

El profesorado es un martirio sin gloria, un heroísmo sin palmas de vencimiento.

El dia que se llegue á comprender el importantísimo papel que representa la maestra, será respetada y estimada en lo que vale.

La maestra empuja á las sociedades por la pendiente del progreso, la maestra es el eje de la civilizacion, la maestra representa la más augusta de

las delegaciones, la delegacion de la familia, escudo invulnerable, salvaguardia de los pueblos.

La maestra adquiere fuerzas atléticas para luchar contra el formidable enemigo llamado *error;* la maestra se convierte en titan para matar las malas pasiones de sus educandas: la mision de la maestra es verdaderamente sacerdotal y sagrada.

La escuela debe ser, á los ojos de los pueblos, el tribunal donde se premia y castiga con la severa imparcialidad de la justicia, la cátedra de la verdad, el santuario de la fe, la fortaleza alzada contra los disparos de la ignorancia, el templo de la luz del espíritu, el arca santa de la alianza, donde flotan las almas para librarse de la general inundacion, la trinchera que defiende, la mansion santa y bendita que nadie debe profanar.

Difícil, muy ardua es la empresa de la buena maestra: no basta saber Historia y Aritmética, Gramática y Geografía, Astronomía y otras asignaturas comprendidas en el programa, para hacerse simpática é inspirar respeto y confianza.

La maestra está en el deber de seguir una conducta ejemplar, para imponerse suavemente por medio de sus virtudes; la maestra debe predicar la virtud con el ejemplo, practicándola.

«Procure ser, el que ha de reprender, irreprensible.»

¡Cuánta cordura, qué elevado criterio, qué reflexion necesita la maestra en los más insignificantes actos de su vida, para que no le sean censurados éstos!

¡Qué elevacion de alma, qué noble altivez, qué superioridad para despreciar los insultos y calumnias de los séres mezquinos y pequeños!

¡Qué delicadeza, qué inspiracion, qué acierto necesita la maestra, para elegir el sistema más conveniente de educacion!

Lo que á una niña le afecta, otra lo desprecia; la correccion que á una conmueve, á otra exaspera.

Es preciso, es forzoso elegir un sistema de educacion para cada educanda: debe tener en cuenta para esto la atmósfera moral que en su hogar respira, sus hábitos, sus inclinaciones, y sobre todo su carácter.

¡Qué responsabilidad tan inmensa recae sobre la maestra, desde el momento en que una madre le dice, entregándole su hija: Deposito en usted toda mi confianza, entrego á usted mi hija, que es el tesoro que más estimo; devuélvamela usted con todas las perfecciones posibles; que su mejor adorno sea una esmerada educacion!

¡Una buena educacion! Medítese lo difícil que es hacer adquirir una buena educacion.

La maestra por sí sola nada puede hacer, si la discípula no está preparada á recibirla. Hay niñas de groseros instintos, niñas que rechazan los más sanos consejos, niñas que sienten repulsion hácia lo noble y elevado.

La lucha de la maestra con estos séres es dolorosísima: no consigue realizar sus laudables deseos, y se capta la antipatía, la animadversion más declarada.

La educacion no consiste en el cultivo de la inteligencia, sino en el del corazon: puede ser la inteligencia un florido verjel, y el corazon un páramo donde no brote una flor.

Las flores de la inteligencia son las bellas ideas, las flores del corazon los buenos sentimientos.

Pueden existir ricos brillantes en la inteligencia de una niña, y feos guijarros en el corazon.

El lujo de la inteligencia consiste en poseer chispas de genio, átomos de númen, corrientes de inspiracion; el lujo del corazon consiste en poseer raudales de ternura, ráfagas de sensibilidad, torrentes de bondad y abnegacion.

Es muchísimo más fácil instruir que educar.

La educacion debe empezar por la solidez de los principios religiosos, pues ésta prepara el alma á todas las virtudes.

El sentimiento religioso, ilustrado por vastos conocimientos y descartado de vulgaridades, ridiculeces, fanatismo y supersticion; é inspirado en el amor al prójimo, la tolerancia, el respeto á los superiores; y la sencillez de corazon, unida á la piedad ferviente y la fe divina, es la base de la educacion cristiana, el faro que nos guia á puerto de salvacion.

Forma parte de la educacion, y parte importante, la finura de modales, el espíritu de órden y la obediencia á las fórmulas sociales, exigidas ó adoptadas por la conveniencia.

¡Cuán ímprobo es este trabajo! Sobre todo moralizar, hacer religioso el espíritu, sin empequeñe-

cer las sublimes máximas del Evangelio, sin hacer caer en el estúpido fanatismo, que tanto perjudica, que tantas cabezas bien organizadas ha trastornado.

Si el ateísmo es la ceguera del corazon, la supersticion es la ceguera del entendimiento.

Debo estas ideas á mi buena maestra, á mi maestra, que poseia un espíritu viril, un elevado criterio, una razon firme que nada podria extraviar, un talento esclarecido.

Faltaria á un sagrado deber de gratitud, reconocido como tal por las almas superiores, si no consagrase un recuerdo á la que iluminó mi débil inteligencia.

Doña Gregoria Brun, que así se llamaba, era el tipo más acabado de la distincion y la superioridad: su estatura bastante elevada, su figura majestuosa. Como en la infancia lo más leve nos impresiona vivamente, la suave severidad de mi directora, su noble altivez, su dignidad y hasta su belleza escultural, contribuian á formar en mi fantasía una ilusion que me la hacía considerar como un sér superior, castigado á vivir en la tierra; como un sér algo más que mujer, cual una divinidad de los antiguos tiempos.

Favorecia á mi ilusion su carácter distinto completamente al de todas las mujeres, pues mi directora hubiera podido decir en voz alta: «*Tengo el honor de no parecerme más que á mí misma*». Era sumamente original, y por eso odiaba la rutina: su lenguaje era fácil, elevado y persuasivo, pero

muy sencillo; jamás olvidaba que hablaba con la infancia.

Como su voz era llena, su palabra armoniosa y vibrante, conseguia apoderarse de nuestro corazon y nuestro criterio: mi afecto hácia mi directora era un culto.

Cuando se rodeaba de niñas, y ante un mapa nos explicaba geografía, parecia Minerva distribuyendo el pan de la inteligencia.

Sus ojos eran dos astros que arrojaban ígneo resplandor, porque asomaba á ellos el genio: su frente espaciosa parecia transparente cuando intentaba inculcarnos grandes ideas, y su semblante, de líneas correctas y severas, pero nunca duras, se animaba extraordinariamente al apercibir que habíamos comprendido sus lecciones.

Tenia várias auxiliares ó pasantas, porque como directora normal, el mayor cuidado lo consagraba á las jóvenes que estudiaban para maestras, pero nadie podia relevarla dignamente.

Encontrábamos pobre y confusa la explicacion de la que la representaba, y como la sabiduría se impone tanto, á nadie concedíamos la respetuosa atencion que á nuestra directora. Donde podian haberla admirado los hombres más eminentes, era en las clases de las aspirantas al título de maestra. El número de éstas era inmenso, y entre ellas se encontraban algunas de más edad que mi directora, otras sumamente ilustradas, bastantes de familias aristocráticas que, sin necesitar esa carrera, anhelaban un título que tanto enaltece á la mu-

jer, y que es el único que no le está vedado en España.

Como yo siempre he tenido aficion á aprender, en las horas de recreo abandonaba los juegos infantiles, y me ocultaba en un rincon del salon de las maestras para escuchar á mi directora en las clases superiores. Entónces lucia ella sus vastísimos conocimientos, su elocuencia ciceroniana, sus brillantes disposiciones para la oratoria. Aquel auditorio exigente se entusiasmaba tanto, que inconscientemente y turbando el silencio de los regios salones de aquella gran escuela, prorumpia en bravos y aplausos, cuyo eco detenia por un momento hasta el bullicio de las traviesas niñas, que revoloteaban por los patios destinados para correr y jugar.

Aquella sublime mujer dominaba con la palabra á más de cien mujeres despejadas, altivas, orgullosas, audaces é irónicas las más.

¡Qué gran triunfo! ¡Qué gloria!

Un dia me sorprendió oculta por el caballete de la pizarra, en un ángulo del salon, y al observar mi atencion y verme convertida en estatua del asombro, por la expresion de mi rostro, me concedió el título de *oyente*, y desde entónces tuve un puesto en el salon de aquella clase, cuyas alumnas estaban cursando el último año de la carrera.

Confieso que me enorgullecí ante tal deferencia, y que me dí toda la importancia que pude ante mis condiscípulas.

Este rasgo era indudablemente un desbordamiento de mi amor á la gloria.

Gracias á mi aplicacion, la directora tenia fija su atencion en mí, y se esmeraba en educarme: en los exámenes públicos que anualmente sufríamos, me reservaba á mí la honra de explicar las materias más difíciles, los puntos más arduos, y cuando fuí mayor, tuve el honor de leer el discurso que mi directora escribia para el solemne acto del exámen.

Este discurso se insertaba despues en el periódico más importante de Zaragoza.

Mi directora era una gran literata, pero sus ocupaciones no le permitian escribir libros: se limitaba á transmitir su ciencia á nuestro entendimiento.

Recuerdo que el último año que asistí al colegio, se propuso la directora que brillase yo en los exámenes, y lo consiguió: estos exámenes eran siempre presididos por el ayuntamiento y demas ilustres corporaciones. Cuando terminé el exámen y bajé de la plataforma, todas las señoras me abrazaban tiernamente, dirigiéndome las más dulces y cariñosas frases.

El éxito de mi directora fué completo, porque en aquel dia grandioso y en aquella solemnidad intelectual, yo era su obra.

Yo no ponia de mi parte más que la serenidad, la desenvoltura para emitir ideas que ella habia grabado en mi cerebro.

Como yo no era tímida, cualquier cosa sencilla, expresada con soltura y facilidad, lucia muchísimo.

Nunca he sentido el menor temor al hablar en

público: todo lo contrario; cuando yo dominaba el asunto que iba á tratar, la numerosa concurrencia me alentaba.

Al salir del colegio, mi directora tuvo una gran pena: sus primeras deferencias para conmigo se habian trocado en cariño.

Más tarde, cuando he obtenido algun triunfo superior á los triunfos escolares, mi directora ha gozado extraordinariamente en ese triunfo.

Yo, en cambio, jamás la he olvidado.

Afortunadamente existe todavía, aunque no sé si se halla al frente de aquella gran escuela de maestras y niñas. ¡Sean estas líneas el eco de mi agradecido corazon á sus beneficios, el débil testimonio de mi entusiasmo y cariño eterno!

¡Benditas las maestras!

¡Cuántas veces debemos á la maestra un porvenir lisonjero, una brillante posicion social!

¡Cuántas veces le debemos la tranquilidad que respira nuestra alma!

Porque la maestra esclarece nuestras dudas é ilumina nuestra conciencia: por eso la maestra no debe ser *beata,* sino religiosa; religiosa, sin ninguno de esos terrores, de esas puerilidades, de ese servilismo del alma, porque la religion en ciertas mujeres no es más que la infancia eterna del espíritu.

Hablando Lamartine de su madre y de su devocion, que no participaba del fanatismo, dice: «Su religion, como su genio, residia toda entera en su alma. Ella creia humildemente, amaba ardiente-

mente y esperaba con firmeza: su fe era un acto de virtud, y no un razonamiento. Ella la consideraba como un dón de Dios recibido de la mano de su madre. Más tarde, todas las voluptuosidades de la plegaria, todas las lágrimas de la admiracion, todas las efusiones del corazon, todas las solicitudes de su vida y todas las esperanzas de su inmortalidad, se habian de tal modo identificado con su fe, que ellas formaban parte de su pensamiento, y que perdiendo ó alterando su creencia, ella hubiera creido perder á la vez su inocencia, su virtud, su felicidad de aquí bajo y su porvenir más allá de esta vida: la tierra y el cielo, en fin. Habia nacido piadosa como se nace poeta; la piedad era su naturaleza, el amor de Dios era su primera pasion. Pero esta pasion por la inmensidad del objeto que la inspiraba, era confiada, tranquila, serena y feliz».

La mujer no debe poseer una religion falsa, porque sus estúpidas creencias pasarian de generacion en generacion.

Casi todas las religiones deben á las mujeres la rapidez de sus conquistas. Dotadas las mujeres de una imaginacion volcánica y de un espíritu vehemente, exageradas en sus cultos y piadosas por naturaleza, hacen fácilmente sectarios, y por la influencia que ejercen en el hombre, les es muy fácil hacerle apostatar.

Si quereis propagar rápidamente una idea, fiadle esta mision á la mujer: ella es activa, temeraria, atrevida, llega siempre donde quiere ir, porque no se detiene ante ningun obstáculo.

Conviene muchísimo desarraigar del entendimiento de la mujer todas las frivolidades, los absurdos, las pequeñeces y vulgaridades que la esclavizan.

Nadie puede hacer esto como la maestra verdaderamente ilustrada.

Para impulsar las generaciones hácia la civilizacion y el progreso, la maestra es la palanca de Arquímedes.

¡Protejan los gobiernos á esa falange de valerosas mujeres, para que no se extinga en ellas el entusiasmo que las anima en su obra de redencion!

Es tristísimo el estado en que se encuentran algunas de las maestras de nuestras aldeas: el exiguo sueldo señalado al cargo público que desempeñan, cada dia es peor retribuido. La mayor parte de ellas no disponen más que de un local húmedo, oscuro y enfermizo, semejante á una lóbrega prision.

Los ayuntamientos deben velar con más celo por la instruccion de los individuos que residen en los pueblos que rigen: las maestras necesitan cooperacion en sus generosos esfuerzos, pues sin ella, la más laudable resolucion y la mayor constancia serán insuficientes para obtener los resultados apetecidos.

No olviden los pueblos que la maestra es la gran reformadora, el gran legislador de nuestro sexo, el prudente consejero, el ángel tutelar, la Providencia visible de las niñas.

La maestra no quiere laureles, no quiere gloria,

no quiere celebridad; no anhela más que el cariño de sus educandas y la gratitud de las familias.

La maestra es un sér lleno de abnegacion y tolerancia.

Para ser maestra no es suficiente una gran ilustracion, son necesarias relevantes cualidades de carácter y muchas virtudes.

El profesorado es un sacerdocio; para ser maestra es indispensable una verdadera vocacion.

CAPITULO XIV.

EL AMOR.

Amor non ha ragione,
o se ragione intende,
subito amor non è.

METASTASIO.

El amor es la ciencia de las inexactitudes y de los fenómenos raros.

LLANOS Y ALCARAZ.

Nos sería imposible no hablar del amor en un libro referente á la mujer.

Ave, lira y mujer, son sinónimos, porque la lira, el ave y la mujer exhalan constantemente armoniosas notas de amor.

Tambien tiene grandes puntos de contacto la mujer con la flor: la historia de la mujer principia en un tulipan y termina en una siempreviva.

Las cuatro estaciones de la vida de la mujer se hallan simbolizadas por las flores más bellas.

Estas preciosas flores representan sus afectos más tiernos, sus más encantadoras cualidades.

INFANCIA.

Lirio	Pureza.
Anémona	Candor.
Artemisa	Felicidad.
Violeta	Modestia.
Clavellina	Sencillez.

ADOLESCENCIA.

Espino egipcio	Esperanza.
Boton de rosa	Virginidad.
Campanilla silvestre	Humildad.
Escaramujo	Poesía.
Helecho	Sinceridad.
Junco	Docilidad.

JUVENTUD.

Azahar	Castidad.
Hortensia	Amor constante.
Jazmin	Pasion.
Sensitiva	Pudor.
Rosa	Belleza.

SENECTUD.

Acacia	Amor platónico.
Balsamina	Prevision.
Coronilla	Delicadeza.
Jara	Firmeza.
Laurel	Victoria.
Toronjil	Dolor.
Sauce lloron	Tristeza.
Pensamientos	Recuerdos.

El corazon de la mujer es una pira inextinguible de amor, un altar santo y bendito en el cual

arde constantemente el incienso del entusiasmo, un tabernáculo sagrado de nobles sentimientos y levantadas ideas.

El amor es susceptible de falsificacion.

Los amores y los amoríos son parodias, adulteraciones, simulacros, bocetos informes y cróquis mal acabados del verdadero amor.

Hay séres que aman la belleza, la elegancia, el nombre de una persona, su talento, su gracia, su gentileza, su fortuna, su desgracia, su desden.

Amores de esta especie pueden clasificarse del siguiente modo:

Amor á la belleza.....	Sentimiento estético.
Amor á la elegancia.....	Gusto distinguido.
Amor al nombre.....	Anhelo de celebridad.
Amor al talento.....	Sed de gloria.
Amor á la gracia y gentileza...	Capricho pasajero.
Amor á la fortuna.....	Ambicion.
Amor al desdichado.....	Conmiseracion.
Amor al desdeñoso.....	Terquedad.

Todos estos sentimientos distintos, al ser manifestados, toman ilícitamente el nombre de amor.

La ambicion, la vanidad, el capricho, el coquetismo y la sensualidad, se atavian frecuentemente con el ropaje del amor.

El disfraz suele ser tan perfecto, que hasta las inteligencias más brillantes son víctimas de la mayor ofuscacion.

Las mujeres particularmente son muy propensas á grandes alucinaciones.

El oropel y el similor lo acogen cual si fuera oro de ley.

Fácil es comprender en qué consiste esto.

La viva imaginacion de la mujer atropella á la reflexion, y la falsa educacion que recibe en España la hace fiarse mucho de apariencias y exterioridades de relumbron.

No es el amor romántico, que siempre aparece espiritual, el más verdadero: el amor romántico suele ser una fiebre del cerebro.

La poesía del amor no consiste en las frases y manifestaciones que se adoptan para expresarlo.

En amor nada es la forma: el fondo lo es todo.

Algunas mujeres tienen la desgracia de creer en el amor revelado en sonoros versos, y generalmente es el más falso.

Para amar mucho no es preciso ser versificador.

Desconfiad del amor que os pinten con brillantes metáforas, originales hipérboles y elegantes hipotipósis.

No se necesita galanura de estilo para presentar un sentimiento en todo su esplendor.

¡No apellideis vulgar al hombre que, abrasado en un sentimiento noble, se encuentra difícil para definirlo!

Cuando hay muchos grados de pasion, el idioma es insuficiente: entónces, á la turbacion del hombre enamorado debe suplir la penetracion de la mujer.

No es amor poético el del hombre que quiere

demostrarlo á fuerza de frases ampulosas y sonoros adjetivos.

Es amor sublime, inmenso, santo y grande, aquel que se apoya en la abnegacion y el sacrificio, porque el sacrificio es la poesía en accion.

El hombre que ama á una mujer de mérito á la cual tributa la sociedad aplausos y adoracion, y calla ese amor, temeroso de que sea profanado, guardando religiosamente las pruebas de afecto que su amada le da, ese hombre ama verdaderamente.

El hombre que hace pública ostentacion del amor que inspira á una mujer que brilla en el gran mundo, no ama á ella, se ama á sí mismo.

Las almas verdaderamente delicadas y apasionadas prefieren el silencio y el misterio á la publicidad.

No es lo mismo amar á una mujer *por ella* que *por sus méritos*.

Mediten esto las mujeres.

Un amante decia á una mujer adornada de gloria, juventud y belleza: «No amo en tí tu talento, que todos celebran, y ménos tu belleza y juventud: comprendo que amo la esencia de tu espíritu, el aroma de tu alma, el perfume de tu corazon, pues fea, vieja é idiota, te amaria lo mismo».

Este amor no puede confundirse con el cálculo, la conveniencia y el egoísmo.

Este amor se halla despojado de toda idea terrenal.

Esforzaos en merecer un amor cual éste, queridas lectoras.

El mayor éxito que puede obtener una mujer, es inspirar un amor sublime y puro.

Hay amor sentimiento y amor sensacion: la mujer debe saber distinguirlo, porque de lo contrario está muy en peligro.

¡Cuántas veces vierte la mujer una gota de ternura en el corazon de un hombre, sin saber que éste la absorbe con la voracidad del deseo, dando incremento á la fatídica llama que abrasa su cerebro!

Dice elocuentemente la notable escritora Jorge Sand: «Es preciso distinguir el amor del deseo; éste quiere destruir los obstáculos que lo atraen, y muere sobre las ruinas de una virtud vencida: el amor quiere vivir, y por lo mismo quiere ver al objeto de su culto largo tiempo defendido por la virtud, por ese muro de diamante, cuya fuerza y brillo da valor y hermosura».

La mujer que no sostenga el amor de un hombre, más por las negativas que por las concesiones, se verá derrotada, y el enemigo que se presentaba como siervo humilde, pronto se alzará tirano vencedor.

El amor, cuando está en creciente, vive de combates y de luchas, pues al no encontrar dificultades, suele dormirse al arrullo de la confianza y despertar helado.

El amor es un guerrero audaz y temerario, que quiere diques, muros, escollos, barreras insuperables, fuertes trincheras y fortalezas inexpugnables; porque como cuenta segura la victoria, sin dificultades sería pequeño su triunfo.

Se equivocan los que dicen que la sensacion es hija legítima del amor: la sensacion es una hija espuria, una hija bastarda é infame, que al nacer mata á su padre.

¡Hombres, creednos! Jamás huyais de las mujeres severas: os aman más y mejor las que os imponen duramente sus virtudes, que las que aceptan con gran docilidad vuestros vicios.

El amor espiritual no quiere manchar sus níveas alas en el lodo de la vida.

El amor puro se inspira siempre en cosas muy altas, el amor puro puede conducirnos á la inmortalidad.

El amor puro es un astro que ilumina la lóbrega noche del dolor.

Una aromosa esencia que fertiliza los corazones abrasados por la fiebre de los sentidos.

El faro luminoso que conduce al extraviado viajero á puerto de salvacion.

La inextinguible estrella que con ígneos resplandores ilumina los abismos del alma.

La gota de rocío que vivifica las marchitas flores del pensamiento.

¡El suspiro de un serafin!

¡El tierno acento de un querube!

¡El beso de la aurora al cáliz de la azucena!

El amor puro consiste en la célica fusion de dos almas en una, alzando el vuelo hácia la etérea region.

El amor es para el corazon humano lo que las frescas auras para las plantas que mueren abrasa-

das por el sol; lo que la vista de la playa para el náufrago desalentado; lo que la fuente de un oásis para el árabe sediento.

Muy conocido es el poder del arquitecto del mundo, como le llama Hesiodo.

Bajo su influencia no hay carácter ni vicio que no se modifique.

El altivo humilla la cerviz, el arrogante se prosterna, el débil se hace fuerte, grande el pequeño, héroe el grande.

En alas del amor han penetrado en el templo de la gloria, Rafael con su Fornarina, Tasso con su Eleonora, Dante con su Beatriz, Petrarca con su Laura, Goethe con su Margarita, Velázquez con su Juana, Andres del Sarto con su Lucrecia, el Tiziano con su Lavinia, y Tintoretto con su Marietta.

Todos los grandes genios han hablado del amor de un modo tan tierno como sublime.

Amor es un ala que Dios da al alma para que vuele al cielo, ha dicho Miguel Angel.

Santa aspiracion de la parte más etérea del espíritu, le ha denominado una escritora contemporánea.

Respiracion celestial del aire del Paraíso, le apellida el ilustre autor de *Nuestra Señora de Paris*.

El amor es el lazo que más estrechamente nos une á la vida: cuando hastiados de ella queremos abandonarla criminalmente, él nos presenta un mundo envuelto en velos purpúreos y nacarados, en el cual la luz del sol es siempre pura, el cielo diáfano y azulado, el céfiro impregnado de perfu-

mes, el prado verde, lozano, y canoras todas las aves que hienden el espacio, formando conciertos armoniosos con sus alegres trinos.

Cuando ese afecto angélico, ese deleite divino, penetra en nuestro corazon, siembra en él un gérmen fructífero, del cual nacen la ventura, la paz, la dicha y el entusiasmo hácia todo lo bello y lo sublime.

En un corazon enamorado no tienen cabida pensamientos mezquinos, porque un corazon enamorado respira siempre atmósferas de santidad.

La criatura, ora se vea azotada por el furioso vendaval llamado infortunio, ora se halle bajo el yugo del fatalismo, de ese gigante aterrador cuya dura fisonomía nos dirige una sonrisa sarcástica para insultar nuestro dolor, jamás se abate: su alma, perseguida por la adversidad, se hace más grande con la lucha de los peligros y se eleva como una encina que se ve crecer á la vista, cuando la tempestad se agita en torno de su espléndida copa.

Si la luna resplandece cual fúlgido diamante suspendido en la bóveda celeste, retratando su pálida faz en el mar, y las flores al abrir su corola embalsaman el ambiente, y la mariposa revuela en torno de su jazmin querido, es que el fuego de la pasion las anima, y el mar ama á la melancólica luna, y las auras al mar, el jacinto á la azucena, la mariposa al jazmin y el céfiro á la brisa.

¿Quereis encontrar la escabrosa senda de la vida cubierta de odoríferas flores?

Amad.

¿Anhelais un lenitivo á vuestros pesares, un bálsamo á vuestras heridas, una panacea á vuestro infortunio, un antídoto á vuestro dolor?

Amad.

El amor es la vida del alma: ésta, semejante á una planta parásita, queda yerta, muere, cuando le falta ese jugo, esa savia vivificadora.

¡Hombres eminentes, ilustrad á la mujer, porque ella, reina de vuestra voluntad por vuestro amor, os manejará á su antojo!

Si tiene la mujer entendimiento, os elevará; si carece de él, os hará perder el vuestro.

Ser vencidos por una mujer de mérito, es un triunfo.

Ser vencidos por una estúpida, es una derrota.

¡No pospongais la inteligencia á la hermosura, porque os rebajais!

Cuanto más ilustrada se halle la mujer, más seguros estais de no ser víctimas de ridiculeces suyas y caprichos vanos.

CAPITULO XV.

LA MADRE.

I

Nadie, cual una madre, puede guiar los inexpertos pasos de esos ángeles terrestres llamados niños.

Los niños dejan de serlo demasiado pronto, si no son cuidados con esmero: matar su inocencia es matar su infancia, y esto es tan criminal como deshojar una lozana flor.

La infancia es la primera hora de la mañana de la vida.

¡Hora bendita, impregnada de pureza, armonías, perfumes y frescura!

La infancia es la alborada de un dia de Mayo, el crepúsculo matinal de un cielo sin nubes.

¡Cuán bella es la mañana de la vida!

Es más seductora que un dia sereno de Abril, de esos apacibles dias que las almas sensibles admiran con éxtasis arrobador.

¡Cuántos encantos tienen!

La alborada vierte sus rosadas tintas en el ho-

rizonte, iluminando de una manera suave el grandioso cuadro de la naturaleza. La aurora, su tierna hermana, al rasgar el inmenso cendal que la cubre, derrama una lluvia de aljófar sobre el mullido césped, la cual, al esparcir el astro rey su aurífera cabellera en el espacio, queda convertida en sábana diamantina ó en inmensa red de plata.

Embriagadoras son las mañanas de Abril; mas á pesar de tanta galanura y prestigio tanto, se muestra más plácida, risueña y pura la embelesante mañana de la vida.

Todo sonrie, todo canta bajo el diáfano azul del cielo. La primavera, orgullosa de sí misma, despliega sus radiantes y espléndidas galas, porque la primavera es el espejo de la infancia, de esa edad preciosa en que se gozan, bajo la influencia del materno regazo, venturas inefables; de esa edad, en la cual no hay pesar que dure un momento, ni infortunio que pase de un segundo, ni amargura que no se dulcifique en el instante.

¡Oh, edad bendita! Quisiera poseer aquella lira en que Apolo dió gracias al soberano del Olimpo por la derrota de los Titanes, ó la lira de Orfeo, para cantar tus maravillas.

Mas ya que mi voz es débil, yo os conduciré, si quereis seguirme, á prados amenos, donde léjos del mundanal ruido, y libres de los ardores del sol por la benéfica sombra de un viejo tilo, podreis admirar lo que sólo alcanza á perfilar pálidamente mi pobre pincel.

Dirigid vuestra mirada en lontananza.

¿Observais cuán pintoresco es el paisaje?

En medio de una inmensa llanura, alfombrada de musgo, extiende su ancha y argentada cinta un límpido arroyo entre dos guirnaldas de aromosas flores.

Encantador es el cuadro; pero lo es más todavía la pequeña figura que en él se destaca. Vedla con la abundosa cabellera desprendida, la cual Favonio riza en ligeras ondulaciones; mirad cuál corre veloz, presurosa, agitada por la alegría y el entusiasmo, tras las fugitivas y versátiles mariposas de hermosos cambiantes, ménos bellas que los colores de sus castas y rientes ilusiones.

¡Qué atmósfera la circunda de pureza, candor é inocencia!

¡Hombres escépticos, vosotros, que teneis el alma llena por el humo de la indiferencia; vosotros, que teneis el corazon yerto, detened el brioso corcel sobre el que caminais gastando vuestra existencia, y postraos para admirar á la infancia!

Ante la púdica mirada de la niña, sentireis reverdecer vuestros marchitos corazones, los cuales quedarán preparados para dar cabida á sentimientos levantados y generosos: si os hallais azotados por el huracan de las pasiones, la tranquila mirada de la niña devolverá la calma á vuestro agitado espíritu; la sonrisa que se dibuja en sus labios purpúreos os hará comprender que existe la felicidad en este mundo; pero que es preciso ostentar una conciencia blanca como el armiño para disfrutarla. En su alba y tersa cuanto inmaculada frente leereis

pensamientos sublimes, más puros que la hoja de un cándido lirio, y aspirareis el perfume divino que exhala, el perfume de la ventura y la virtud, y entónces, elevando vuestro pensamiento á otro hemisferio, bendecireis al Rey del cielo por haber creado ángeles en la tierra.

¡Cuán rodeada de atractivos se halla la criatura, al empezar á hollar con su pequeña planta las sendas de la vida!

Todo se detiene ante su paso: la melancólica tórtola la arrulla dulcemente, el jilguero y el ruiseñor canoro le ofrecen desde la verde enramada trinos enamorados, los cuales, al confundirse con el murmullo de la cristalina fuente y la armonía del bosque, forman un concierto de arpas pulsadas por serafines.

La naturaleza entera saluda á la infancia con su elocuente y poético lenguaje.

Mas ¡ay! esta edad desaparece pronto para no volver jamás.

A los tranquilos sueños de la niña, suceden los delirios de la adolescente.

Una mañana despierta llena de emocion; ignora cuanto pasa en ella, el corazon le palpita con fuerza inusitada, el jardin la enoja, los prados le hastian, las mariposas no la divierten, y es que su alma se ha dilatado y ya no está satisfecha con el amor del céfiro y las brisas, siente de una manera imperiosa la necesidad de otro amor. Busca la soledad de su cuarto, y allí se apercibe de la sed de amor en que está abrasada, sufren gran lucha sus

ideas, sostiene un fuerte combate entre el rubor y la pasion, quiere huir de un algo que la espanta; pero en vano, el destino le ha gritado: *Tú amarás*. Dirige una mirada á su corazon, y se encuentra con la imágen de un hombre grabada en él.

Entónces comprende que ha sido vencida en la lid; pero no experimenta amargura al observarlo, sí un placer desconocido que le presagia dichas no soñadas jamás.

Desde entónces, dedica todos los momentos al sér que ha hecho vibrar, con la intensa mirada de sus abrasadores ojos, las fibras de su vírgen corazon.

Ayer miraba con indiferencia los encantos de su rostro; hoy se apresura á tomar una rama de jazmin que se halla en un precioso jarron, y entrelazándola en sus cabellos, queda extática ante el espejo, pidiéndole á la flor le preste más encantos, la embellezca más todavía. Observa más cuidado en su atavío; es que desea agradar porque ama, y quiere aparecer bella ante el hombre que la enloquece y la fascina.

Pero ¡ay! en este mundo, al lado de cada flor, crecen innumerables espinas.

La doncella enamorada se halla colocada frente á un sér de corazon árido, porque se agotaron en él los raudales del sentimiento; se halla con un alma de hielo, se encuentra con un hombre de afectos tibios y efímeros, un hombre, como son los más, inconstante, frívolo y voluble. Mas no desmaya por esto; su amor le da valor para acometer arduas em-

presas, y con la fe en Dios y la esperanza en él, intenta transmitirle una parte del sentimiento que se desborda en todo su sér. Por fin, despues de muchos afanes, sale triunfante, vencedora; el elegido de su corazon la conduce al altar.

Allí, radiante ella de felicidad, y él transportado de ventura, se juran amor, eterno amor, que Dios bendice porque es santo, porque es puro.

¡Qué tristeza para la madre que se ve arrebatada de sus amantes brazos á la hija á quien ha consagrado toda su ternura!

¡Qué abnegacion necesita para verla feliz con una felicidad que las separa, con una felicidad que no viene de ella!

La buena madre es el sér más perfecto que puede encontrarse en este mundo.

II

¡Madre! Nombre bendito, tierno cual el suspiro del aura, dulce como la felicidad; nombre que llevamos escrito en el alma con caractéres indelebles, nombre que no disipa la distancia, que no se pierde en la ventura, que no desaparece en medio de las fuertes conmociones del dolor ó el placer.

¡Madre! Palabra mágica, cuyo eco penetra todos los corazones; palabra que encierra un poema de sacrificios y amor.

Por eso se ha dicho con tanta verdad como elocuencia: «Nada hay en el mundo superior á una mujer, como no sea una madre».

La madre es el faro que nos ilumina en las densas nebulosidades de la vida.

La madre es el eslabon primero de esa interminable cadena llamada sociedad: el ángel que vela nuestros sueños infantiles, la que recoge nuestro primer aliento, la que recoge nuestro primer suspiro y la que imprime en nuestros labios el primer beso de amor.

La madre es una brillante perla que se alza sobre el inmundo lodazal de la vida; es un néctar delicioso, una esencia que nos endulza y perfuma.

La madre cifra toda su dicha en la ventura de sus hijos: la madre corre un tupido velo sobre su pasado, se olvida de su presente y no tiene otro porvenir que el de sus hijos, con los cuales rie si gozan, y padece dolores acerbos si los sufren ellos.

La madre no tiene otro febril deseo que el placer y la gloria de sus hijos. Ella ejerce dignamente su augusto sacerdocio; ella, desde el momento en que enseña á su hijo á balbucear el nombre de su padre, procura introducir en su corazon la semilla del bien y la virtud. El corazon de la madre es la pira inextinguible del amor, el manantial de los sentimientos elevados, el raudal de la ternura y el foco de las grandes ideas.

¡Sacrificio y abnegacion! Hé aquí sintetizada la historia de la buena madre.

La madre expresa el ideal del amor divino descendido al corazon de la mujer. Toda la poesía del hogar está reconcentrada en la madre.

El alma de la madre es una égloga, su corazon

un idilio, su mirada un poema, su palabra una balada de amor.

¡Cuán dulces son los acentos de una madre cuando éstos salen de su alma, lira hermosa que parece pulsada por ángeles y serafines! Al lado de una madre virtuosa se aspira un ambiente de pureza y santidad, célico y suave cual el perfume de la más arrobadora ilusion. La madre es nuestro genio tutelar, nuestro mentor y el ángel que cierne sus invisibles alas sobre nuestras frentes. La madre es un oásis en los desiertos de la vida.

El aturdido y el despreocupado, el indiferente y el libertino, sienten redoblar el latido de sus corazones al recordar el nombre de la mujer que les dió el sér.

La madre es en la tierra una enviada, una mensajera del paraíso para llevarnos á él. La madre es la gran influencia del Universo, porque sobre sus rodillas se forma la sociedad. Las épocas en que más genios han florecido, han sido las épocas en que han brillado mejores madres. No ha muchos dias nos decia un hombre muy distinguido y de clara inteligencia: «Mis sentimientos nobles, la pureza de mis ideas, la inmaculada inocencia de mi corazon y mi caballerosidad, los debo á mi madre; á mi madre, que me inoculó las ideas de lo bello, que es lo bueno; á mi madre, que me perfeccionó con su delicado cincel. El recuerdo de mi madre embalsama constantemente mi alma, y no soy capaz de cometer una accion mala, porque me arrullan siempre sus palabras».

Hemos referido esto, porque las frases de un hombre honrado debieran grabarse en oro en el templo de la inmortalidad.

Las lágrimas que asomaban á los ojos de nuestro buen amigo, al hablar de su madre con tierno éxtasis, eran perlas desprendidas de la diadema de su alma. ¡Madres! El cetro del mundo os pertenece: vuestro porvenir aparece radiante y esplendoroso; ilimitado el panorama de vuestras prerogativas, riente y nacarado. Ya que las modernas sociedades han sacado á la mujer de su abyeccion, del polvo en que yacía, para erigirle un suntuoso y elevado pedestal, corresponded á la dignidad de los principios proclamados en esta era culta y civilizadora.

La mujer está destinada á ser la gran figura de la humanidad: ¡madre! Y para educar la mujer el alma de su hijo, para desenvolver en su corazon los sentimientos elevados, debe conocer la ley de justicia á que todas las cosas deben estar encadenadas.

La importancia de la mujer en la vida moral y en la física, es grande, inmensa, inconmensurable.

Dice Schiller: «Honrad á las mujeres; ellas cubren de rosas celestes el camino de nuestra vida; ellas forman los nudos afortunados de amor, y bajo el púdico velo de las gracias alimentan la flor inmortal de los buenos sentimientos».

La gran idea que hoy debe agitar á la humanidad, es educar á la mujer para madre, porque la mujer necesita cultivar el alma de su hijo, desenvolviendo en su corazon los sentimientos puros y generosos, y la madre no podrá inspirar la virtud

y el heroísmo, si no ha recibido una educacion levantada.

Daniel Stern ha dicho: «Los deberes de la maternidad son compatibles con las grandes ideas, miéntras que no podrian amalgamarse con los gustos frívolos. Una mujer en el momento que lacta á su hijo, puede soñar con Platon y meditar con Descartes; y por eso bueno será su humor, y no se alterarán las cualidades de su leche; pero la que se adorna, se acicala, vela, baila, intriga, se irritará, se marchitará su seno, y el hijo sufrirá. ¿Por qué, pues, los hombres rechazan tan duramente á la mujer filósofa, y sufren con tanta complacencia á la coqueta?»

«El porvenir de una criatura es casi siempre obra de su madre», decia Napoleon I, y este aserto es muy verídico, porque las ideas que la madre inculca al niño, son las que vierte el hombre en la plaza pública.

Despues de afirmar el tiernísimo Lamartine que debe su genio á su madre, añade: «La mirada de nuestra madre es una parte de su alma que penetra en nosotros por nuestros propios ojos. Mi alegría ha dependido siempre de los ojos de mi madre, de su dulce y angelical sonrisa. Nada le ha sido más fácil que mi educacion: llevaba las riendas de mi corazon en el suyo. Ella no pedia más que bondad, y yo era bueno sin ninguna violencia, porque me inspiraba la idea de lo bueno hasta el heroísmo. Como mi alma no respiraba más que bondad, no podia producir otra cosa. Mi pensamiento, siem-

pre en comunicacion con mi madre, puede decirse que se desenvolvia en el suyo. El sistema de mi madre para conmigo no era arte, era amor».

¡Cuánta ternura revelan las anteriores frases!

No es extraño que Lamartine fuera tan grande, modelado por una mujer sublime...

La dicha de las futuras generaciones debe esperarse de la mujer; la mujer está llamada á enarbolar la bandera del progreso. La mujer ha de transformar la faz moral del Universo, porque la educacion que ella dé á sus hijos, no ha de tener por objeto (como hasta hoy) reproducir indefinidamente en las generaciones futuras los errores de las generaciones pasadas, alimentando necias preocupaciones, vulgares trivialidades, debilidades pueriles y ridículos absurdos.

La mujer debe desenvolver á su hijo la razon dejándole libre la conciencia.

Es preciso conceder libertad, para matar la hipocresía.

El espíritu no debe llevar nunca antifaz.

¡No obligueis á un niño á que mienta si no quereis hacerlo ruin!

Inspirad á una criatura en todo lo noble y justo, enseñadle por oracion el deber y por religion la moral, mostradle por premio y castigo el fallo de su conciencia, y en todas sus acciones observareis la más severa rectitud.

Haced que se practique el bien, no por temor, sino por placer, y obtendreis mejores resultados; pues si despertais la idea de hacer el bien por otro

mayor, haceis nacer la semilla del egoísmo, y ésta da siempre nocivos frutos.

No hay mision más elevada para una mujer que la de madre, si la llena cumplidamente. La aureola de la maternidad es la mejor diadema.

No existe vejez para la buena madre: deja de ser bella sin pesar al ver que su hija comienza á serlo; la abnegacion de su amor le ofrece más goces por los triunfos de su hija que por los suyos.

Una mujer coqueta deja de serlo al estrechar en sus brazos al sér que vive de su vida: se desprende de cuanto tiene relacion consigo misma, y no piensa más que en adornar al ángel que llena completamente su alma.

¡Cuán conmovedor es ver en la India á una madre con su hijo exánime en los brazos, queriendo embellecer la muerte y prodigándole tantos cuidados como á la vida!

Las mujeres de esos países, cuando ven á sus hijos helados por el soplo de la muerte, eligen un arce cubierto de flores encarnadas y festoneado de guirnaldas de apio que exhalan suave fragrancia, entrelazan las ramas y forman una cama flotante, en la cual colocan con delicadeza los despojos queridos de la inocencia.

En estas aéreas y fantásticas tumbas, penetrados los cuerpos de las sustancias etéreas, sepultados entre espesas hojas y olorosas flores, refrescadas por el rocío y embalsamadas por brisas perfumadas, se ven columpiados por los vientecillos los restos infantiles, tal vez en las mismas ramas en que el

ruiseñor ha hecho oir su doliente melodía, ó donde ha colgado su nido la paloma.

¡Qué tiernas y poéticas son estas costumbres indianas! ¡Felices las buenas madres!

Un hombre célebre paseaba una tarde con una dama en la elegante carretela de ésta, y le manifestó á la distinguida señora su deseo de visitar el cementerio en su compañía; la señora, fina y complaciente, accedió á esta peticion. Llegaron á la tranquila morada de los muertos, se apearon del carruaje, recorrieron las más soberbias galerías, donde se hacía alarde de opulencia, y concluyeron su fúnebre gira en una sombría plazoleta de cipreses: en el más oscuro rincon de ésta se alzaba una modesta lápida blanca, casi cubierta de hiedra. La curiosidad le hizo separar á la dama las hojas que cubrian una negra inscripcion, y al leerla, quedó grave y pensativa; perdiendo la sonrisa que jugueteaba en sus carmíneos labios constantemente. Habia leido en la inscripcion: «¡Duerme en paz, madre mia! ¡Tu hijo copiará tus virtudes!»

Aquella señora que no habia pensado más que en derrotar á sus rivales, aquella señora que aspiraba de continuo la atmósfera del aplauso, tuvo envidia de la pobre muerta que habia inspirado la inscripcion.

Desde entónces abandonó la vida de salon y se consagró á la educacion de sus hijos, anhelando merecer la sencilla frase que tanto le impresionó.

Há pocas noches, hojeando un libro de poesías, encontré, en una preciosa oda á su madre, los si-

guientes versos de un poeta muy inspirado, que pudiéramos apellidarle moderno Coriolano del amor filial:

«Para mí, ¡qué fuera el mundo
sin tu sombra y sin tus besos,
sin los dulces embelesos
de tu cariño profundo!
¿Qué fuera? Dolor profundo
en otros nuevos dolores;
manantial de sinsabores
y de padecer contino;
largo y medroso camino
sin luz, sin aire, sin flores.
Madre, flor de rica esencia
que Dios concederme quiso,
puerto que feliz diviso
en el mar de mi existencia;
nunca, nunca la conciencia
por ti me grite ofendida;
nunca dolorosa herida
por mí tu pecho taladre,
que al que le falta una madre
debe faltarle la vida.»

¡Oh madres, de vosotras es el reino de la tierra!

Teneis conquistada vuestra libertad y con ella vuestros derechos.

Podeis practicar lo que os dicte vuestro corazon, sin barrera alguna; podeis obrar obedeciendo vuestros impulsos sublimes; podeis purificar las costumbres y levantar las ideas, pues sois fuertes por medio de vuestro amor.

CAPITULO XVI.

LA LITERATA EN ESPAÑA.

> Se necesita todo el talento de las que en realidad son mujeres de talento, para no abatirse y sucumbir ante esa especie de cruzada que en ciertas épocas han sostenido los críticos adustos contra las autoras de libros.
>
> SEVERO CATALINA.

¡Cuántos talentos de mujeres españolas pasan ignorados, por las preocupaciones ridículas y el oscurantismo de los hombres!

Muchas mujeres brillarian si no se alzase el hombre á cada paso, diciéndoles que al tomar la pluma usurpan un derecho que sólo á ellos está concedido.

Hay mujeres que careciendo de valor para sostener perpetua lucha con el hombre, abandonan la pluma y matan su inspiracion, guardando un mutismo eterno.

El hombre español le permite á la mujer ser frívola, vana, aturdida, ligera, superficial, beata y coqueta, pero no le permite ser escritora.

Una mujer puede gastar grandes cantidades en

los fútiles caprichos que inventa la inconstante deidad apellidada Moda, pero no debe gastar veinte reales en un libro.

Esta es la lógica de la generalidad de los hombres.

Una mujer está autorizada para consagrar largas horas á la atencion de sermones insustanciales de sacerdotes ignorantes, y la mayor parte del tiempo á la *toilette*, y no está autorizada para consagrar una hora diaria al estudio.

Segun las barreras que el hombre coloca en el camino de la mujer española, ésta queda reducida á la iglesia y al tocador.

Si son tan agradables los placeres del espíritu, ¿por qué privar á la mujer el gusto de consagrarse al cultivo de las letras?

Si á la mujer le seduce tanto el brillo, si anhela en su amante, más que una hermosa figura, una aureola de gloria, ¿á qué asombrarse de que desee gloria para sí misma?

Si es débil amar la celebridad, ¿por qué castigar en la mujer una debilidad de la cual no se han visto exentos los grandes hombres que hemos considerado fuertes?

El hombre, en su desmesurado amor á la gloria, aparece muy avaro y poco noble: no le basta la que él pueda obtener; para satisfacerse necesita que no ilumine ni un rayo de gloria la frente de la mujer.

En las magníficas creaciones de los buenos escritores nos extasiamos, hacemos pública nuestra

admiracion, gozamos con los aplausos que conquistan, y nos asociamos voluntariamente á la satisfaccion que experimentan con el logro de sus deseos.

Pero ¿qué hacen ellos cuando se trata de una obra nuestra?

Si es mediana, en lugar de respetar el nombre de la mujer que la firma, considerando su aplicacion y compadeciendo no disponga de medios para ilustrarse ni de maestros que puedan dirigirla, se ensañan mordazmente contra ella, y la obra que firmada por un hombre pasaria como regular, la declaran indigna de ser leida.

Si por el contrario, la obra es muy notable, se la atribuyen á algun pariente ó amigo de la autora.

Debemos consignar, en honor de la verdad, que no son los escritores los que nos zahieren, sino los escritorzuelos.

Los hombres que han alcanzado una justa reputacion en el mundo literario, nos alientan, nos impulsan, nos celebran, si nuestras producciones lo merecen; los que nos atacan groseramente son los poetas de primer vuelo.

Estos sufren de un modo horrible cuando se publica una composicion de mujer que llama la atencion general por su mérito, y sin más autoridad que la audacia, se convierten en censores y críticos.

Es graciosísimo observar á esos Aristarcos de pega, haciendo alarde de su competencia cuando juzgan una obra de mujer.

No tiene límites la vanidad de esos hombres en miniatura, criterios en embrion, inteligencias mío-

pes, luces crepusculares, que al ver publicados ocho versos en un periodicucho no leido, se adjudican el título de poetas.

Basta que un empleadillo, que pasa su vida en el rincon de una oficina copiando minutas, haya emborronado algunas cuartillas, para que se crea una lumbrera literaria.

Las literatas tenemos en contra nuestra á los estúpidos, los ignorantes, los burlones de oficio, los pedantes de profesion, los poetastros, los retrógrados, los entendimientos apolillados, los hombres de ideas rancias y las mujeres necias.

No quedan en nuestro apoyo más que los verdaderos talentos, que desgraciadamente están en minoría.

Cuando en una *soirée* recita sus versos una poetisa, obligada por las mil instancias del ama de la casa, las risas irónicas de las necias y las miradas sarcásticas de *los filósofos de salon,* se desencadenan sobre ella.

Estos filósofos de diez y ocho años, espíritus valetudinarios, almas gastadas, que llevan en su corazon una decrepitud incomprensible, lucen, entre las necias que les escuchan, algun epigrama *plagiado* para ridiculizar á la poetisa.

Las frases satíricas tienen gran acogida entre las mujeres frívolas, que no perdonan á la literata les prive con sus versos el bailar un vals ó unos rigodones.

Por otra parte, reina tanto la envidia en nuestro sexo, que para perder las simpatías, una mujer

no necesita brillar por el talento, que es el éxito más lisonjero; basta que se prenda un lazo con más gracia que las otras.

No le perdonan las mujeres á la mujer el que atraiga la atencion en un teatro, paseo ó reunion.

Hay otra clase de mujeres que envidian el título de literata, y que luchan desesperadamente por obtenerlo.

¡Pobrecillas! Si supieran las decepciones, las calumnias, las groseras bromas que tiene que sufrir la literata, no envidiarian una corona que ostenta más espinas que flores.

Los laureles que alcanza en España la literata están rociados de lágrimas.

Los más insignificantes actos de la literata son fiscalizados, todas sus acciones comentadas y narradas de mil diversos modos, sus frases interpretadas, sus miradas espiadas, sus movimientos analizados.

Si la literata es reservada, la apellidan orgullosa; si es expansiva, charlatana; si es séria, altanera; si es alegre, loca; si es triste, romántica.

Si habla poco, dicen que se desdeña de tratar á las gentes porque no las ve á su altura; si habla mucho, que quiere imponerse y lucir sus conocimientos.

Si su conversacion es sencilla, la encuentran vulgar y poco en armonía con sus escritos; si sus frases son elegantes, dicen que escogita los términos que usa para deslumbrar, haciéndose incomprensible.

Cuando un bufon de salon quiere entretener á los concurrentes, relata episodios, escenas é historietas ridículas que siempre atribuye á la literata, porque la generalidad de las gentes consideran á la literata como un tipo raro, un sér híbrido, un ente excéntrico ó una planta exótica.

Conocíamos un poeta *estrafalario,* que cuando se le acababan los recursos para sostener la conversacion en las reuniones, tomaba por tema la eleccion de frases más ridículamente retumbantes, y se las atribuia á una literata.

Una noche le oimos decir, despues que pronunció el nombre de ésta:

—Señores, para preguntarme si me he afeitado, exclama: «¿Ha segado usted la mies de la epidérmis?» A la cocina la denomina *volcan doméstico;* á un vaso, *la cárcel del agua.* ¿Qué les parece á ustedes?

Desde luégo esto produjo grandes risas, y el poeta, animado por ellas, continuó:

—Para decir á un cochero que la conduzca á la Puerta del Sol, le grita en estos términos: «*Auriga, transpórtame á las regiones do mora Febo*». Para celebrar una mano de mujer, le dice á ésta: «*Admiro la ebúrnea epidérmis de tu nívea y diminuta é inverosímil mano*». Para pedir licor á la señorita de la casa donde se halla de tertulia, le dice al abrirse el bufet: «*Ven, ninfa Hebe, y tráeme el néctar del Olimpo*».

Despues de oir tales dislates, nos hicimos presentar en casa de la literata á quien el poeta se re-

feria, y tuvimos la curiosidad de tratarla. Pronto advertimos que la literata en cuestion, sumamente juiciosa y de muy buen criterio, era incapaz de pronunciar aquella jerigonza, reñida con el sentido comun.

La observamos minuciosamente, y vimos que era una mujer que hablaba con discrecion, que limpiaba su casa, se hacía los trajes, zurcia calcetines, llevaba la lista de la lavandera, y dirigia á sus amigas en algunas labores.

Despues averiguamos que aquel poeta habia sido rechazado en sus pretensiones amorosas por la literata.

¿Qué les parece á nuestros lectores la conducta del poeta?

No queremos calificarla, y concedemos este derecho al público.

El público fallará.

La indignacion producida por las sangrientas burlas dirigidas á las literatas, ha inspirado la siguiente composicion á la poetisa catalana Josefa Masanés:

RESOLUCION.

¿Que yo escriba? No por cierto,
no me dé Dios tal manía;
ántes una pulmonía,
primero irme á un desierto.

Antes que componer, quiero
tener por esposo un rudo,
mal nacido, testarudo,
avariento y pendenciero;

Educar una chiquilla
mimada, traviesa y boba;
oir vecina á mi alcoba
la Giralda de Sevilla.

Si yo compongo, mi rima
censure el dómine necio,
lea el sabio con desprecio,
y un zafio cajista imprima;

Un muchacho la recite
con monotona cadencia,
la destroce en mi presencia,
y ponga frases y quite.

¡Escribir yo, cielo santo!
Mal me quiere usted, D. Juan.
¿Ignora usté el qué dirán,
y á cuánto me expongo, á cuánto?

¡Oh! No habrá quien me convenza,
bien puede usted argüir:
¡una mujer escribir
en España! ¡Qué vergüenza!

¿Pues no se viera en mal hora
que la necia bachillera
hasta frances aprendiera?
¿Ha de ir de embajadora?

Antes, señor, las muchachas
no estudiaban, ni leian,
ni en toda su vida oian
esas palabras gabachas.

Y en lo de escribir, ¡ya, ya!
¡Para que mamá quisiera!
¿Por qué? Porque tambien era
muy ladina la mamá.

Pues como digo, señor,
las muchachas no estudiaban;
pero en cambio, ¡cuál fregaban!
¡Barrian con un primor!

Hilaban como la araña,
amasaban pan, cernian,
y apuesto que no sabian
si el godo invadió ó no España.

¿Qué le importa á la mujer
de dó se exporta el cacao,
si es pesca ó no el bacalao,
como lo sepa cocer?

¿Qué importa que el hijo tierno
le pregunte: «Madre mia,
el sol, cuando empieza el dia,
dime, ¿sale del infierno?»

Y ella conteste: «No sé.
Calle el rapaz. ¡Qué pecado!
Un niño bien educado
nada pregunta, ¿está usted?

Mas oye: creo, mi amor,
que cuando el sol resplandece,
dentro del mar permanece
hasta la siguiente albor».

Y el niño, que la escuchare,
ya nada pregunta más;
luégo, ¡vaya Barrabas
y su entendimiento aclare!

Digan que la mujer es
la que influye en gran manera
en la educacion primera
de la inocente niñez.

Digan que toda impresion
que en esa edad recibimos,
dura miéntras existimos
fija en nuestro corazon.

Digan esto ú otra cosa,
que nada habrá de perdido;
hasta digan que al marido
es igual su dulce esposa.

Esto, de puro sabido,
en mi patria se ha olvidado;
si nos han menospreciado
es... porque Dios ha querido.

¡Y usted, amigo, quisiera
que una niña el canto alzara,
que yo en metro... La pagara
bien cara, si tal hiciera.

Las masas, horrorizadas,
pondrian al cielo el grito.
¡Tristes frases de mi escrito
en hora aciaga trazadas!

¡Cuál quedara mi persona,
mordida por tanta boca!
Me llamaran necia, loca,
visionaria, doctorona.

Sin amor ni compasion,
alguno, con tono ambiguo,
dice que de escrito antiguo
es copia mi concepcion.

Algun otro maldiciente
chilla con acre ironía:
«Es más fea que una arpia
esa niña impertinente.

Sin aseo la loquilla,
siempre á vueltas con Cervántes,
recitando consonantes
de Calderon ó Zorrilla,

¿Cómo podrá gobernar
bien su casa? ¡Es imposible!»
¡Cual si fuera incompatible
coser y raciocinar,

Ó cual si fuera mejor
en nuestros ratos de ocio,
escuchar del amorío
el arrullo seductor,

Que no buscar afanosa
cómo mejor aprender
el responsable deber
de madre tierna y esposa!

Es mejor tarde y mañana
murmurar, andar, correr,
cual tabla de mercader
estar siempre en la ventana;

Burlar sin fe ni pudor
el desvelo paternal,
el cariño conyugal;
esto merece loor.

Anatema al escribir,
al meditar y leer;
amigo, sólo coser
y murmurar, ó dormir.

Hace pocos dias fué presentada una literata en una reunion de confianza: á los pocos momentos de hallarse allí, se le acercó una señora bastante

estúpida, y con entonacion atrevida é irónica le pidió que improvisase. La literata adivinó al momento que la señora queria divertirse, y le contestó secamente: «Señora, yo no improviso, pienso mucho lo que digo». La señora se quedó muda ante tal contestacion, y el ama de la casa, mujer de gran talento, tan pronto como se enteró del suceso, felicitó espontáneamente á la literata.

Creen algunos hombres que la mujer, al tomar la pluma, abandona la aguja y todos sus deberes domésticos.

¡Fatal error!

Conocemos á todas nuestras literatas, y entre ellas sólo cuatro ó seis disponen de bastante fortuna para permitirse el lujo dispendioso de una modista; las restantes todas se hacen los trajes y repasan la ropa de la casa, porque todas ellas pertenecen á la clase media.

En la aristocracia del dinero sólo existen tres ó cuatro mujeres que escriban; las demas, ni cultivan las letras, ni dedican la vida al costurero.

¿Qué es más noble, dedicarse á la literatura despues de cumplir los deberes domésticos, ó vivir en el ocio que viven algunas de nuestras aristocráticas damas, sin saber escribir siquiera una carta?

Para el vulgo, «casa de literata» es sinónimo de «casa de desórden». Podemos asegurar, porque las hemos frecuentado, que en todas las casas de nuestras escritoras reina un órden admirable.

En cambio, un médico amigo nuestro nos refi-

rió que habiendo visitado más temprano de lo que acostumbraba á una aristocrática dama, se encontró en el cuarto de ésta tal batería de lazos, bucles, horquillas, flores y gasas por el suelo, que no pudo dar un paso hasta que una doncella lo recogió.

Para sentarse tuvo mil dificultades el susodicho, porque los sillones se hallaban llenos de faldas, chales, cuellos y mangas.

La dama habia pasado la noche en un concierto, y se habia desnudado sin su doncella.

De ahí se infiere que si hay órden en las casas de algunas de nuestras opulentas damas, se debe á la servidumbre con que cuentan.

Conocimos en Madrid una virtuosa poetisa tan inspirada como sencilla; era madre de cuatro hijos, tres niñas y un muchacho. Las niñas, admirablemente educadas, se distinguian por su talento precoz y por las mil habilidades que les habia hecho adquirir su buena madre. La mayor, que contaba once años, ofrecia á su papá, ya una camisa bordada, ya una traduccion del italiano.

Las otras niñas, cada una tocaba en el piano, con gran acierto, los estudios que le señalaba el maestro.

Aquella feliz madre, á la que tuvimos el honor de tratar íntimamente y con cuya amistad nos honramos, dormia rodeada de sus hijas, y en ninguna casa se veian costumbres más en armonía con el órden y con la higiene que en la suya.

Siempre que les compraba á las niñas algun ju-

guete, procuraba que éste les enseñara algo útil; de modo que aquellas niñas no perdian nunca el tiempo. Recordamos que los juguetes de la mayor, llamada Emilia, consistian en bellos libros, álbums, estereóscopos, láminas de edificios notables y fotografías de los cuadros del Museo.

Así es que la niña Emilia, al ver un gran cuadro, nos decia al momento quién era su autor y á qué escuela pertenecia.

En aquella casa reina hoy cual entónces la paz, la alegría, el amor; el padre de las niñas bendice la hora en que eligió para esposa una mujer instruïda.

La poetisa á que nos referimos es gallega, y hoy reside en Lugo. No decimos su nombre por no herir su modestia.

¿Por qué tanta severidad para juzgar á la mujer escritora?

En otras naciones, la escritora representa un primer papel en todas partes.

¿A qué atribuir el que no suceda así en España?

A falta de civilizacion.

Un eminente escritor, dotado de tan gran talento como sentimientos nobles y generosos, ha dicho:

«En nuestro sistema de educacion y áun de vida, es muy difícil que broten mujeres de vocacion directa hácia los estudios serios; pero si brotan y se dan á conocer, serán por extremo cobardes los críticos que las desalienten, y por extremo egoistas los sabios que las menosprecien.»

Este eminente escritor es Severo Catalina.

¡Hombres, abandonad vuestro egoísmo y desprendeos de absurdas preocupaciones!

Mme. Tastú brilló como gran poetisa y gran madre de familia.

El ridículo que haceis inherente al nombre de autora, debe desaparecer ante el mérito de la que lo sea; ante sus grandes cualidades de esposa y madre, que de ningun modo son incompatibles con las letras. La escritora es siempre mujer; pues se ocupa del costurero, el tocador y la cocina.

La escritora existirá siempre como ha existido en todas épocas.

Lo mismo entre los gentiles que entre los cristianos, en las altas clases sociales que en las clases plebeyas, han brillado mujeres de númen poético.

Es una aberracion suponer que la mujer pervierte sus sanas costumbres y puras ideas, cuando eleva su entendimiento por el estudio.

Al frente de las más notables escritoras podemos colocar á Santa Teresa de Jesus, Santa Catalina de Sena, á Tecla, discípula de San Pablo, á Valeria Proba, á Hidegalda, y otras muchas mujeres que se distinguieron por sus virtudes y sabiduría.

El hombre, al censurar á la mujer tan severamente como suele hacerlo, no debe olvidar que si las mujeres tienen defectos, los hombres tienen vicios.

Y si algun literato acusa de vanidad á la escri-

tora, tenga presente que la vanidad literaria es inherente á la generalidad de las personas que cultivan las letras, que la vanidad literaria es una enfermedad ingénita, endémica, contagiosa é incurable entre los hijos de las Musas, entre los habitantes del Parnaso.

EPÍLOGO.

Hemos tratado de manifestar á la mujer española *lo que es* y *lo que puede ser*.

Léjos de nuestro propósito el adularla; mas es preciso conceder que hasta hoy se ha doblegado ante la idea de su incompetencia, porque el hombre la ha acostumbrado á esta falsa idea, no por falta de méritos.

El dia que España marche á la cabeza de la civilizacion, nuestras mujeres no serán inferiores en nada á las extranjeras.

Hemos alentado á la mujer para que sacuda el ominoso yugo de la ignorancia, convencidas de que el hombre ha de hacer poco en su favor, y de que todas las prerogativas que ella conquiste se las deberá á sí misma.

Pero queremos que la mujer enarbole la bandera del progreso dentro de la familia, porque fuera de ella es la mujer un sér incompleto.

Nuestro amor á la mujer nos obliga á obrar así: sin egoísmo, sin cálculo de ningun género.

No aspiramos á gratitud ni recompensa alguna.

La razon, la justicia y la verdad guian nues-

tra pluma en obsequio del sexo que tanto merece y que tan poco ha obtenido todavía.

Ayúdenos la mujer en nuestra gran empresa, porque sin su ayuda nuestros esfuerzos serán inútiles.

El amor propio debe ser la palanca que mueva á la mujer española, sacándola de su apatía y nivelándola con la mujer de otras naciones.

Pocos son nuestros recursos, escasas nuestras facultades, exiguas nuestras fuerzas y débil nuestra voz; pero es tan ferviente nuestra fe, tan inmensa nuestra voluntad, tan gigante nuestra esperanza y tan incansable nuestra perseverancia, que contamos seguro el triunfo de nuestra idea, y no vacilarémos jamás ante la más fatigosa lucha.

El engrandecimiento de la mujer es nuestra constante aspiracion, y á este vehemente anhelo sacrificarémos cuanto sea necesario.

El espíritu de patriotismo nos anima, y dominadas por este sentimiento, no retrocederémos ante las mayores dificultades, si tras ellas vislumbramos una aurora refulgente, un rayo de luz inextinguible, un sol esplendoroso que ilumine el entendimiento de la mujer española.

Nuestro entusiasmo no nos ofuscará en lo más mínimo; pues si encontramos algo que censurar en ella, lo censurarémos imparcialmente, y si encontramos mucho que admirar, nos declararémos sus panegiristas.

Desde 1.° de Marzo de 1873, en que fundamos el periódico titulado *La Ilustracion de la Mujer*,

hemos consagrado todos nuestros trabajos literarios á la propaganda de la idea que desarrollamos en este libro. Debemos manifestar que desde entónces hemos visto secundados nuestros propósitos por escritoras muy inspiradas, y que nuestra palabra ha encontrado eco en inteligencias brillantes de mujeres distinguidas.

En corroboracion de lo que acabamos de manifestar, transmitimos á nuestras simpáticas lectoras la bella composicion poética de Ermelinda Ormaeche, que recibimos cuando dirigíamos *La Ilustracion de la Mujer,* periódico que dirige actualmente doña Sofía Tartilan:

A MARÍA CONCEPCION GIMENO.

¡Salve, luz esplendente y bienhechora
cuyos puros fulgores iluminan
un horizonte ilimitado, extenso,
que se abre risueño á nuestra vista!
¡Salve, salve! Tus vividos destellos
con júbilo inefable el alma admira,
miéntras alza hasta tí valiente canto,
de gratitud y de entusiasmo henchida!
¡Húndase ya el alcázar execrable
do la ignorancia estúpida existia,
y entre las alas de huracan violento
desparezca hasta el polvo de sus ruinas!
¡Caiga en pedazos mil la oscura venda
que en negra sombra envuelve todavia
de la mujer el almo pensamiento,
su inteligencia superior y altiva!
Para cumplir altísimos destinos,
para llenar mision casi divina,
las nieblas que su espíritu rodean
ahuyentar para siempre necesita.

Pasaron, es verdad, aquellos tiempos
en que el hombre soberbio y egoista,
en el mundo moral éralo todo,
al par que el mundo físico regía.
El Cristianismo, al descender del cielo,
las cadenas rompió de la cautiva,
y desapareciendo el bruto hermoso,
se alzó la criatura noble y digna.
Empero ¿se ha hecho ya cuanto era dable?
¿Se ha llegado á la meta apetecida?
¡Oh, no! Aún hay que trabajar con brio,
con fe, con indomable valentía.
Falta lo más difícil; la batalla
última, que ha de ser la decisiva,
y de la cual han de salir triunfantes
la razon, la verdad y la justicia.
Del templo del saber las áureas puertas
aún permanecen fuertemente unidas
ante el sér racional, igual al hombre,
que piensa y siente y á la gloria aspira.
Y crea, y ama, y en la mente lleva
el átomo de luz, la ardiente chispa
que, encendida por Dios, vierte en su torno
rayos de claridad jamás extinta.
¿Y es esto justo? El sér privilegiado
que ocupa en el hogar, en la familia,
el más alto escalon, que desempeña
la más grande y augusta jerarquía;
El sér á cuyo seno el hombre ingrato
llega á beber la savia de la vida,
y que más tarde, con cariño inmenso,
sus torpes pasos por el mundo guia;
Que guarda para él ¡para él tan sólo!
en su pecho ternuras infinitas;
que en los momentos de terrible prueba,
su fe, ya vacilante, fortifica...
¡La madre! ¿Ha de llevar sobre su frente
de la ignorancia el vergonzoso estigma,
que arranque al labio de su propio hijo
de lástima ó de burla una sonrisa?

¡Pensadlo bien, vosotros los que abrigo
á preocupaciones tan mezquinas
dais, cual la de creer—¡pobres ilusos!—
que á la mujer la ciencia perjudica!
¡Pensadlo bien! Y léjos de oponeros
al logro de su empresa santa y digna,
lanzando contra ella estéril lluvia
de sarcasmos y necias diatribas,
Prestadle todos generoso apoyo
para que, exenta de temores, siga
por la gloriosa, aunque escarpada senda,
que al fin que se propone la encamina.
El levantado móvil que la impulsa,
el deseo ardoroso que la anima,
es solamente el bien de los humanos,
es el afan de asegurar su dicha.
Unid, pues, á la suya vuestras voces,
y un himno de dulcísima armonía
del mundo por los ámbitos se extienda,
llevado en alas de ligera brisa.
Saludad entusiastas á esa aurora
que, bella y sonriente, se aproxima,
de las tinieblas desgarrando el fondo
con el destello de su lumbre viva.
Aunad vuestros esfuerzos, que ninguno
de la razon al yugo se resista,
y vereis cuál se forma grano á grano
la montaña titánica y altiva.
¡Y tú, feliz doncella, en cuyas manos
tremola la bandera bendecida
que en sus pliegues ostenta el lema santo
de *Proteccion*, *Moralidad*, *Justicia;*
Tú, que sientes latir dentro del pecho
un corazon en que la fe se anida,
no desmayes jamás! «¡Siempre adelante»,
recuerda que has fijado en tu divisa!

ERMELINDA ORMAECHE Y BEGOÑA.

Santander 21 Marzo, 1873.

Estos versos encarnan perfectamente nuestras ideas; la autora de ellos ha sido una de las mujeres que con más entusiasmo se ha asociado á nuestra noble empresa.

Hemos aprovechado la oportunidad de manifestarle que nunca la olvidamos.

Ojalá contribuyan muchas mujeres con sus facultades morales á dignificar el sexo.

Venza la mujer su natural indolencia y dedíquese un poco al estudio, para que si le toca por compañero de su vida un hombre ilustrado, haya entre *él* y *ella* ideas comunes, aspiraciones semejantes, gustos idénticos y opiniones convergentes.

Es dolorosísimo que el hombre no pueda hablar á la mujer, muchas veces ni de lo que conviene á ambos, por no hallar un lenguaje que ella pueda entender.

Es vergonzoso que el hombre arrastre su existencia por los casinos y cafés, por no encontrar el atractivo de una amena conversacion en el hogar.

Es sensible que hasta en sociedad formen los hombres círculo aparte en animada conversacion, y no sepan qué decir al formar el mismo círculo los dos sexos.

Instrúyase la mujer, que siempre le será útil la instruccion que adquiera.

Recuerden los que se oponen á que la mujer cultive las artes y las letras, que en Francia algunas escritoras han sostenido á su familia y á un marido enfermo ó despojado de sus bienes, con el producto de la pluma.

La virtuosa Mme. Condorcet, miéntras su ilustre marido se halló proscrito, falto de todo recurso, porque le habian secuestrado sus bienes, se dedicó á hacer retratos en una pequeña tienda situada cerca de la casa de Robespierre, en la calle de Saint-Honoré.

Dice uno de los biógrafos de Mme. Condorcet:

«El atractivo singular de pureza y dignidad que habia en aquella mujer, conducia hácia ella á los más violentos enemigos de su esposo. ¡Cuánto debió escuchar su casto oido!

»Al caer la tarde, temblorosa y con el corazon agitado, iba á la calle de Servandonis, calle sombría y oculta por las torres de San Sulpicio, y subia á la habitacion de su esposo, ligera y trémula, temiendo ser conocida. Tenia cuidado de ocultar al proscrito las humillaciones, las barbaridades y las groserías que tenia que sufrir ejerciendo su modesta industria, con la cual sustentaba á su familia.

»Pero el desgraciado Condorcet penetraba demasiado en el alma de su esposa y leia en su pálida sonrisa la muerte de su corazon.»

¡Qué laboriosidad, qué virtud la de esta mujer admirable!

¡Atreveos á censurar á las escritoras y artistas despues de conocer estos rasgos!

Sofía Gay y su madre vivieron dignamente una larga temporada con el producto de sus novelas.

Si en España tuvieran más preponderancia las artes y las letras, algunas mujeres podrian sacar de la indigencia á sus familias.

Es un error creer que sus escritos no han de producirle á la mujer los medios para atender á su subsistencia.

En España, país poco literario, no puede sacar la mujer gran partido de sus obras, porque tampoco lo sacan los hombres; pero en Francia, Alemania é Inglaterra, son muchas las mujeres que viven del producto de sus escritos.

Sin embargo, á pesar de lo que sucede en España, la jóven poetisa Rosario de Acuña y Villanueva ha visto representar su precioso drama *Rienzi el Tribuno* diez y ocho noches consecutivas con un lleno completo en el teatro, y la empresa, deseosa de asociarse al público para premiar el brillante trabajo de Rosario, le concedió un beneficio en el cual se vió extraordinariamente halagada la autora de *Rienzi,* excediendo á sus esperanzas los resultados positivos.

Rosario de Acuña ha probado lo que tantas veces hemos dicho, que la inteligencia no tiene sexo: frecuentemente estamos viendo escritos de hombres que revelan una inteligencia débil y medrosa, y el númen de Rosario es viril, su pensamiento vigorosísimo.

Las que amamos verdaderamente la gloria del sexo, tuvimos ocasion de ver satisfecho nuestro anhelo, la ya célebre noche del estreno de *Rienzi.*

Era interesante el aspecto que ofrecia el público á la mirada del observador.

Se trataba de un drama de mujer, del gran acontecimiento de la temporada.

La impaciencia y la curiosidad brillaba en unos semblantes, la desconfianza en otros, la inquietud y el temor en los más.

Severos críticos, adustos escritores que no ven la inteligencia de la mujer al nivel de la del hombre, se hallaban preparados á la sátira más mordaz, si el éxito más ruidoso no hubiera coronado los afanes de la poetisa, castigando su audacia al quererse colocar en la galería de los poetas dramáticos.

Pero felizmente los más severos Aristarcos doblaron la cerviz, y acataron el talento de la autora.

Los espontáneos y entusiastas aplausos resonaban en nuestros corazones, porque la gloria que la mujer conquista, es la gloria de todo el sexo.

Palpitantes de emocion fuimos á rendir á la autora y á la inspirada Elisa Boldun el homenaje de nuestra admiracion y entusiasmo.

Elisa Boldun, una de las primeras actrices de España, se hallaba radiante: la luz del genio iluminaba su simpática y bella figura.

Elisa Boldun domina completamente la escena: todos los tonos del sentimiento los recorre con admirable maestría.

Sus facciones tienen tan gran movilidad y fuerza de expresion, que con una mirada sabe arrancar ruidosos aplausos.

En las inflexiones de su voz hay acentos para todas las pasiones, para todas las penas y todas las alegrías.

Altiva y soberbia para expresar la indignacion, suave y dulce para expresar la ternura, y vehe-

mente en la manifestacion del amor, Elisa se apodera fácilmente del ánimo del espectador y le hace sentir lo que ella quiere.

El talento de Elisa Boldun es universal, porque domina todos los géneros de poesía, desde el trágico hasta el festivo.

Pudiéramos prolongar mucho más esta obra, patentizando las mil ocasiones en que ha demostrado la mujer su clara inteligencia en todos los ramos del saber; pero plenamente convencidas de que un libro de esta índole no se lee si presenta grandes dimensiones, decidimos terminarlo.

No nos despedirémos de la mujer sin recomendarle que se imponga por su virtud y su inteligencia; pero que, léjos de presentar la virtud adusta, ceñuda y fea, y la inteligencia desaliñada, haga concebir la virtud risueña, atractiva y seductora, y á la ilustracion encantadora por su sencillez, y bella por la atmósfera de progreso que ella crea.

La ilustracion, que mata la frivolidad en la mujer, no matará su buen gusto para el decorado de su casa y el atavío de su persona; porque la ilustracion desarrolla el sentimiento de lo bello, y no despoja á la mujer de la coquetería encantadora, que se hace tan amable y que tanto dista del coquetismo, porque la coquetería es la gracia, y el coquetismo la maldad.

Procure la mujer, ante todo, permanecer fiel á su sexo.

Cese ya esa guerra sorda y sin tregua de la mujer hácia la mujer.

¡Bastante tenemos con nuestros detractores para desprestigiarnos!

Recordad este pensamiento de Michélet: «Las mujeres, que tienen entre sí un destino aparte y tantos secretos comunes, deberian amarse un poco más y sostenerse en lugar de hacerse la guerra, cuando por el contrario se perjudican indirectamente en mil cosas».

¡Mujeres, protejámonos y cubramos nuestras imperfecciones con el manto de la benevolencia y la caridad!

Y ya que conoceis nuestras doctrinas tan en provecho vuestro, superad nuestro trabajo con vuestros adelantos.

Nuestra ambicion de propagandistas se verá satisfecha al vernos sobrepujadas por las iniciadas.

No olvideis que los anatemas lanzados contra las mujeres ilustradas, desaparecerán en el momento en que todas lo sean.

Despreciad los sofismas de los que quieren haceros vivir muy bajas, por no tomarse el trabajo de elevarse ellos.

Instruios, y les obligareis por este medio á que se instruyan.

Desconfiad de los que os prefieran ignorantes.

CATÁLOGO

DE LAS ESCRITORAS Y ARTISTAS MÁS REPUTADAS ESPAÑOLAS Y EXTRANJERAS.

A

Avellaneda (D.ª Gertrúdis).
Arenal (D.ª Concepcion).
Auber (D.ª Virginia Felicia).
Arróniz (D.ª Teresa).
Armiño de Cuesta (D.ª Robustiana).
Alvarez Mijáres (D.ª Emilia).
Acuña (D.ª Rosario).
Asensi (D.ª Julia).
Arráez de Lledó (D.ª Dolores).
Addí (Mistress).
Abel de Pujol (D.ª Adriana María).
Agnesi (D.ª María Gaetana).
Agreda (Sor María de Jesus).
Alberini (D.ª María).
Aragon (D.ª Julia).
Alorna (Marquesa de).
Arnim (D.ª Isabel).
Arundel (D.ª María).
Astell (D.ª María).
Auber (D.ª Constancia).
Avalos (D.ª Constancia).
Azzi (D.ª Faustina).
Autragues (Mme. de).
Astorgue (D.ª Luisa).
Alacoque (Sor María).
Agnosciola (Sophonisba).
Arroyo (D.ª María de).
Andusa (D.ª Clara de).
Alarcon (D.ª Cristobalina de).
Aparici (D.ª Rosa).
Aguiar (Marquesa de).
Armendi de Ozóres (D.ª Pilar, condesa de Priegue).
Alba (D.ª Joaquina F. de).

B

Biedma (D.ª Patrocinio).
Balmaseda (D.ª Joaquina).
Bautista y Patier (D.ª Eladia).
Bourdon (D.ª Matilde).
Bengoechea (D.ª Soledad).
Beaufort (D.ª Margarita).
Bell-lloch (D.ª María de).
Becher-Stowe (Doña Enriqueta).
Beauharnais (Condesa de).

Bravo (D.ª Rafaela).
Bridoux (D.ª Victorina).
Bremer (D.ª Federica).
Butler (D.ª Rosa).
Buat (D.ª Catalina).
Borao (D.ª María Cruz).
Bachi (D.ª Claudia).
Bacon (D.ª Ana).
Badajoz (D.ª Catalina).
Baldaces (D.ª María Magdalena).
Barraulde (D.ª Ana).
Bardi (religiosa florentina).
Bertholomew (D.ª Ana).
Basi (D.ª Laura).
Bastida (D.ª Camila).
Beaumont (Princesa de)
Beauvais (Esther de).
Beccher (Miss Catalina).
Bekker (D.ª Isabel).
Bell (D.ª Carlota).
Benger (D.ª Isabel).
Berri (D.ª María).
Berthou (D.ª Sidonia).
Bertin (D.ª Luisa).
Biscoi (D.ª Enriqueta).
Bicencio (D.ª Paula).
Bourdon (D.ª Matilde).
Borris de Ferrant (D.ª Natalia).
Bóveda (Marquesa de).
Bautista (D.ª Juana).

C

Coronado (D.ª Carolina).
Calé de Quintero (D.ª Emilia).
Cabrera (D.ª Dolores).
Calero de los Rios (D.ª María Encarnacion).
Cambronero (D.ª Manuela).
Cánovas (D.ª Aurora).
Caño (D.ª Luisa).
Cardon y Charro (D.ª Julia).
Castro de Murguía (D.ª Rosalía).
Cerrada (D.ª Elena).
Cruz (D.ª Juana Ines de la). Religiosa mejicana.
Cottin (Mme. de).
Cepeda (D.ª María del Rosario).
Cavia (D.ª Pilar).
Cerveró y Cortés (D.ª Rosario).
Céspedes (D.ª Úrsula).
Condorcet (Mme. de).
Correa (D.ª Isabel).
Castro (D.ª Hortensia de).
Craven (Señora de).
Carrasco (D.ª Lorenza).
Corral (D.ª Rita).
Corral (D.ª Clara).
Contréras (D.ª Juana).

D

Díaz de Lamarque (D.ª Antonia).
Domingo y Soler (D.ª Amalia).
Durán de Leon (D.ª Luisa).
Dacier (D.ª Ana).
Deshouliers (D.ª Antonieta).
Dova D'Istia (D.ª Elena).
D'Herincourt (Mme).

E

Estevarena (D.ª Concepcion).
Estévez (D.ª Sofía).
Espejo (D.ª Cármen).
Espíritu Santo (Sor Catalina del).
Eashlake (Lady Isabel).
Ehrmaun (D.ª Mariana).
Elleudder (D.ª María).
Estévez de García del Canto (D.ª Josefa).
Enríquez de Guzman (D.ª Feliciana).
Estampes (D.ª Ana de).
Epinay (Mme. de).
Espinosa de Rendon (D.ª Silveria).

F

Fernan Caballero (D.ª Cecilia Böhl).
Fenollosa y Péris (D.ª Amalia).
Francois de Izaguirre (Doña Margarita).
Fonseca (Marquesa de).
Feiluz (D.ª Susana).
F. de Arciniaga y Martinez (D.ª Antonia).
Fonte (D.ª Moderatta).
Feijó (D.ª Eduarda).
Federico (D.ª Dolores de).

G

Grassi (D.ª Angela).
Gassó y Ortiz (D.ª Blanca).
Gassó (D.ª Leopolda).
Gallegos (D.ª María).
García (D.ª Domitila).
García (D.ª Adela).
García Miranda (D.ª Vicenta).
García de Santa Coloma (Doña Eloisa).
Gómez de Avellaneda (Doña Elena).
Gauttier (Mlle. de).
Génlis (Condesa de).
Gonzaga (D.ª Isabel de).
Gonzaga (Lucrecia de).
Girardin (Mme.).
Gónjes (D.ª Olimpia de).
Geoffrin (Mme. de).
Gálvez (D.ª María Rosa de).
Gil (D.ª Custodia).
García Canedo (D.ª Evarista).
Gil de Montes (D.ª Rosario).
Gómez de Cádiz de Velasco (D.ª Dolores).
Gómez de Salazar (D.ª María del Patrocinio).

H

Hale (Mistress Sarah).
Hall (Mistress Ana María).
Hanke (D.ª Enriqueta Guillermina).
Herbelin (D.ª Juana Matilde).
Huber (D.ª María).
Haro (Señorita de).

CH

Chartelet (Marquesa de).
Chisholm (D.ª Carolina).
Cherner (D.ª Matilde).
Chabri (D.ª Magdalena).
Chatelet (Mme. de).
Cheix (D.ª Isabel).

I

Iracheta y Arginarena (D.ª Francisca).

J

Jimena (seudónimo). Escritora catalana.
Jorge Sand (seudónimo).
Joya (D.ª Isabel de).
Jiménez (D.ª María del Cármen).

K

Kampmark (Condesa de).
Kavanach (Miss Julia).

L

Lozano de Vílches (D.ª Enriqueta).
López de Baños (D.ª Amparo).
Leon (D.ª Rogelia).
Llanos (D.ª Eulalia).
Lenclos (Ninon de).
Lanob (Lady Carolina).
Lista de Milbart (D.ª Aurora).
Llorente (D.ª Dolores).
Lacer (D.ª Casilda).
Luna del Castillo (Doña Elvira).

M

Maturana Gutiérrez (D.ª Vicenta).
Méndez y Zamora (D.ª Carlota).
Manrique (D.ª Corina).
Masanés (D.ª Josefa).
Masaron (D.ª Agustina)
Moreno y Nestor (D.ª Josefa).
Monserdá (D.ª Dolores).
Mezquita (D.ª María).
Mendoza (D.ª Mencía).
Mazenhonlf (Mme. de).
Martin de Díaz y Pérez (Doña Emilia).

Mazzini (D.ª Angela).
Mendoza de Vives (D.ª María).
Mijáres del Real (D.ª Emilia).
Moreno Gómez (D.ª María).
Moreno Moráles (D.ª Eduarda).
Menéses (D.ª Juana).
Medrano (D.ª Lucía de).
Montant (D.ª Dolores).
Marcel (Señora de).
Molero (D.ª Josefa).
Martínez Falero (Doña Pascuala).
Murell (D.ª Juliana).

N

Nieto de Aragon (D.ª María).
Neker (Mme. de).
Nicolau (D.ª Josefa).
Neda (D.ª Cármen).

O

Ormaeche y Begoña (D.ª Ermelinda).
Orbegoso (D.ª Matilde).
Ocio y Saló (D.ª Isabel).

P

Peña (María de la). Seudónimo.
Pérez de Reoyo (D.ª Narcisa).
Peña de Amer (D.ª Victoria).
Pardo Bazan (D.ª Emilia).
Príncipe (D.ª Clotilde Aurora).
Palau (D.ª Emilia).
Puisieux (Mme. de).
Paz (D.ª Elena de la).
Paz (D.ª Catalina de la).
Pinedo (D.ª Valentina).
Pozo de Guerrero (D.ª Adelaida del).
Pérez (D.ª Carolina).
Perin (D.ª Modesta).
Pujol (D.ª Josefa).
Pagés (D.ª Antonia).

Q

Quintana y Medina (D.ª Juana).
Querol (D.ª Aurelia).

R

Riego Pica (Doña Francisca Carlota).
Rójas (D.ª Natividad).
Rifá (D.ª Micaela).
Robert (Mme. de).
Ribot (D.ª Jerónima)
Rivadeneira (D.ª Isabel).
Raymond (D.ª Emelina).

Robledo (D.ª María Niéves).
Riccoboni (Mme. de).
Remusat (Mme. de).
Ratazzi (Mme. de).
Roland (Mme. de).
Recamier (Mme. de).
Real de Mantaras (D.ª Peregrina).
Rodríguez de Allariz (D.ª Isabel).
Rosemberg (Condesa de).

S

Sáez de Melgar (D.ª Faustina).
Sinués de Marco (D.ª Pilar).
Silva (D.ª Micaela de).
Sánchez Cantos (D.ª Adelina.)
Sánchez de Montesinos (Doña Josefa).
San Roman (D.ª Josefa).
Sanjuan (D.ª Pilar).
Surco (Marquesa del).
Solis (D.ª Elvira).
Salm (Princesa de).
Stäel (Mme.).
Sapinaud (Mme.).
Siefert (D.ª Luisa).
Silva (D.ª Elena de).
Scuderi (Mlle.).
Segur (Condesa de).
Sevillano de Toral (D.ª Josefa).
Serrano (D.ª Joaquina).
Sevigné (Mme. de).
Savetchine (Mme. de).
Sirey (Mme. de).

T

Troncoso de Oiz (D.ª Matilde).
Tartilan (D.ª Sofía).
Trillo (D.ª Catalina de).
Tamarit (D.ª Cármen).
Torrezao (D.ª Guiomar).
Tristan (D.ª Flora).
Tapia (D.ª Amadora).
Teucin (Mme. de).

U

Ugarte Barrientos (D.ª Josefa).
Ubarri (D.ª Catalina).

V

Velaviña (D.ª Luisa).
Velarde (D.ª Eulalia).
Vicent (D.ª Adela).
Villamartin (D.ª Isabel de).
Van-Halen (Doña Margarita).
Valle y Moya (D.ª Concepcion del).
Velasco de Bouvier (D.ª Cármen).
Venera (D.ª María Ana).
Vera (D.ª Joaquina).

Velilla (D.ª Mercédes).
Van de Vyver (Condesa de).
Vílches (Condesa de).
Verea (D.ª Constanza).

W

Waflar de Arce (D.ª María).
Wilson (Baronesa de).

Z

Zambrana (D.ª Luisa Pérez de).
Záyas (D.ª María).
Zurita (D.ª Lorenza).
Zúñiga y Castro (D.ª Josefa, condesa de Lémos).

PENSAMIENTOS

DE HOMBRES EMINENTES, EN PRO DE LA MUJER.

Las mujeres son más que los ángeles, porque son madres.—Emilio Castelar.

* * *

Sustraido al influjo, no pasajero y ciego, sino permanente y racional, de la mujer, jamás llega un hombre á ser verdaderamente ilustrado y culto.—Cánovas del Castillo.

* * *

Donde quiera que el talento de la mujer se ha cultivado, donde quiera que ha ocupado un puesto en el mundo inteligente y espiritual, desaparece la barbarie, se perfecciona la sociedad. La mujer, pues, es un gran elemento de civilizacion.—Vizconde de San Javier.

* * *

¡Sólo de la mujer espero la regeneracion de la mujer.—Juan Mañé y Flaquer.

* * *

Cuando la mujer se estaciona y no adelanta, entónces desciende; y descendiendo la mujer, tambien des-

ciende necesariamente el hombre. Aquélla es la ley del progreso, ésta la ley del equilibrio.—Antonio de los Rios y Rosas.

*
* *

La educacion de la mujer es descuidada, grosera á veces, al paso que la del hombre se cultiva con esmero; y sin embargo, cuando se encuentran frente á frente el hombre sabio y la mujer ignorante, el hombre fuerte y la mujer débil, el hombre guerrero, filósofo ó político, la mujer vence siempre.—Saturnino Estéban Collántes.

*
* *

La más portentosa de las maravillas del Cristianismo, la que más ha influido en la constitucion de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificacion de la mujer, proclamada desde las alturas evangélicas. Esta santificacion de la mujer, por lo mismo que la regenera y eleva sobre la de tiempos anteriores al Cristianismo, le impone para con la sociedad y para consigo misma obligaciones que debia cumplir con tanto mayor ahinco, cuanto más se dirigen á ennoblecerla.—Donoso Cortés.

*
* *

¡Esforcémonos todo lo posible por realzar y dignificar á la mujer! Nunca, por mucho que hagamos en este sentido, satisfarémos cumplidamente la deuda de amor y gratitud en que estamos con la que hace palpitar nuestro corazon desde que respiramos aire de vida, al dulce nombre de hijo.—Manuel Cañete.

*
* *

Toda mujer es una escuela; y de ella reciben las generaciones sus creencias. Mucho ántes de que un padre piense en la educacion de su hijo, la madre le ha

dado la suya, que no se desvanecerá seguramente.—MICHELET.

* * *

Mejoremos á la mujer y nos mejorarémos á nosotros mismos.—LLANOS Y ALCARAZ.

* * *

No lo neguemos: culpa nuestra es, culpa de nosotros, padres, amantes ó maridos, todo lo que hay de opaco é inculto, de sordo y de baldío en la superficie social (permitidme esta perífrasis) de casi todas las mujeres españolas. Si más exigiéramos, desde que nacen, de las compañeras de nuestra vida; si más reparásemos luégo en la parte inmaterial de su naturaleza; si fuera más desinteresada la idolatría que nos inspiran; si les diésemos una importancia más grave y positiva que la que negligentemente y con intermitencia les damos, la vida externa de las españolas corresponderia á la superioridad sin rival de la vida de su espíritu.—PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

* * *

La felicidad del género humano depende de la mujer, en todos los sentidos que se quiera dar á esta acepcion.—RETIF DE LA BRETONNE.

* * *

Las mujeres son artistas por temperamento. Impresionables como el artista y más sensibles que él, marcan las más imperceptibles variaciones atmosféricas en el mundo de los sentimientos.

Como al artista, les seduce lo que brilla, y les pesa la dura realidad. Pero poseen una cualidad más grande que ellos: el artista, en su entusiasmo y hasta en su amor, no ve más que la gloria, es decir, él; la mujer, hasta en

la gloria, no ve más que el amor, es decir, al sér que conmueve su alma.—Ernesto Legouvé.

* * *

La civilizacion es ante todo el respeto hácia la mujer: todo pueblo en el cual la mujer no es respetada, es bárbaro.—El Padre Ventura.

* * *

Toda civilizacion viene por las mujeres: ellas tienen innato el gusto de lo bello, el sentimiento elevado de las artes y el instinto de la elegancia.—De Bourmon Ginestoux.

* * *

Donde no existe una mujer, el enfermo languidece.—Salomon.

* * *

Se aleja á las mujeres de la vida pública, olvidando que no hay nadie con tanto derecho á ella como las mujeres.

Ellas ponen en movimiento á los hombres; éstos no pueden perder más que su vida, miéntras que ellas pueden perder la suya y la de sus hijos. Se interesan mucho por la patria y quieren ahuyentar los males. Y áun en el seno de la familia, como están la mayor parte, se las ve atentas á todos los vaivenes de los gobiernos y á las victorias y derrotas de los ejércitos. ¿Se cree esto fabuloso? No; en Africa participaron de las mismas privaciones que nuestros soldados y sufrieron y combatieron con ellos.—Michelet.

* * *

Todas las investigaciones practicadas prueban palpablemente que, con relacion al hombre, la inferioridad

intelectual de la mujer es un sarcasmo, y la inferioridad moral una mentira.—F. G. C.

* * *

¡Cuesta la regular enseñanza de un hombre ineducado muchos años y muchos dispendios, y quereis educar á una mujer en cuatro dias!—Llanos y Alcaraz.

* * *

Los hombres, en su conducta con las mujeres, procuran hacerlas adquirir todos los defectos que les reprochan.—Luis Desnoyers.

* * *

La discrecion y la bondad forman un dote muy suficiente para una mujer.—Plauto.

* * *

Todo el mundo debe reconocer hoy la importancia del papel que la mujer está llamada á desempeñar en el género humano; todo el mundo debe reconocer la necesidad de educar á la mujer para tan alto fin.—Buisson.

* * *

Si el sexo femenino se instruyera y educara como el masculino, los hombres, avergonzados, tendríamos que ponernos las enaguas.—Llanos y Alcaraz.

* * *

La mujer es la obra maestra del Universo.—Lessing.

* * *

En todas partes donde las mujeres son conside-

radas, los hombres son libres y virtuosos.—Cabanis.

* * *

Dios tambien ensayó el hacer dos obras de distinto género: su prosa es el hombre, su poesía la mujer.—Napoleon.

* * *

Educar á una niña es educar á la sociedad. Esta procede de la familia, de la que es armonía la mujer. Educar á una niña es una obra sublime y desinteresada. Está destinada á *otro*, ¡oh madre! Vivirá para los *otros*, y no para tí ni para ella. Este carácter relativo es el que la coloca más alta que el hombre y hace de ella una religion. Es la llama del amor y la llama del hogar. Es la cuna del porvenir, y es la escuela, otra cuna. En una palabra: ¡es el altar!—Michelet.

* * *

El sol y la mujer se han repartido el imperio del mundo: él nos da los dias, ella nos los embellece.—Dubay.

* * *

Los hombres consumen sus dias en adquirir un talento que las mujeres poseen sin buscar.—Rousseau.

* * *

Las mujeres que son capaces de estudiar y que quieren distinguirse por el estudio, se cuidan más de los libros que de las galas, y adquieren instruccion en ménos años que nosotros.—Fenelon.

* * *

Las mujeres son lo más bello y lo más bueno de la

humanidad: nosotros somos responsables de sus defectos.—Balzac.

*
* *

¡Oh, mujeres! ¡Cuán grande es vuestro poder! Con una sonrisa creais héroes y hombres de genio. El dia que lo intenteis seriamente nos transformareis, perfeccionándonos. Esto lo conseguireis negando vuestros favores al que no sea digno por sus acciones.—Guyard.

*
* *

Decir á las mujeres que para ser sábias no necesitan más que saber agradar, y que esto lo conseguirán por los encantos físicos, es engañarlas infamemente: la inconstancia del hombre consiste muchas veces en la poca cultura del entendimiento de la mujer, que no encuentra recursos para entretener á su amante con una conversacion amena.—Beauchene.

*
* *

Una mujer vulgar podrá ser una esposa honrada y una madre cariñosa, pero si á estas virtudes añade los encantos de la inteligencia, será adorable.—Jay.

*
* *

Un médico ilustre ha dicho que no habia enfermedades, sino enfermos; y esta sola frase confiere á las mujeres el grado de doctor. La mujer debiera ser médico: clavada á la cabecera del enfermo, siquiera sea para simbolizar la esperanza.—Legouvé.

*
* *

Conocida es la gran influencia de las mujeres en la primera educacion física y moral de los niños; por esto se las debe instruir del mismo modo que á los hombres,

comprendiendo que son de mucha consecuencia para el Estado sus errores ó sus virtudes.—Platon.

* * *

Cuando se dice á una mujer: «Educareis á vuestros hijos y á vuestras hijas», ¿no es permitirle, no es imponerle la adquisicion de todas las ciencias, y conferirle al propio tiempo un cargo importantísimo?—Ernesto Legouvé.

* * *

No hay cosa que demuestre mejor el carácter de un hombre ó un pueblo que la manera como trata á las mujeres.—Herder.

* * *

Para la mujer, vivir no es comer y beber, sino pensar y amar.—Lamennais.

* * *

Es indispensable que la educacion de la mujer se ponga en armonía con su destino, y que se le hagan comprender de un modo claro y terminante, y en edad en que su razon esté desenvuelta, los grandes deberes que la incumben en el seno de la familia y en la vida social.—Francisco Alonso y Rubio.

* * *

Es preciso hacer comprender á la mujer que se ennoblece perfeccionando su razon, y que la cultura del espíritu le presta mil encantos inmortales.—Voltaire.

* * *

Prohibir á las mujeres el estudio, es tratarlas como

Mahoma, que para hacerlas más voluptuosas ha tenido á bien negarles el alma.—Beauchene.

* * *

Poco puede esperarse de un país en donde cada marido tiene que educar á su consorte; en donde apénas se distinguen de ordinario la carta escrita por una dama de tono y la carta escrita por la última de sus servidoras.—Severo Catalina.

* * *

Ha llegado el momento de reclamar para las mujeres los derechos, y sobre todo los deberes que les corresponden; de hacer sentir todo lo que su sujecion les quita, y todo lo que les dará una justa libertad: hora es ya de demostrar, en fin, el bien que dejan de hacer y el que pueden producir.—Legouvé.

* * *

Si la ciencia y la sabiduría se hallan reunidas en una criatura, no pregunto el sexo; admiro.—La Bruyere.

* * *

Todos los razonamientos de los hombres no valen lo que un sentimiento de mujer.—Voltaire.

* * *

Las mujeres prefieren sufrir á no sentir nada.—Demoustier.

* * *

La mujer recibe las ideas por sentidos que el hombre no posee.—Michelet.

* * *

Hay muchos que creen á la mujer de una extrema

inferioridad intelectual respecto al hombre, y que por lo mismo quisieran reducirla al costurero, á la cocina. Sin embargo, la mujer ejerce el ministerio más intelectual de la sociedad, aquel que deposita los primeros gérmenes morales de que resultarán más tarde las acciones y las obras de toda la yida; la mujer ejerce un ministerio que tiene algo de sacerdocio, de profecía, de medicina, de arte, el santo ministerio de la maternidad.—Emilio Castelar.

*
* *

La mujer es una parte, y debe serlo mucho más todavía, de los que contribuyen eficazmente al bienestar y armoniá de la familia humana, y por este motivo debe ser ilustrada.—Dymon.

*
* *

Sin la mujer, el hombre sería grosero é insulso, desconoceria la gracia, que es la sonrisa del amor.—Chateaubriand.

*
* *

El instinto en las mujeres equivale á la perspicacia de los hombres.—Balzac.

*
* *

La mujer de más mérito es la que reemplaza dignamente á su marido, cuando éste se halla ausente.—Goethe.

*
* *

No tan sólo tiene derecho la mujer á la cultura intelectual, sino que es un deber á la vez; hé ahí por qué le hace inalienable. Si no fueran más que derechos, podrian sacrificarlos; pero siendo deberes, el sacrificio

no es posible, ó sería su ruina.—Monseñor Dupanloup.

* * *

¡Que sea la mujer reina nuestra, como es reina de la belleza!—Constant.

* * *

El hombre quiere reinar por la autoridad y el valor de que se halla dotado; la mujer nos encadena con los lazos de mil afectos tiernos y diversos.—Virey.

* * *

Las mujeres son las flores brillantes de la humanidad. Criaturas angélicas, delicadas y frágiles, su debilidad implora nuestro apoyo, su dulzura corrige nuestra rudeza, y su bondad nos inspira la virtud.—Julien.

* * *

La hermosura en las mujeres debe más á las cualidades morales, que éstas á la hermosura.—Massias.

* * *

Para que la mujer sea prudente en sus costumbres, ha de saber con precision en qué consiste la prudencia, y para que imite la pureza de los ángeles, es indispensable que sus ideas no se reduzcan á la materia.—Grenaille.

* * *

Los destinos del mundo y de la humanidad ¡ah mujeres! están en vuestras manos: decid una palabra y vivirán; pronunciad otra, y la humanidad dejará de existir.—Landa.

* * *

En verdad os lo digo: el mundo no sabe todavía lo

que es la mujer; porque desde su nacimiento hasta su muerte, la sociedad le cierra la boca y el corazon; la enseña á fingir y á disimular; deja su inteligencia viciosa, y enerva su naturaleza para hacer de ella un instrumento de placer... ¡Ah! ¡Cuándo recibirá la mujer una educacion franca y liberal! ¡Cuándo se dará desarrollo á su inteligencia bajo la sola garantía de su corazon!

Cuando esto suceda, se sabrá por qué durante tantos siglos ha sido el mundo tan desgraciado.—El abate Constant.

* * *

Dios no da inútiles dones: en todas sus obras hay una razon, hay un fin; si la compañera del hombre es una criatura razonable, si, como el hombre, ha sido creada á imágen y semejanza de Dios, si ha recibido como él del Criador la sublime inteligencia, es para utilizarla.—Monseñor Dupanloup.

* * *

La sociedad se envilece deprimiendo y envileciendo á la mujer; la sociedad se eleva honrándola y enalteciéndola.—L. C.

* * *

La mujer tiene naturalmente un talento más vivo, penetrante, fino y hasta reflexivo que el nuestro. El hombre, como de organizacion ménos delicada, se resiente de su constitucion y le cuesta más percibir las impresiones de los objetos. En una edad en que las mujeres forman las delicias de la sociedad, él se arrastra todavía por el polvo de las aulas.—Rousseau.

* * *

¡Atended, mujeres! Si los hombres os quieren igno-

rantes, es para no tener que luchar tanto para venceros.—F. N.

* * *

El hombre, en la mirada de una mujer no ve más que una mirada. La mujer, en la mirada de un hombre lee de ordinario hasta la última página del libro de su corazon.—Severo Catalina.

* * *

No hay alma más firme y valerosa que la de una mujer que se respeta á sí misma.—Diderot.

* * *

Las mujeres tienen sin disputa el corazon mejor que los hombres: son más tiernas y compasivas. Nada más comun que ver mujeres velando y cuidando enfermos, miéntras que los hombres se limitan á algunos consejos ó algunas visitas cortas.—Dubay.

* * *

Todo el más alto grado de felicidad lo hemos de obtener por el corazon de la mujer.—S. R.

* * *

Cuando las mujeres tienen genio, lo tienen más original que nosotros.—Diderot.

* * *

Los primeros impulsos de la mujer son mejores que los nuestros.—Beauchene.

* * *

Las mujeres tienen el juicio formado ántes que los

hombres. Estando á la defensiva casi desde la infancia, y encargadas de un depósito difícil de guardar, conocen necesariamente mucho ántes lo que es el bien y lo que es el mal.—ROUSSEAU.

* * *

Si la mujer es el mejor dón que el cielo nos ha otorgado, el hombre que habla mal de ellas es el mayor ingrato.—ROCHEBRUNE.

* * *

Todo el mal que nos han hecho las mujeres emana de nosotros, y todo el bien que nos producen proviene de ellas.—AIME-MARTIN.

* * *

La mujer es la obra maestra del universo.—LESSING.

* * *

Las mujeres son al hombre lo que las flores á la primavera.—MARECHAL.

* * *

¡La mujer!!! Sólo Dios puede conocerla.—BEAUCHENE.

* * *

El fondo del corazon de la mujer es tal vez ménos vigoroso que el corazon del hombre; pero es ménos susceptible de infatuarse en la gran corrupcion moderna.—SAINT-MARTIN.

* * *

Las mujeres tienen una perseverancia tan grande,

que siempre acaban por realizar sus proyectos. No retroceden jamás por muchas que sean las dificultades que encuentren. Esta perseverancia constituye su fuerza.—Saint-Amer.

* * *

Es tanta la influencia del amor en la mujer, que suele convertir la necia en discreta.—B. S.

* * *

Las mujeres encuentran todas las virtudes en su amor.—V. A.

* * *

Todos los efluvios que se desprenden del corazon de la mujer tienden á elevarse al cielo, sin sentir atraccion hácia la tierra.—Enrique G. Bedmar.

* * *

El talento de la mujer es como un jardin del Eden; produce hermosos frutos sin ningun cultivo. ¿Qué sería si se cultivase?—Rousseau.

* * *

No hay ningun dolor que la mujer no sepa endulzar.—A. C.

* * *

Las mujeres poseen el verdadero valor, que consiste en saber sufrir.—Bacon.

* * *

La mujer es superior al hombre por todos los ins-

tintos misteriosos de la ternura y el sentimiento.—
Víctor Hugo.

*
* *

Esposa, madre ó amante,
la mujer es, cuando es buena,
como cándida azucena,
como estrella rutilante.
Mas cuando templa un dolor
ó divierte una amargura,
vence en lo lúcida y pura
á la estrella y á la flor.
¡Mujer, que al primer pecado,
en sólo un momento triste,
te perdiste y nos perdiste
en el Eden mal guardado!
Bien te alzas de tu caida,
y bien rescatas tu honor;
pues si un dia por tu error
la humanidad fué perdida,
Si el Paraíso improviso
trocóse en páramo allí,
despues se trocó por tí
el páramo en paraíso.

Jerónimo Borao.

FIN DEL LIBRO.

INDICE.

	Págs.
Prólogo	9
Capítulo I.—A los impugnadores de la mujer	33
Cap. II.—La mision de la mujer	47
Cap. III.—Aptitud de la mujer para las artes	61
Cap. IV.—Aptitud de la mujer para las ciencias	83
Cap. V.—El alma de la humanidad	91
Cap. VI.—La mujer hermosa	99
Cap. VII.—La mujer y el poeta	109
Cap. VIII.—¡Plaza á la mujer!	119
Cap. IX.—El enemigo del hogar	127
Cap. X.—No hay sexo débil	143
Cap. XI.—El sentimiento religioso	155
Cap. XII.—La mujer modesta	167
Cap. XIII.—La maestra	173
Cap. XIV.—El amor	187
Cap. XV.—La madre	197
Cap. XVI.—La literata en España	211
Epílogo	227
Catálogo de escritoras y artistas	239
Pensamientos de hombres eminentes	247

SOCIEDAD DE SOCORROS MÚTUOS
DE
CARTEROS
DE
SORIA
BIBLIOTECA

OBRAS EN VENTA

EN LA LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, PRECIADOS, 5, MADRID.

El ocaso de la libertad, obra literaria é histórica de Emilio Castelar. Un tomo en 8.º mayor, 20 rs.

El derecho público y la Europa moderna, por el vizconde de La Guéronniere. Un tomo en 4.º, 24 rs.

Diccionario nacional de la lengua española, por D. Ramon Joaquin Domínguez. Ultima edicion, con un *nuevo suplemento* en que se han añadido más de quince mil voces. Dos tomos en folio, 180 rs.

Cien sonetos, por Manuel del Palacio. Un tomo en 8.º, 10 rs.

La cocinera del campo y de la ciudad, ó nueva cocinera económica, Un tomo en 8.º de más de 600 páginas, 10 rs.

Cuentos del canónigo Schmid. Nueva edicion, ilustrada con grabados. Tres tomos en 8.º, 30 rs.

Dias festivos de la Iglesia de Jesucristo, por D. Pio de la Sota. Dos tomos en 8.º, 20 rs.

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervántes Saavedra. Nueva edicion de gran lujo con láminas de colores. Dos tomos en 4.º mayor, 100 rs.

A los que toman esta obra se les da *grátis como regalo* doce láminas de grandes dimensiones, estampadas á dos tintas y á propósito para colocarse en marcos y servir de adorno en las habitaciones, cuyas láminas representan tipos y escenas del *Quijote*, y un magnífico retrato de Cervántes.

El libro de María; cuadros de la vida de la Vírgen, escrito en verso por D. Eduardo Bustillos; adornado con cuatro magníficas láminas. Edicion de lujo. Un tomo en 8.º mayor, 12 rs.

El progreso por medio del cristianismo; conferencias en Nuestra Señora de Paris, por el reverendo padre Félix, de la Compañía de Jesus. Diez y seis tomos en 8.º, á 6 rs. cada uno.

Instruccion para el pueblo. *Cien Tratados* sobre los conocimientos más indispensables; obra enteramente nueva, con grabados intercalados en el texto. Dos tomos en 4.º mayor, de novecientas páginas cada uno, 100 rs.

La pastora del Guadiela, por la señora D.ª Faustina Saez de Melgar. Un tomo en 4.º mayor, 32 rs.

Mis prisiones; memorias de Silvio Pellico. Edicion de lujo en papel glaseado, con grabados en el texto y aparte. Un tomo en 4.º, 24 rs.

Obras de D. Gaspar Melchor de Jovellanos. Nueva edicion. Cinco tomos en 4.º, 40 rs.

OBRAS DE FERNAN CABALLERO.

La Gaviota. Dos tomos en 8.º, 20 rs.

La familia de Alvareda. Un tomo en 8.º, 10 rs.

Una en otra.—Con mal y con bien á los tuyos te ten. Un tomo en 8.º, 10 reales.

Relaciones. Un tomo en 8.º, 10 rs.

Cuadros de costumbres. Dos tomos en 8.º, 20 rs.

La estrella de Vandalia. Un tomo en 8.º, 10 reales.

Elia.—El último consuelo.—La noche de Navidad.—El dia de Reyes. Un tomo en 8.º, 10 rs.

Clemencia. Dos tomos en 8.º, 20 rs.

Un servilon y un liberalito. Un tomo en 8.º, 10 rs.

Lágrimas. Un tomo en 8.º, 10 rs.

Un verano en Bornos.—Lady Virginia. Un tomo en 8.º, 10 rs.

Deudas pagadas. Un tomo en 8.º, 10 rs.

Cosa cumplida. Un tomo en 8.º, 10 rs.

OBRAS DE TRUEBA.

Cuentos de color de rosa. Quinta edicion, corregida y aumentada. Un tomo en 8.º, 12 rs.

Cuentos populares. Quinta edicion, corregida y aumentada. Un tomo en 8.º, 12 reales.

Cuentos del hogar. Segunda edicion, corregida y aumentada. Un tomo en 8.º, 12 rs.

El libro de los cantares. Octava edicion, corregida y aumentada. Un tomo en 8.º, 12 rs.

El redentor moderno. Un tomo en 8.º, 12 reales.

43

GIMENO.

LA

MUJER

ESPAÑOLA.

PRECIO:
16 reales

MADRID

D-1
2080